Traducción de
JUAN A. RUIZ DE ELVIRA PRIETO

HISTORIA ECONOMICA MUNDIAL

ECONOMIA E IMPERIO. LA EXPANSION DE EUROPA (1830-1914)

por

D. K. FIELDHOUSE

Prólogo de

CHARLES WILSON

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO DEL
SERVICIO EXTERIOR DE LA NACION

Número de inventario
96951

Número Topográfico
L 2951
HFN 3332

siglo veintiuno editores
MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA

síntesis final intenta restablecer el factor económico en la crítica del imperialismo moderno, aunque tan sólo como una de las varias fuerzas que en conjunto contribuían a crear un desequilibrio entre un mundo europeo «modernizado» y un mundo exterior no reconstruido.

Doy las gracias a la Universidad Nacional Australiana, que me concedió una beca de visitante en la Escuela de Altos Estudios en 1965, donde empecé a trabajar en este libro; a la Universidad de Yale, donde, como profesor visitante del Departamento de Historia en el primer semestre de 1969-70, tuve tiempo de revisar el primer borrador; a los bibliotecarios del Instituto de Estudios de la Commonwealth, Oxford y de Rhodes House; y sobre todo al Colegio de Nuffield, Oxford, por las incomparables ayudas que ofrece a sus miembros.

D. K. FIELDHOUSE.

Primera parte

INTERPRETACIONES DEL IMPERIALISMO

1. INTRODUCCION: INTERPRETACIONES ECONOMICAS DEL IMPERIALISMO

El debate sobre la naturaleza del imperialismo en los siglos XIX y principios del XX está firmemente asentado en los hechos. En la década de 1830 los imperios coloniales eran más pequeños de lo que habían sido desde principios del siglo XVII. En América sólo sobrevivían a las revoluciones por la independencia algunos fragmentos de los antiguos imperios español, portugués, francés, británico y holandés. En Africa la colonización europea no había hecho más que empezar. En Australasia y el Pacífico la colonización estaba en su primera fase. Sólo en Asia meridional y en Indonesia había posesiones importantes. No estaban bajo dominación europea, ni lo habían estado nunca más que nominalmente, Turquía, partes de Arabia, Persia, Afganistán, Tíbet, China, Mongolia, Siam, Japón y varias pequeñas islas, el Artico y el Antártico. En cambio, la proporción de la superficie terrestre ocupada de hecho por europeos, ya todavía bajo control europeo directo como colonias, ya como antiguas colonias, era del 35 por ciento en 1800, del 67 por ciento en 1878 y del 84,4 por ciento en 1914. Entre 1800 y 1878 la media de la expansión imperialista fue de 560.000 Km^2 al año.

Tales cifras indican que el siglo XIX, que había comenzado con la desintegración de los viejos imperios coloniales de América, conoció un proceso de expansión colonial directamente comparable con el de los siglos XVI y XVII, proceso que puede por eso llamarse la segunda expansión de Europa. El propósito básico de todas las teorías del imperialismo y de los historiadores que se ocupan de estos problemas se reduce a explicar por qué tuvo lugar esta segunda expansión a tal escala. Pero el problema es en realidad más complejo, pues el carácter de los imperios desarrollados después de 1850 aproximadamente difería de forma sustancial de los creados en la primera expansión de Europa. Los viejos imperios habían estado principalmente en las Américas: los nuevos estaban en Africa, Asia y el Pacífico. Las viejas colonias habían sido en su mayor parte colonias de «asentamiento» en las que los emigrantes crearon sociedades

cuasi-europeas: las nuevas eran en su mayor parte colonias de «ocupación» en las que una pequeña minoría de «residentes» europeos ejercían cierto grado de control político pero permanecían esencialmente ajenas a Europa en raza y cultura. Además, la velocidad con que se ocupaban las nuevas posesiones del siglo XIX era sorprendente. Les había llevado a los europeos unos trescientos años ocupar la costa Atlántica de América y partes del litoral del Pacífico; y a finales del siglo XVIII el interior del continente americano estaba aún en gran parte libre de europeos. Sin embargo, durante los sesenta y pico de años posteriores a 1850 los europeos impusieron un control efectivo no sólo sobre las costas, sino también sobre todo el interior de los restantes continentes, excluyendo sólo aquellos estados indígenas que mantuvieron una independencia oficial. Finalmente debe notarse que el número de potencias europeas con posesiones coloniales creció a medida que se extendían las áreas bajo control europeo. Antes de 1830 sólo había cinco potencias coloniales importantes. En 1914 había diez, incluyendo los Estados Unidos, una ex colonia convertida en potencia imperial.

Tales hechos constituyen una demostración *a priori* de la idea de que el siglo XIX fue uno de los dos grandes períodos de expansión ultramarina europea y justifican la inmensa atención que le han prestado los estudiosos del imperialismo. Los problemas básicos que hay que examinar son: por qué se dio esta expansión, por qué tuvo lugar sobre todo en áreas tropicales, donde el asentamiento europeo era improbable, y por qué estuvieron interesadas en ella tantas potencias europeas. Más allá de estos problemas queda la cuestión de la continuidad histórica antes y después de la década de 1870. Se ha afirmado con frecuencia que durante la primera parte del siglo Europa era fundamentalmente «antiimperialista», que no había ningún deseo fuerte de nuevas posesiones. Recíprocamente, los cuarenta años siguientes han sido designados «la era del imperialismo», cuando la marea expansionista alcanzó su nivel más alto y se abandonaron los condicionamientos del pasado. Tan precisa demarcación es, por supuesto, históricamente falsa. La investigación demostrará que, en muchos respectos, no hubo discontinuidad fundamental entre los diferentes periodos del siglo antes de la primera guerra mundial; y aun las cifras antes citadas indican que la proporción de adquisición territorial no difirió sustancialmente antes y después de 1878. Sin embargo, había razones válidas para considerar la década de 1870 como una divisoria: así la consideraron los comentaristas durante

los años siguientes. Primero, gran parte de la expansión colonial de los cincuenta años anteriores había tenido lugar en Canadá, Australia, Africa del Sur y alrededor de la India, todos territorios británicos, y esta expansión era parcialmente explicable en términos de consolidación o expansión colonial de asentamientos que existían antes de 1800. En cambio, la mayoría del territorio anexionado después de la década de 1870 lo fue en regiones de Africa, Asia o el Pacífico que eran en gran parte nuevas para los europeos. A diferencia de Norteamérica, Africa del Sur y Australasia, estas regiones rara vez eran adecuadas para que se asentaran en ellas los europeos. Eran similares a la India o la Indonesia holandesa y parecía que el dominio sobre pueblos no europeos iba a ser la principal característica del imperio. En segundo lugar, la intervención de países europeos como Alemania, Bélgica e Italia, que no tenían posesiones ni tradición colonial, parecía indicar que los fines de la colonización estaban cambiando, pues ¿por qué, si no, emprendían de repente estos Estados continentales actividades ultramarinas que hasta entonces habían sido coto de las potencias marítimas? En particular, la intervención de estos países daba la impresión de una competencia internacional por la obtención de nuevas colonias que no se había dado antes tan claramente, e implicaba que el estímulo a la colonización era general y con una fuerza sin precedentes. Finalmente, el hecho de que la nueva colonización estuviera a menudo asociada a la inversión en gran escala por los europeos, sugería que éstos tenían una extraordinaria cantidad de capital disponible para usarlo de esta forma, o que la atracción de la inversión colonial era tan grande que estaba extrayendo capital de otros campos de actividad dentro de Europa.

Naturalmente, había otros rasgos aparentemente nuevos en el imperialismo de fines del siglo XIX. La belicosidad internacional era el más obvio. En general la expansión británica, francesa, rusa y holandesa durante el medio siglo precedente había causado pocas fricciones entre estas potencias y despertado poco interés entre otras. Ahora las reivindicaciones coloniales fueron objeto de una intensa actividad diplomática que en ocasiones parecía llevar a las potencias interesadas al borde de la guerra. Especialmente en las décadas de 1890 y 1900, las cuestiones coloniales parecían íntimamente ligadas al prestigio e incluso a la seguridad de los Estados europeos y en muchos países se organizaron grupos de presión para apoyar a los gobiernos en sus negociaciones internacionales, quizás incluso para espolearlos más allá de sus intenciones. Tales rivalidades

parecían estrechamente relacionadas con una elevación general de la temperatura de las relaciones internacionales y con un incremento de los armamentos. Por eso mucho antes del estallido de la primera guerra mundial los observadores asociaban el jingoísmo nacionalista con el entusiasmo por las colonias y sugerían que el imperialismo era la principal fuente de la agravación de las tensiones internacionales. Una vez empezada efectivamente la guerra era posible argüir, como lo hizo Lenin en 1916, que fue en su raíz una guerra entre imperialismos rivales y que su principal resultado fue la redistribución de los imperios coloniales entre las potencias rivales.

La veracidad de estas y otras interpretaciones de la segunda expansión de Europa será examinada a su debido tiempo. Por el momento el hecho más significativo es que en las dos últimas décadas del siglo XIX había motivos razonables para pensar que el imperialismo europeo había entrado en una nueva fase que requería nuevas explicaciones. Los imperios se habían extendido de forma muy considerable desde principios del siglo XIX, pero después, alrededor de 1880, cambiaron sin duda alguna el *tempo* y el temple. Los problemas coloniales vinieron a ocupar una parte importante de las relaciones internacionales, al igual que, en cierto modo, había ocurrido a finales del siglo XVIII. Para la generación educada en pleno período victoriano, que había considerado los imperios coloniales como característicos de un pasado «mercantilista» que había desaparecido con la independencia de las colonias norteamericanas y el triunfo del libre cambio, y que había supuesto que la colonización era ahora una actividad específicamente británica por su concentración en el poder naval y su comercio mundial, el nuevo «imperialismo» era sorprendente y a menudo alarmante. Unos le daban la bienvenida porque la expansión ultramarina parecía servir a los intereses particulares que en el fondo tenían. Otros desconfiaban de él o lo consideraban como prueba de decadencia de la civilización occidental y del liberalismo del siglo XIX. Pero pocos negaban que el imperialismo era uno de los hechos dominantes de la época o que era importante explicar por qué había ocurrido; y su interés por ello fue el origen del vasto cuerpo de teorías imperialistas que se desarrolló durante el medio siglo posterior a 1880.

Las más importantes de estas teorías explicativas, que proporcionan la base para el argumento central de este libro, se examinarán en los capítulos siguientes, pero será conveniente clasificarlas brevemente ahora. Básicamente, se pueden dividir todas en dos grandes categorías, según dónde buscan la explicación de por qué la expansión europea ocurrió a finales del siglo XIX y por qué hubo esta aparente discontinuidad con el pasado victoriano. La primera y más amplia categoría se puede llamar «eurocéntrica», porque las nuevas tendencias del imperialismo se explican fundamentalmente en función de la situación, las actitudes y las necesidades de los Estados de Europa. Es decir, la novedad del imperialismo proviene de los nuevos desarrollos dentro de Europa. Dentro de tan amplio campo de batalla los diversos tipos de explicación se pueden dividir en económicos y no económicos, y éstos se pueden subdividir a su vez. Las teorías económicas parten generalmente de la premisa de que el imperialismo de fines del siglo XIX fue un producto del carácter cambiante de las economías europeas, y más particularmente de la expansión de la industrialización. Europa encontró necesario (o posiblemente conveniente) anexionarse grandes áreas ultramarinas porque le eran indispensables de alguna manera para su crecimiento económico. Las ventajas obtenidas podían tomar formas cambiantes. Las colonias podían extender el comercio metropolitano, y, por tanto, la producción abriendo nuevos y seguros mercados y proporcionando nuevas fuentes de materias primas. Este «imperialismo comercial» se examina en el capítulo 2. En cambio, las nuevas colonias podían constituir campos para provechosas inversiones de capital que, en condiciones de monopolio o «subconsumo» dentro de Europa, no podían hallar campos de actividad que merecieran la pena en su propio país. Este «imperialismo de la inversión de capital», con mucho la más compleja e influyente de todas las teorías del imperialismo, se examina en el capítulo 3.

En un libro dedicado principalmente a la historia económica, estas dos interpretaciones del imperialismo son evidentemente de primera importancia, pero hay otras dos teorías «eurocéntricas» importantes que se deben considerar como posibles alternativas o iguales en importancia. A ambas se les puede poner holgadamente la etiqueta de «políticas» [1] en cuan-

[1] El uso de los términos «económico» y «político» para definir categorías de sucesos o motivos está expuesto a la evidente objeción de que ninguno de los dos es un término preciso y cualquier definición puede ser, por eso, tautológica. En este libro he usado frecuentemente ambas palabras como términos sintéticos para indicar diferencias entre aquellas situaciones, motivos, etc., que, según el *Concise Oxford dictionary* (ed. revisada, Oxford, 1960), se refieren, respectivamente, a la «producción y distribución de la riqueza» y al «Estado o su gobierno», con lo que el término «político» se convierte virtualmente, en una categoría residual. En la práctica he usado la palabra para designar materias que no estaban relacionadas con el comercio, la producción, la inversión, etc. Así, en

to la aparente discontinuidad de la expansión es considerada como el producto del cambio de las condiciones políticas y sociales en Europa a fines del siglo XIX, y se dice que las colonias fueron exigidas para ponerlas al servicio del poder, prestigio o seguridad del Estado más que al de la riqueza de sus ciudadanos. La primera de éstas puede denominarse imperialismo del estadista o del «pensamiento oficial», por usar un término ahora corriente. Aquí se insiste en las iniciativas tomadas por los gobernantes de Europa, los políticos y funcionarios superiores; y la suposición básica es que, dado el nuevo sistema de relaciones de poder y de alianzas formales dentro de Europa, estos hombres juzgaron necesario adquirir posesiones ultramarinas como parte de sus maniobras diplomáticas, como bases estratégicas, como símbolos de status, o simplemente para negar a los rivales extranjeros áreas geográficas consideradas importantes para la seguridad nacional. Una aproximación paralela y posiblemente complementaria ve la génesis del expansionismo en la creciente belicosidad de la opinión pública nacionalista. Este «imperialismo de las masas» (aunque las «masas» pueden haber consistido de hecho en unos pocos grupos de presión oral) se dice que derivó de una mezcla de jingoísmo y patriotismo, aguzado en algunos casos por la aceptación de teorías neodarwinistas acerca de la supervivencia de la raza más apta. En un tiempo en que las disputas internacionales sobre situaciones coloniales era común, la opinión pública nacionalista consideraba cada episodio como una prueba de la fortaleza y prestigio nacionales, y por eso apoyaba plenamente a gobiernos ya ansiosos de emprender una acción positiva o, alternativamente, forzaba a cautos hombres de Estado a ir mucho más allá de los límites considerados prudentes por el pensamiento oficial.

En marcado contraste con todas estas explicaciones «eurocéntricas» del «nuevo imperialismo», se puede plantear el mismo problema desde fuera de Europa para buscar respuestas en

el capítulo 11 sugiero que el deseo de los comerciantes franceses de establecer un comercio directo con China a través del río Rojo fue un fenómeno genuinamente «económico»; pero que los obstáculos militares y administrativos puestos en el camino por China y Annam fueron factores «políticos» y que el recurso francés a un ejército para eliminar estos obstáculos constituyó una acción «política». Puede argüirse que si se llevó a cabo una acción militar de esta clase para producir un beneficio económico es falso describirla como un acto «político». Sin embargo, a mi modo de ver continúa siendo deseable distinguir entre el carácter específico de los medios y de los fines. Los contemporáneos lo hacían así ciertamente.

aquellas zonas del mundo en que se estaban adquiriendo las posesiones. Este planteamiento «periférico» —es demasiado general para describirle como una explicación— parte del supuesto inicial de que no tiene por qué ser necesario hallar alguna causa omnicomprensiva de la expansión europea ni en Europa ni en ninguna otra parte, sino que la anexión colonial surgía por lo común de situaciones relativamente localizadas que podían ser paralelas en varios sitios pero que podían igualmente ser únicas. Estas situaciones podían ser de carácter económico, político, religioso o social. Su común denominador era que existía alguna dificultad en áreas fuera de las posesiones oficiales europeas en las que estaban implicados los europeos que hacía difícil o inconveniente mantener el *statu quo*. Dada la rápida y creciente intromisión de los europeos en todas las partes del mundo a medida que mejoraban las comunicaciones, se exploraban los continentes y se extendían las actividades económicas a finales del siglo XIX, tales crisis eran plenamente posibles y lo probable era que al menos alguna de ellas se pudiera resolver mediante la anexión oficial por uno u otro de los Estados europeos cuyos ciudadanos estaban directamente implicados. Tales explicaciones «periféricas» no son necesariamente incompatibles con aquellas teorías de la expansión que tienen en cuenta las necesidades y ambiciones europeas, pues la decisión anexionista seguía siendo necesariamente una responsabilidad metropolitana, condicionada por las pautas del pensamiento europeo. Pero conceptualmente al menos, el planteamiento «periférico» es de gran importancia porque, comenzando la investigación por la acción, se puede decidir si el imperialismo fue un producto necesario de la situación interna de Europa —como Lenin iba a argüir más tarde —o si, en términos amplios, era una respuesta a problemas creados al aumentar el contacto de la civilización europea con la de otros continentes.

Nos proponemos examinar brevemente estas varias posibles explicaciones del proceso imperialista en los capítulos 2 al 4, y al mismo tiempo fijar su probabilidad intrínseca en términos generales según sus propios supuestos. Así, en el caso de las teorías basadas en Europa, sería posible determinar con alguna certeza si los fenómenos europeos aducidos como desencadenantes del imperialismo existieron realmente en el tiempo apropiado y con la fuerza suficiente para producir tales efectos: si, por ejemplo, hay buenas pruebas de que se invirtieron cantidades considerables de capital excedente en áreas que se adquirían entonces como colonias o de que combativos grupos extraoficiales llevaron a cabo una campaña a favor de una

«audaz» política colonial. A la inversa, al examinar las explicaciones extraeuropeas, será necesario considerar si hay alguna correlación significativa entre las crisis en la periferia y una acción positiva por parte de los Estados europeos para hacerles frente. En estos capítulos no se hará ningún intento de probar la validez de una teoría particular examinando los sucesos específicos con detalle: esto se hará en los capítulos 6 al 12, en los cuales se tomarán varias zonas de clara importancia como estudios de casos para fijar la importancia de las fuerzas económicas y de otras fuerzas en el logro de la anexión. Pero se intentará resumir los datos existentes sobre la relativa probabilidad de las diferentes explicaciones generales del imperialismo; y finalmente en el capítulo 13 se usará el testimonio proporcionado por los estudios de casos para fijar la importancia general en el proceso imperialista de los factores económicos de Europa o de cualquier otra parte.

2. EL IMPERIALISMO COMERCIAL

Quizá el tópico más difundido sobre la expansión colonial de finales del siglo XIX es que «el comercio seguía a la bandera»; es decir, que se adquirían nuevas colonias porque la posesión aseguraba su comercio a la metrópoli. Pero a efectos analíticos el aforismo es demasiado simple. Si la expansión europea fue impulsada de verdad por el deseo de nuevos mercados y nuevas fuentes de materias primas, es necesario demostrar tres cosas. Primero, que los Estados europeos sintieron una necesidad particularmente urgente de extender las oportunidades comerciales durante dicha era del «nuevo imperialismo» después de 1880 aproximadamente. Segundo, que las colonias, protectorados o esferas exclusivas de influencia estaban pensadas para proporcionar mejores socios comerciales que otros Estados independientes comparables. Tercero, que el proceso efectivo de adquisición de nuevas colonias estaba influido por estas consideraciones económicas. En este capítulo se ha intentado analizar muy brevemente la verosimilitud de las dos primeras afirmaciones en términos generales. La influencia que tales consideraciones comerciales ejercieron de hecho sobre la expansión europea se fijará luego en los estudios de casos de zonas concretas que constituyen las partes segunda y tercera de este libro.

Se ha convertido en un tópico explicar la apremiante necesidad sentida por los Estados de Europa y Norteamérica de nuevos mercados ultramarinos y fuentes de materias primas en función de la expansión de la industrialización y la competencia comercial. El razonamiento puede resumirse como sigue. Durante la segunda mitad del siglo XIX los principales Estados de Europa occidental y Norteamérica modernizaron sus sistemas industriales según el modelo elaborado por Gran Bretaña. Al principio las nuevas industrias estaban interesadas en primer lugar por la sustitución de las importaciones; pero según se fueron extendiendo, dependieron cada vez más de los mercados extranjeros para proveer las economías de escala. La

competencia resultante por los mercados limitados, en especial para los productos textiles y siderúrgicos tuvo unas consecuencias que son las apropiadas para el desarrollo del imperialismo económico. Primero, hubo depresiones cíclicas excepcionalmente graves y prolongadas durante las décadas de 1870, 1880 y 1890 que tuvieron profundas consecuencias económicas y sociales y debilitaron la creencia en la eficacia del libre cambio. Segundo, los gobiernos de la mayoría de los países europeos y de los Estados Unidos, aunque no de Gran Bretaña, Holanda ni Bélgica creyeron políticamente necesario levantar barreras aduaneras para proteger a los productores internos. Tercero, como las aduanas sólo intensificaron las limitaciones del mercado dentro del mundo desarrollado, los principales Estados se interesaron cada vez más por los mercados de los países menos desarrollados de Africa, Asia, el Pacífico y Latinoamérica, que eran en ese momento más accesibles que nunca al comercio europeo como resultado de las mejoras en la técnica de la navegación a vapor. Por último, los fabricantes y comerciantes, sometidos a una competencia a degüello, llegaron a temer que sus rivales pudieran obtener suministros de materias primas esenciales más baratas o incluso monopolizar el suministro mundial. Por eso, desde la década de 1870 la Europa industrial y Norteamérica mostraron creciente interés por el mundo no europeo por considerarlo tanto un mercado en expansión como una fuente esencial de productos primarios.

Concediendo la validez esencial de este argumento, la pregunta siguiente debe ser: ¿por qué tales desarrollos económicos dentro de las economías capitalistas habrían originado la expansión del imperio oficial en los últimos años del siglo XIX? Las respuestas convencionales pueden resumirse como sigue. Primero, a causa de la intensidad de la competencia comercial, la importancia de los mercados marginales para los productos europeos creció de forma sustancial. Mientras los Estados de Africa y Oriente permanecieron políticamente independientes y abiertos al comercio internacional en igualdad de condiciones, fue probable que sus mercados fueran acaparados por los productores y comerciantes europeos más eficientes o quizá por súbditos de Estados tales como Gran Bretaña con contactos comerciales e influencia política en estas regiones desde hacía tiempo. A la inversa, los productores y comerciantes recién llegados, y quizá también menos competitivos, de países tales como Francia podían encontrarse a sí mismos incapaces de competir. Su respuesta fue utilizar medios políticos para contrarrestar sus incapacidades económicas: terminar por anexionarse los nuevos mercados y rodearlos de aranceles preferenciales y otras argucias para excluir la competencia. Las colonias constituirían así una extensión del mercado interior protegido, permitiendo a sus productores vender en el extranjero a los altos precios internos. De este modo la potencia metropolitana podía eludir las consecuencias de la creciente competencia entre los Estados desarrollados y extender la producción y el comercio hasta los últimos límites del mercado imperial.

Este argumento se refiere evidentemente, en primer término, a los Estados proteccionistas. Pero puede modificarse también para referirlo a países como Gran Bretaña que mantuvo el libre cambio y no impuso aranceles diferenciales a sus colonias. Aun en un mundo librecambista existían obvias ventajas prácticas en el control político sobre los socios comerciales de las regiones menos desarrolladas, en especial mediante la lengua, la moneda y las instituciones gubernamentales comunes. Pero en un período de aranceles en expansión, cuando otras potencias cerraban al mismo tiempo los mercados metropolitano y colonial a la competencia extranjera, la coyuntura librecambista, a pesar de la colonización, se fortalecía grandemente. Si cada anexión de territorio ultramarino por una potencia proteccionista significaba el cierre de aquel mercado a las demás, los Estados librecambistas como Inglaterra sólo podían conservar sus mercados existentes o potenciales en Africa y Oriente de uno de estos dos modos: obteniendo un acuerdo internacional de política de «no intervención» unido al de «puerta abierta» para el comercio; o imponiendo el grado de control político necesario para impedir la anexión por alguna otra potencia. Dados el coste y la dificultad de la administración de las posesiones tropicales y la fuerte aversión existente a mediados del siglo XIX por la extensión de un imperio oficial, Gran Bretaña hubiera preferido probablemente la política expuesta en primer lugar. Pero si fallaba el acuerdo internacional, bien podía recurrir a la anexión prioritaria para salvar los mercados vitales de la dominación extranjera exclusivista.

En cuanto a la protección del acceso a las fuentes de materias primas, se podía esperar que tuviera consecuencias similares, aunque en este caso había poca diferencia entre los intereses de librecambistas y proteccionistas. Precio y disponibilidad eran las dos bases evidentes para adquirir control político sobre las áreas productoras. En un mundo librecambista ideal el precio de las materias primas tropicales estaría determinado por las fuerzas del mercado libre. Pero la propiedad

de las fuentes de abastecimiento permitiría a la potencia imperialista fijar los precios. Si sus posesiones monopolizaban la producción mundial, podría hacerlo con todo el mercado. En caso contrario, el precio para el consumidor metropolitano podría reducirse restringiendo al productor al mercado metropolitano y forzándole a aceptar precios más bajos que los imperantes en el mercado internacional. Esto, a su vez, abaratando los factores de producción, daría a los fabricantes metropolitanos una relativa ventaja sobre sus competidores y, controlando el coste de los alimentos, reduciría la presión para obtener salarios más altos, aumentando así al máximo los beneficios del capital. Negativamente, también, las colonias asegurarían contra la falta de productos tropicales y contra tener que pagar precios monopolistas a un imperio rival. La colonización podía ser, por ello, un valladar razonable contra la manipulación del mercado internacional por productores e intermediarios monopolistas de otras nacionalidades.

En estos argumentos se basan muchos intentos de explicar el imperialismo de fines del siglo XIX en términos comerciales. Tal como quedan resumidos, son razonables intrínsecamente. La verificación real de su validez histórica debe ser, naturalmente, el que existan pruebas de que tales consideraciones tuvieron una influencia mensurable sobre la política oficial; esto se investigará más adelante en los estudios de casos. Sin embargo, es posible aportar pruebas preliminares para determinar la verosimilitud general de esta explicación comercial del «nuevo imperialismo». Tres aspectos del caso instan abiertamente a un examen, dos de hecho, y un tercero que implica una valoración de las actitudes. Primero, puesto que la hipótesis comercial postula un serio deterioro de las posibilidades del mercado ultramarino en el último cuarto del siglo, éste puede probarse buscando bajas seculares o cíclicas en el valor de las exportaciones de los Estados industrializados. Por ello, nos proponemos examinar las estadísticas oficiales del comercio en Gran Bretaña, Francia y Alemania desde 1870 a 1900. Segundo, puesto que el argumento cuenta fundamentalmente con el crecimiento de los aranceles protectores, intentaremos examinar las políticas arancelarias de éstas y otras primeras potencias en este período. Finalmente, intentaremos revisar muy brevemente los testimonios existentes para ver si los hombres de Estado de Gran Bretaña, Francia y Alemania vinculaban conscientemente estos desarrollos comerciales con la adquisición de colonias ultramarinas. Aquí la cronología es sumamente importante. Si, por ejemplo, se pone de manifiesto que algún gobierno europeo estaba convencido en los primeros años de la década de 1880, o antes, de que las balanzas comerciales negativas y los aranceles hostiles imponían la adquisición de colonias, entonces habría un fuerte argumento *a priori* para aceptar una explicación comercial del imperialismo. En cambio, si no se hallan pruebas de que los hombres de Estado hicieran conscientemente esta conexión; o si resulta que se hizo más tarde como racionalización *ex post facto* de lo que ya se había hecho, entonces el problema seguiría en pie. No podría suponerse que el imperialismo estaba desconectado de los problemas comerciales. Por otra parte, podría parecer probable que la conexión entre los cambios macroeconómicos dentro de Europa y la expansión colonial era menos directa y universal de lo que indicaría la explicación antes descrita; que la relación correcta podría descansar en problemas comerciales tácticos surgidos en la periferia más que en la gran estrategia de la política económica metropolitana. Esto a su vez ayudaría a definir los problemas específicos que hay que examinar en los estudios de casos de desarrollos regionales en las últimas partes del libro.

Los cuadros 1-3 y el gráfico 1 apoyan plenamente la presunción general de que los últimos treinta años del siglo XIX fueron un período difícil para las economías de Europa occidental orientadas hacia la exportación. Las exportaciones británicas sufrieron una depresión prolongada que duró desde 1873 a 1890, seguida por otra depresión posterior hasta 1898. Tan prolongados fueron estos periodos que no era irrazonable suponer entonces que Gran Bretaña estaba experimentando una reducción secular, más que simplemente cíclica, en su comercio exterior y que el manifiesto desequilibrio comercial continuaría creciendo de forma indefinida. Este desequilibrio comercial no creó, naturalmente, un problema en la balanza de pagos ya que las reexportaciones y las ganancias invisibles daban a Gran Bretaña un saldo neto en su cuenta corriente. Pero para el primer Estado industrializado del mundo llegar a una balanza comercial negativa de más de 100 millones de libras al año durante la mayor parte del periodo 1876-1900 implicaba una seria incapacidad para competir en los mercados ultramarinos. Este hecho bien pudo estimular el interés británico por los nuevos mercados ultramarinos y por las nuevas colonias si éstas eran necesarias para asegurar una salida a los productos británicos.

La experiencia francesa fue muy parecida. Hubo tres depresiones cíclicas en el periodo: 1877-80, 1883-88 y 1892-96. Pero

como el valor de las exportaciones no volvió a alcanzar el nivel de 1875 hasta 1899 y Francia tuvo un importante saldo negativo en su comercio visible en todos estos años, los comerciantes y políticos franceses tuvieron toda la razón para mostrarse pesimistas con respecto a sus perspectivas futuras. Como, además, la actividad colonizadora francesa fue particularmente intensa durante la segunda de estas depresiones cíclicas, es muy posible que hubiera una relación entre las exportaciones decrecientes y la búsqueda de nuevos mercados ultramarinos.

CUADRO 1. COMERCIO ULTRAMARINO DEL REINO UNIDO, 1814-1901 (en millones de libras al valor de la época *)

Años	*Importaciones* **	*Exportaciones nacionales*	*Reexportaciones*	*Años*	*Importaciones* **	*Exportaciones nacionales*	*Reexportaciones*
1854	152,4	97,2	18,6	1878	368,8	192,8	52,6
1855	143,5	95,7	21,0	1879	363,0	191,5	57,3
1856	172,5	115,8	23,4	1880	411,2	223,1	63,4
1857	187,8	122,1	24,1	1881	397,0	234,0	63,1
1858	164,6	116,6	23,2	1882	413,0	241,5	65,2
1859	179,2	130,4	25,3	1883	426,9	239,8	65,6
1860	210,5	135,9	28,6	1884	390,0	233,0	62,9
1861	217,5	125,1	34,5	1885	371,0	213,1	58,4
1862	225,7	124,0	42,2	1886	349,9	212,7	56,2
1863	248,9	146,6	50,3	1887	362,2	221,9	59,3
1864	275,0	160,4	52,2	1888	387,6	234,5	64,0
1865	271,1	165,8	53,0	1889	427,6	248,9	66,7
1866	295,3	188,9	50,0	1890	420,7	263,5	64,7
1867	275,2	181,0	44,8	1891	435,4	247,2	61,9
1868	294,7	179,7	48,1	1892	423,8	227,2	64,4
1869	295,5	190,0	47,1	1893	404,7	218,3	58,9
1870	303,3	199,6	44,5	1894	408,3	216,0	57,8
1871	331,0	223,1	60,5	1895	416,7	226,1	59,7
1872	354,7	256,3	58,3	1896	441,8	240,1	56,2
1873	371,3	255,2	55,8	1897	451,0	234,2	60,0
1874	370,1	239,6	58,1	1898	470,5	233,4	60,7
1875	373,9	223,5	58,1	1899	485,0	264,5	65,0
1876	375,2	200,6	56,1	1900	523,1	291,2	63,2
1877	394,4	198,8	53,5	1901	522,0	280,0	67,8

FUENTE: B. R. Mitchell y P. Deane, *Abstract of British Historical Statistics*, Cambridge, 1962, p. 283.

* Las importaciones están valoradas c.i.f., las exportaciones f.o.b.

** Se excluye siempre el valor de los metales preciosos, metálico y diamantes.

CUADRO 2. COMERCIO ULTRAMARINO FRANCES, 1871-1900 (comercio especial en millones de francos al valor de la época)

Años	*Importaciones*	*Exportaciones*
1871	3.566,7	2.872,5
1872	3.570,3	3.761,6
1873	3.554,8	3.787,3
1874	3.507,7	3.701,1
1875	3.536,7	3.872,6
1876	3.998,7	3.575,6
1877	3.679,8	3.436,3
1878	4.176,2	3.179,7
1879	4.595,2	3.231,3
1880	5.033,2	3.467,9
1881	4.863,4	3.561,5
1882	4.821,8	3.574,4
1883	4.804,3	3.451,9
1884	4.343,5	3.232,5
1885	4.088,4	3.088,1
1886	4.208,1	3.248,8
1887	4.026,0	3.246,5
1888	4.107,0	3.246,7
1889	4.316,8	3.703,9
1890	4.436,9	3.753,4
1891	4.767,9	3.569,7
1892	4.188,1	3.460,7
1893	3.853,7	3.236,4
1894	3.850,4	3.078,1
1895	3.719,9	3.373,8
1896	3.798,6	3.400,9
1897	3.956,0	3.598,0
1898	4.472,5	3.510,9
1899	4.518,3	4.152,6
1900	4.697,8	4.108,7

FUENTE: Shepard B. Clough, *France: A history of national economics 1789-1939*, Nueva York, 1939, pp. 215, 218.

CUADRO 3. COMERCIO ULTRAMARINO ALEMAN, 1872-1900 (comercio especial, incluyendo metales preciosos, en millones de marcos al valor de la época)

Años	*Importaciones*	*Exportaciones*
1872	3.464,6	2.492,2
1873	4.254,6	2.465,2
1874	3.670,6	2.459,6
1875	3.573,4	2.560,6
1876	3.911,4	2.604,9
1877	3.872,4	2.827,0
1878	3.715,6	2.915,3
1879	3.881,1	2.820,7
1880	2.859,9	2.946,1
1881	2.990,2	3.040,1
1882	3.164,6	3.244,1
1883	3.290,8	3.335,0
1884	3.284,9	3.269,4
1885	2.989,9	2.915,2
1886	2.944,8	3.051,3
1887	3.188,7	3.190,1
1888	3.435,8	3.352,6
1889	4.087,0	3.256,4
1890	4.272,9	3.409,5
1891	4.403,4	3.339,7
1892	4.227,0	3.150,1
1893	4.134,1	3.244,6
1894	4.285,5	3.051,5
1895	4.246,1	3.424,1
1896	4.558,0	3.753,8
1897	4.864,6	3.786,2
1898	5.439,7	4.010,6
1899	5.783,6	4.368,4
1900	6.043,0	4.752,6

Nota: La base sobre la que se calcularon estas estadísticas cambió desde 1880.

FUENTE: *Statisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, Berlín, 1885, 1890, 1899, 1902.

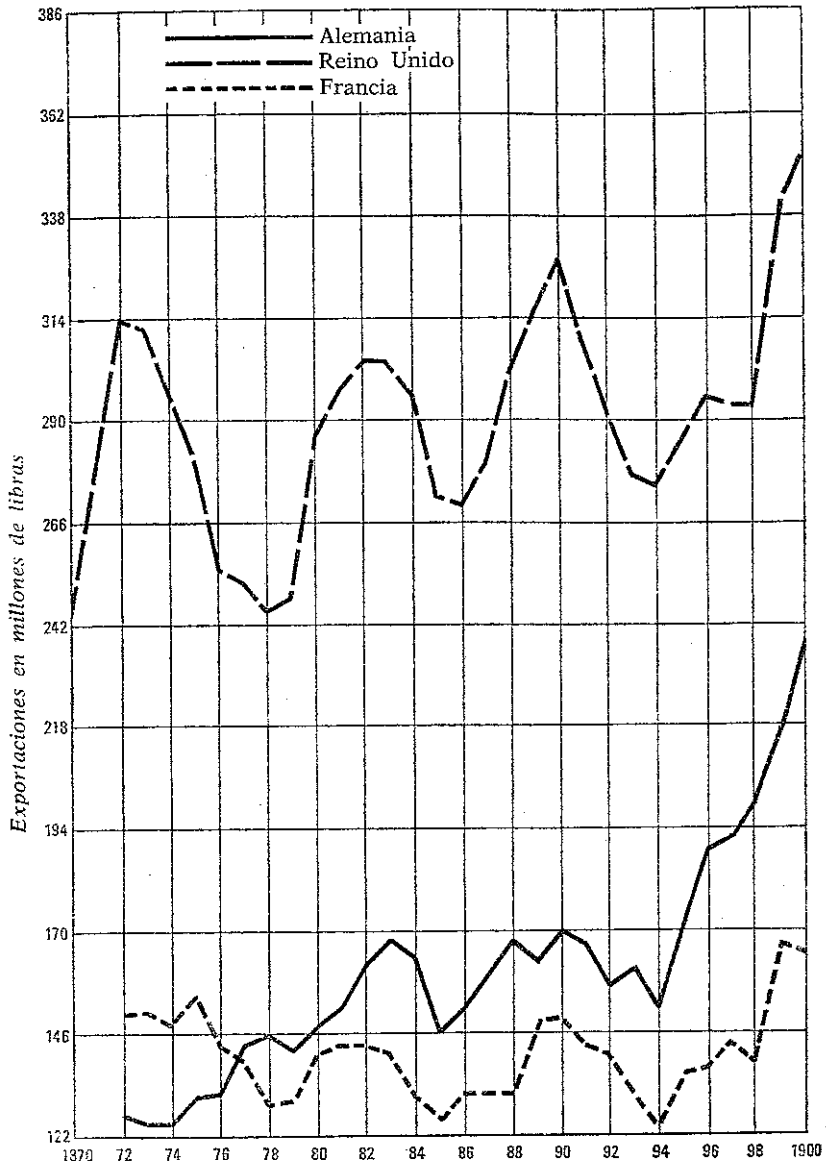

Gráfico 1.—Comercio ultramarino británico, francés y alemán, 1870-1900.

Las estadísticas alemanas indican una tendencia equiparable aunque mucho menos marcada. En contraste con Inglaterra y Francia, las exportaciones alemanas continuaron creciendo sin interrupción, excepto en 1879, hasta 1883. Hubo entonces una ligera caída en 1884-89 seguida de una recuperación y otra depresión en 1891-94. Aunque estas depresiones cíclicas fueron ligeras en comparación con las que afectaron al comercio inglés y francés, las exportaciones alemanas no subieron demasiado por encima del nivel de 1883 hasta después de 1895, y después de 1888 Alemania tuvo un importante y creciente saldo negativo en su comercio visible.

¿Qué importancia hay que dar a estas cifras de exportación? No hay duda de que los intereses mercantiles británicos y franceses y en particular sus políticos se vieron profundamente afectados por la duración y gravedad de estas depresiones comerciales y sus efectos sobre la economía interna, o que alguno de ellos llegó a convencerse de que el monopolio comercial de las posesiones existentes era un remedio parcial. Está igualmente claro que estaban impacientes por hacer pleno uso de las nuevas oportunidades de mercado en Africa y el Oriente. Sería, sin embargo, imprudente suponer sobre la única base de las estadísticas comerciales que la adquisición de nuevas posesiones ultramarinas se veía como un medio necesario de expansión del comercio en estas regiones. A lo sumo es razonable pensar que en un tiempo en que los mercados tradicionales parecían contraerse, los hombres de Estado pudieron llegar a estar más dispuestos que antes a utilizar medios políticos para suprimir obstáculos con objeto de compensar el comercio con otros lugares; y que esto podía tomar comprensiblemente la forma de anexión si no había otro modo de salvaguardar los mercados neutrales del cierre por alguna otra potencia europea o de tratar con xenófobos no europeos. Si esto ocurrió o no efectivamente en términos significativos sólo podría determinarse examinando los testimonios existentes.

¿Cuál es, en segundo lugar, la probabilidad de que el crecimiento del proteccionismo arancelario en Europa y en las posesiones europeas existentes fuera un factor de la expansión colonial a finales del siglo XIX? No hay duda, naturalmente, de que en el último cuarto de siglo se produjo un espectacular resurgimiento del proteccionismo en varios Estados que estaban también implicados en el «nuevo imperialismo», sobre todo en Alemania, Francia, Rusia y los Estados Unidos. Pero, revisando brevemente este proceso, es importante tomar cuidadosa nota de la cronología, pues los aranceles sólo pudieron haber

estimulado la expansión colonial si el país expansionista o sus competidores comerciales habían adoptado ya los aranceles y estaban sintiendo sus efectos al mismo tiempo que la expansión estaba teniendo lugar.

Alemania y Francia son los Estados claves, pues en cada uno de ellos la adopción de fuertes aranceles proteccionistas siguió a periodos relativamente librecambistas. Alemania había estado evolucionando hacia los principios comerciales británicos en la década de 1860, eliminando derechos de aduana sobre el grano importado en 1865 y sobre el hierro, los materiales de construcción naval y otros géneros en 1873 [1]. Pero hacia 1875 cambiaron las cosas. Bajo la presión de los industriales y de los intereses agrícolas, Bismarck estableció un nuevo arancel en 1879 que imponía derechos relativamente bajos sobre una amplia gama de manufacturas importadas y derechos mayores sobre los productos agrícolas. En la década 1880 no hubo ningún cambio importante, pero en 1890 se impusieron tipos más altos sobre muchos artículos. La culminación se alcanzó en 1902 cuando nuevas tasas elevaron el promedio de derechos *ad valorem* sobre los géneros de Gran Bretaña al 25 por ciento y sobre los de Rusia al 131 por ciento.

La cronología del proteccionismo francés fue similar [2]. El Segundo Imperio fue un periodo de liberalismo económico en el que Francia firmó el tratado de Cobden con Gran Bretaña en 1860, acabó con las prohibiciones de importar, redujo los derechos de importación y firmó una serie de tratados comerciales que apuntaban hacia un virtual librecambismo. Hubo una reacción después de 1870; pero, tras un repentino aumento de muchos de los derechos y de la denuncia de los tratados comerciales británico y belga en 1871-72, la década de 1870 fue un periodo de aranceles bajos en la metrópoli y de un virtual librecambio en las colonias francesas. El momento decisivo fue 1881, cuando un nuevo arancel general dio a una serie de manufacturas una protección efectiva mientras dejaba indefensas la agricultura y las materias primas. En el mismo año una nueva ley naval restablecía las subvenciones a la construcción de barcos. Por ello, durante los primeros años de la década de 1880, cuando empezaba la expansión colonial francesa, Francia guardaba

[1] Para una explicación del desarrollo de los aranceles alemanes, véase J. H. Clapham, *The economic development of France and Germany, 1815-1914*, Cambridge, 1951.

[2] Para la historia de los aranceles franceses, véase Clapham, *ibíd.*,; S. B. Clough, *France. A history of national economics 1789-1939*, Nueva York, 1939.

aún el equilibrio entre el librecambio y el arancel proteccionista, aunque la opinión política y comercial era cada vez más favorable al proteccionismo. Durante esta década se dio protección fragmentaria a productos agrícolas selectos, pero los aranceles industriales fueron mantenidos bajos en los sucesivos tratados comerciales. Hasta que no se aprobó en 1892 el arancel Méline, Francia no tuvo un sistema general de arancel proteccionista. Los derechos sobre los cereales se dejaron en cinco francos los cien kilos, pero la mayor parte de los otros derechos agrícolas se elevaron en un 25 por ciento. Ciertas materias primas seguían estando libres de derechos, pero otras, así como ciertas semimanufacturas que se producían en Francia, fueron gravadas por primera vez a partir de la década de 1860. El arancel sobre las manufacturas extranjeras fue endurecido y ampliado, y se aprobaron subvenciones más amplias. Francia se había convertido así en uno de los Estados más proteccionistas, aunque aún menos que Rusia o los Estados Unidos.

Menos hay que decir de estos dos Estados porque nunca habían adoptado los principios de Cobden y simplemente aumentaron la severidad de sus aranceles a finales del siglo XIX: Rusia en 1881-82 y de nuevo en 1890-91; los Estados Unidos por el arancel de McKinley de 1890 y luego, después de una reducción de derechos hacia la mitad de la década de 1890, por el arancel de Dingley de 1897. El nivel medio de los aranceles norteamericanos sobre artículos específicos subió así del 47 por ciento en 1869 al 49,5 por ciento en 1890 y al 57 por ciento en 1897 [3]. Tan altos aranceles, aunque no eran radicalmente nuevos y, por tanto, es improbable que afectaran a la actitud norteamericana o rusa ante el imperio, sí que afectaron a otros países por cuanto suponían una restricción adicional de los mercados mundiales y hacían necesario buscar consumidores más fácilmente accesibles en otros sitios.

Es, por tanto, un hecho que la época del «nuevo imperialismo» coincidió con el resurgimiento del proteccionismo en Francia y Alemania y su intensificación en Rusia, los Estados Unidos y otros países como Portugal, España e Italia. De los principales Estados implicados en la expansión colonial, sólo Gran Bretaña, Bélgica y Holanda no se vieron afectados. Resulta por eso perfectamente posible que proteccionismo e imperialismo actuaran como causa y efecto. Pero hay que hacer

[3] *New Cambridge modern history*, vol. XI, Cambridge, 1962, p. 507. [Hay trad. castellana, *Nueva historia económica de Cambridge*, Barcelona, Ed. Ramón Sopena, 1971.]

una reserva. La fase formativa vital de la expansión imperial fue la década de 1880. Pero éste fue también un periodo en el que los niveles arancelarios francés y alemán estaban aún relativamente bajos y en el que las otras potencias proteccionistas no habían aumentado todavía significativamente sus niveles generales arancelarios. Puede que los limitados cambios de aranceles que habían tenido lugar ya fueran suficientes para influir en las políticas coloniales de las potencias; sin embargo, basándose sólo en las cifras, habría sido de esperar que el «nuevo imperialismo» hiciera su impacto en la década siguiente más que en la de 1880.

Queda por considerar si hay motivos para pensar que los economistas, los hombres de Estado o los intereses creados europeos vieron la relación del nuevo proteccionismo con la política colonial del modo que algunos historiadores han sugerido: si, por una parte, los que en los Estados proteccionistas desempeñaron un papel dirigente en el reparto colonial parecen haber creído que proteccionismo e imperio estaban necesariamente emparejados; y si, por otra, en los Estados librecambistas como Inglaterra se reaccionó al proteccionismo de los demás adoptando una política de anexión prioritaria de territorios «vacantes» para proteger los mercados de «puerta abierta». Naturalmente es imposible probar la negativa. Pero un examen muy breve de los datos de la política francesa, alemana y británica servirá como medida de la probabilidad intrínseca de esta explicación del «nuevo imperialismo».

El rasgo más notable del caso francés es que, por lo que puede juzgarse, ninguna figura de importancia publicó antes de 1890 una teoría coherente de la colonización basada específicamente en los aranceles proteccionistas. Por otra parte, está claro que ciertas consideraciones comerciales de un orden más general desempeñaron un importante papel en el pensamiento colonial francés al menos a mediados de la década de 1870 y que llegó a aceptarse de un modo general que las colonias francesas existentes deberían responder a las necesidades comerciales metropolitanas mediante la imposición de derechos diferenciales. El resultado fue una aproximación al imperialismo fuertemente impregnada de economía pero que estaba lejos de ser una respuesta sincera al nuevo proteccionismo.

Probablemente la visión típica francesa del imperio en la década de 1870 y primeros años de la de 1880 fue la expresada por Paul Leroy-Beaulieu en su influyente libro *De la colonisation chez les peuples modernes*, que apareció en 1874.

La función más útil que cumplen las colonias... es suministrar al comercio de la metrópoli un mercado hecho para poner en marcha su industria y mantenerla, y procurar a los habitantes de la misma —ya sea como industriales, obreros o consumidores— mayores beneficios, salarios o productos. Todo el mundo se beneficiaría con ello, pues no es cuestión de volver a las restricciones que datan de los días del comercio proteccionista [4].

Esto, por supuesto, era esencialmente un argumento a favor del librecambio que se basaba en el librecambismo de imperialistas ingleses, tales como E. G. Wakefield y J. S. Mill. Lo notable es que once años más tarde, el 28 de julio de 1885, cuando Jules Ferry pronunció su famoso discurso en la Cámara francesa para justificar las nuevas adquisiciones coloniales, utilizó precisamente el mismo argumento sin niguna referencia específica a los aranceles proteccionistas.

Pero, señores, hay otro y más importante aspecto de este problema... La cuestión colonial es, para países como el nuestro que está, por el mismo carácter de su industria, sujeto a grandes exportaciones, vital para la cuestión de los mercados... Desde este punto de vista... la fundación de una colonia es la creación de un mercado... En efecto, se ha dicho, y se pueden hallar muchos ejemplos en la historia económica de los pueblos modernos, que es suficiente para que exista el lazo colonial entre la metrópoli que produce y las colonias que ha fundado en busca de predominio económico, que acompañen a y, en algún grado, dependan del predominio político [5].

Evidentemente, si la política expansionista de Ferry en los primeros años de la década de 1880 estaba basada en consideraciones económicas —y esto se examinará más adelante en los estudios de casos sobre Tunicia, Africa occidental e Indochina—, no partía de un elaborado análisis de las consecuencias macroeconómicas de la nueva política arancelaria de Francia y sus rivales europeos. Hasta 1890 no publicó Ferry la famosa introducción a *Tonkin et la mère patrie*, citada más adelante, que proporcionaba una crítica racional del imperialismo basada principalmente en las consecuencias del proteccionismo.

El impacto de la ideología imperialista sobre los aranceles parece, en efecto, haber surgido más del interés por proteger los mercados de las colonias francesas frente a la abrumadora

[4] H. Brunschwig, *French colonialism, 1871-1914*, Londres, 1966, p. 27.
[5] P. Roubiquet, comp., *Discours et opinions de Jules Ferry*, 7 vols., París, 1896-97, vol. V, pp. 194-96, traducida por D. K. Fieldhouse.

competencia británica que del análisis de sus implicaciones teóricas. Así, en enero de 1880, Brière de l'Isle, gobernador de Senegal y partidario de una política expansionista en el Sudán, aconsejó al ministerio de Marina que ignorara el voto de su consejo general local en contra de los derechos diferenciales que él había propuesto sobre la base de que:

Parecería imposible que, en el mismo momento en que Francia está intentando aumentar su comercio con Senegal, para sacar los recursos de la colonia a la luz y crear para ella nuevos mercados en el mismo corazón de Africa, todos sus esfuerzos beneficiaran a la industria extranjera porque la industria francesa estuviera en algún grado excluida del mercado senegalés por unas pocas casas comerciales de Burdeos [6].

De l'Isle logró su objetivo. Se impusieron derechos diferenciales sobre Senegal, Gabón y otras posesiones francesas a partir de 1877; y en 1884 y 1887, respectivamente, Argelia e Indochina fueron plenamente asimiladas al arancel metropolitano. Hacia mediados de la década de 1880 la opinión metropolitana estaba llegando, en general, al convencimiento de que las colonias existentes sólo eran económicamente útiles si sus mercados quedaban reservados a las exportaciones francesas y, por lo tanto, que podían ser apetecibles nuevas dependencias, si proporcionaban una salida monopolista a los productos franceses. En 1887 la Cámara de Comercio de Burdeos, que había permanecido siempre leal al librecambio en la década anterior, podía escribir al ministerio de Hacienda:

El restablecimiento de aranceles diferenciales parecería justificado en esta etapa por la necesidad de fortalecer los lazos, ahora demasiado débiles, que unen a Francia con sus colonias.
La experiencia ha demostrado que Francia, cuyas exportaciones ultramarinas son restringidas por una competencia siempre creciente, debe hallar en las colonias habitadas por sus propios ciudadanos mercados garantizados para sus productos primarios e industriales [7].

Por eso, en los últimos años de la década de 1880, la opinión general francesa, oficial y mercantil, parece haber sido que las colonias eran sólo útiles a Francia si la protegían de

[6] Citado por C. W. Newbury, «The proteccionism revival in French colonial trade: the case of Senegal», en *Economic History Review*, 2.ª serie, XXI, 2, 1968, p. 343.
[7] *Ibid.*, p. 345.

la competencia del comercio extranjero; y, a la inversa, que se podía justificar una mayor expansión imperial sobre la base de que cada nueva colonia se convertiría en un mercado monopolista. En 1890 tales ideas habían madurado hasta el punto de que Ferry, retirado de la política, desde hacía cinco años, pudo proporcionar una síntesis racional. Aunque bien conocido, el pasaje pertinente debe citarse como la exposición quizá más lógica del argumento económico de la colonización tropical por un Estado proteccionista europeo.

La política comercial es hija de la industrialización. Para los Estados ricos, en los que el capital abunda y se acumula rápidamente, en los que el sistema industrial crece continuamente y atrae, si no a la mayoría, sí al sector más activo y ambicioso de la clase trabajadora; en los que incluso el cultivo de la tierra debe industrializarse para sobrevivir, las exportaciones son esenciales para la buena salud política; y el campo abierto al empleo de capital, lo mismo que la demanda de trabajo, están controlados por la extensión del mercado exterior. Si Europa hubiese sido capaz de establecer algo parecido a una división del trabajo industrial entre los países fabricantes basada en las aptitudes naturales y sociales y en las condiciones económicas de los diferentes países, asegurando la industria del algodón y la metalurgia en un lugar, reservando el alcohol y el azúcar para un país, las manufacturas de lana y seda para otro, Europa no tendría que buscar fuera de sus propias fronteras mercados para sus productos. Los tratados de 1860 apuntaban a este ideal. Pero hoy todos quieren hilar y tejer, forjar y destilar. Toda Europa hace tanta azúcar como puede y trata de exportarla. La industrialización en gran escala de los países más recientes —los Estados Unidos y Alemania—, el logro de todas las formas de industria de pequeños Estados cuyos pueblos estaban dormidos o exhaustos —una Italia regenerada, una España enriquecida por el capital francés, una Suiza con tanta iniciativa y prudencia—, estos acontecimientos han situado al conjunto de Occidente, mientras espera que Rusia aprenda y crezca, en una cuesta que no puede subir.

Al otro lado de los Vosgos, y a través del Atlántico, el sistema proteccionista ha aumentado el número de manufacturas, cerrado mercados anteriores, e introducido una fuerte competencia en los mercados de Europa. Es algo de lo que hay que defenderse levantando barreras, pero eso no basta. En su agudo libro sobre la colonización de Australia, el señor Torrens ha demostrado claramente que un aumento del capital manufacturero, a menos que vaya acompañado de un aumento proporcionado de los mercados exteriores, tiende a producir un descenso general de precios, beneficios y salarios como mero resultado de la competencia interior.

El sistema proteccionista es una máquina de vapor sin válvula de seguridad a menos que esté contrapesado y apoyado por una política colonial sensata y seria. El capital excedente invertido en la industria no sólo tiende a disminuir los beneficios del capital sino también a contener la elevación de los salarios, aunque ésta es la tendencia natural y deseable de todas las sociedades modernas. Además, ésta no es una tendencia abstracta, sino una realidad de carne y hueso, de pasión y deseo, que se revuelve impaciente, se queja y se defiende ella misma. La crisis económica que ha presionado tan duramente sobre el obrero europeo desde 1876 ó 1877, la postración industrial que le siguió, cuyos síntomas más deprimentes consisten en huelgas —largas, a menudo imprudentes, pero siempre formidables—, han coincidido en Francia, Alemania e incluso en Inglaterra con un descenso importante y persistente en el volumen de las exportaciones. Quizá puede pensarse de Europa que es una empresa comercial que ve disminuir su volumen de negocios en un cierto número de años. El consumo de Europa está saturado: es imprescindible descubrir nuevos filones de consumidores en otras partes del mundo. La alternativa es colocar a la sociedad moderna en bancarrota y preparar para la aurora del siglo XX una liquidación social cataclismática cuyas consecuencias no se pueden calcular.

Inglaterra tomó la delantera en el movimiento industrial moderno porque fue la primera en prever tan lejanos horizontes. Porque vio el peligro potencial que podía resultar para su hegemonía, tras la secesión de los Estados Unidos de Norteamérica, de la separación de Australia y la India, sitió Africa por los cuatro costados: al sur, por la altiplanicie del Cabo y Bechuanalandia; al oeste, por el Níger y el Congo; al nordeste por el valle del Nilo; al este por Suakin, la costa de Somalia y la cuenca de los grandes lagos ecuatoriales. Para impedir que la empresa británica obtenga en su exclusivo provecho los nuevos mercados que están abriéndose a los productos de Occidente, Alemania combate a Inglaterra con su inconveniente e inesperada rivalidad en todas las partes del globo. La política colonial es una expresión internacional de las leyes externas de la competencia [8].

Los argumentos de Ferry fueron adoptados por otros en Francia y en otras partes de Europa y pasaron a ser de uso corriente como la explicación auténtica del imperialismo francés durante las décadas de 1880 y 1890. Así en 1890 Eugène Etienne recalcaba el mismo argumento: «Creo... que es prudente mirar al futuro y reservar al comercio y a la industria franceses las salidas que se le abren en y por las colonias» [9]. Grupos de presión franceses, como el Comité de l'Afrique Française, constituido en el mismo año, y comités similares creados para apoyar los intereses franceses en Asia, Marruecos, el Pacífico y Ma-

[8] Roubiquet, *Discours*, vol. V, pp. 557-9, traducido por D. K. Fieldhouse.
[9] Citado por S. H. Roberts, *A history of French colonial policy, 1780-1925*, 2 vols., Londres, 1929, vol. I, p. 21.

dagascar, tendían a repetir y publicar el argumento de Ferry. La Union Coloniale Française de 1893 se organizó sobre todo para coordinar las casas financieras y comerciales francesas con los intereses en las colonias y ejerció considerable influencia como órgano de propaganda y como grupo de presión sobre el gobierno. Así pues, es al menos posible que el fervor con que Francia fue extendiendo sus territorios coloniales en la década de 1890, y su disposición a correr considerables peligros políticos enfrentándose a Inglaterra en el Sudán en 1898 y a Alemania en Marruecos en 1905 y 1911, fuera en parte el resultado de la creencia general de que el colonialismo era un corolario necesario del proteccionismo.

Pero aun concediendo que esta última orientación del pensamiento francés puede, en alguna medida, haber sido responsable de las subsiguientes políticas expansionistas, el significado del argumento proteccionista para el imperialismo francés en conjunto sigue siendo dudoso. El periodo crucial para la expansión francesa se sitúa en los años anteriores a 1885, cuando fue adquirido o protegido la mayoría del nuevo imperio francés. Annam (Vietnam) fue convertido en protectorado en 1874. Túnez fue ocupado en 1881. Brazza empezó su ocupación del Congo en 1882. La guerra de Tonkín empezó en 1883. El protectorado sobre Madagascar fue anunciado en 1885. La expansión francesa en Africa occidental estaba ya en camino. D'Ordega había dado a Francia la oportunidad de imponer un protectorado en Marruecos. ¿Cómo se compaginan estas fechas con la cronología del proteccionismo y la evolución de la teoría de Ferry? Como se ha visto, los aranceles franceses eran aún bajos en la década de 1880: el arancel de Méline no llegó hasta 1892. El arancel alemán databa de 1879, pero no fue realmente riguroso hasta alrededor de 1890. Los aranceles rusos habían sido nuevamente elevados en 1881-82, pero los de Estados Unidos se mantuvieron a su nivel normal hasta 1890. Por lo tanto, aunque es posible que los aranceles extranjeros afectaran al comercio francés en los primeros años de la década de 1880 y así sirvieran de incentivo a Francia para hallar nuevos mercados como compensación, los aranceles franceses no eran aún tan altos como para requerir una «válvula de seguridad». Igualmente no hay razón para suponer que Ferry o los demás políticos y funcionarios expansionistas estuvieran conscientemente movidos por consideraciones proteccionistas durante los primeros años de la década de 1880. Ferry no había hecho referencia pública alguna a factores económicos distintos de los evidentes intereses de los financieros franceses en Egipto y

Tunicia antes de dejar su cargo en 1885. Ni en su discurso de aquel año, ni en el libro de 1890, pretendió explícitamente, ni dio a entender siquiera, que la expansión hubiera sido deliberadamente emprendida para satisfacer necesidades comerciales. Al contrario, habló como si tratara de descubrir una mano oculta que le hubiera guiado a él y a otros hombres de Estado interesados en el reparto colonial, a través de una inmensa carrera de obstáculos, a lo largo de una pista desconocida, que hubiera «estado desarrollándose desde hacía poco más de cinco años», pero que aparentemente «ganaba velocidad cada año con la fuerza de su propio impulso...» [10]. Estas no son las palabras de un hombre que explica sus propias acciones, sino de alguien que intenta racionalizar después del suceso y que desea trazar las líneas directrices de la futura política colonial francesa.

Por lo tanto, debe concluirse que la hipótesis que interpreta la expansión francesa en el periodo posterior a 1875 como un producto directo del nuevo proteccionismo es débil. Parece improbable que los que hacían la política en París actuaran siempre poseídos de la lógica de los altos aranceles en el exterior o en el interior. Es mucho más probable que el orden causal fuera el contrario: que la imposición de aranceles sobre el comercio colonial y la presunción de que los aranceles preferenciales eran el objeto del imperialismo fuera el producto de la expansión emprendida por razones complejas, y a menudo no económicas, que tenían que justificarse en términos económicos. Esta al menos fue la interpretación de todo el proceso hecha por A. Girault, uno de los principales expertos contemporáneos en derecho y finanzas coloniales francesas, al explicar la imposición de aranceles metropolitanos en las colonias que dio a Francia el más alto grado posible de trato preferencial en ellas.

Una tercera razón de la tendencia hacia la asimilación arancelaria ha de fundarse en los sacrificios que Francia se impuso en tiempos de Jules Ferry para desarrollar su imperio colonial, y en la mentalidad que ha resultado de estos sacrificios. La política de expansión colonial fue entonces muy discutida y fuertemente combatida. Los sacrificios en hombres y dinero parecieron duros, y la opinión pública no apreció la utilidad de estas colonias para Francia. 'Por lo menos', se decía, 'este dominio, para cuya adquisición hacemos tantos sacrificios, debería dar algo a cambio. Los mercados para los productos franceses en el extranjero están en peligro de cerrarse

[10] Roubiquet, *Discours*, vol. V, pp. 555-56, traducido por D. K. Fieldhouse.

a consecuencia del progreso del proteccionismo. ¿No podría el mercado colonial ofrecernos al menos una compensación parcial? Una vez que la opinión pública pudo fijarse en las colonias, se vio que éstas no compraban bastante a Francia. Era el suyo un mercado en que los productos franceses no estaban protegidos. Los adversarios de la expansión colonial, que afirmaban que las colonias no eran suficientemente provechosas para el Estado imperial, y los partidarios de la política de expansión, que ponían el énfasis sobre los futuros mercados coloniales, coincidían en insistir en que las colonias debían hacerse tan provechosas como fuera posible para Francia a través de la reserva estricta de su mercado a los productores franceses [11].

Puede que Girault no fuera consciente de que estaba invirtiendo los argumentos de Ferry; pero en realidad su hipótesis proporcionaba una interpretación alternativa de la relación entre el imperialismo francés y el interés por las ventajas económicas de la colonización.

La relación precisa entre el proteccionismo arancelario y la política colonial en Alemania es aún más difícil de establecer que en Francia. Sin embargo, el caso alemán es por muchos motivos crucial, pues Alemania fue la primera potencia de Europa occidental que volvió a los aranceles, en 1879, y la reclamación alemana de colonias en 1884-85 fue indudablemente un factor fundamental en la aceleración general de la expansión colonial durante los años siguientes. ¿Qué prueba hay de que los argumentos comerciales o, más concretamente los efectos de la política arancelaria alemana posterior a 1879 condujeran a los alemanes por el camino del imperio?

Uno de los rasgos específicos del imperialismo alemán fue el hecho de que Alemania no tenía tradición imperial ni colonias antes de 1880. En mucha mayor medida que en Francia la cuestión de si las colonias eran deseables, y si lo eran, sobre qué base, fue teórica durante los tres primeros cuartos del siglo. Los interesados solían ser universitarios o profesionales, que observaban el hecho del Imperio británico y pensaban que Alemania debía tener posesiones similares si quería igualar a Gran Bretaña en prestigio; o bien intereses creados, como los de los comerciantes y armadores de las ciudades hanseáticas, que encontraban que la ausencia de bases o fuerzas alemanas en aquellas partes del mundo en que operaban era un inconveniente o un obstáculo. Los argumentos a favor del imperio eran por ello o muy teóricos o estrictamente limitados a lugares y problemas particulares, según emanaran de universitarios o de comerciantes.

[11] A. Girault, *The colonial tariff policy of France*, Oxford, 1916, p. 83.

A nivel teórico había una tradición general aunque algo imprecisa que consideraba la colonización como un medio deseable de promover el desarrollo económico a través del comercio. Ya en 1821 Hegel había adoptado conceptos procedentes de Smith y de otros economistas clásicos, argumentando que la colonización era deseable para una economía burguesa porque abría nuevos mercados y remediaba presiones internas resultantes del subconsumo [12]. Pero el verdadero creador de una tradición alemana de pensamiento colonial fue Friedrich List, cuyo *National system of political economy* se publicó en 1841. El objetivo primario de List era demostrar que el librecambio era un sistema diseñado y propagado en su propio interés por Gran Bretaña como primera potencia en el desarrollo de las industrias modernas. Para otros países que deseaban seguir el mismo camino, el librecambio era un obstáculo porque sin proteccionismo sus propias industrias nacientes no podían competir con las importaciones más baratas del fabricante más adelantado. La solución para Alemania consistía claramente en adoptar una política proteccionista rigurosa hasta que pudiera competir con Gran Bretaña en igualdad de condiciones.

El papel preciso de las colonias en este sistema no es fácil de determinar. List favorecía básicamente el comercio colonial (expresión que para él significaba el comercio europeo con países poblados por europeos, ya fueran dependientes aún o Estados soberanos; y también el comercio con «países de la zona tórrida», como la India) según las líneas generales trazadas por Smith y otros que defendían la especialización y ampliaban el mercado. Sobre esta base Alemania iba a sacar poco provecho de la efectiva posesión de colonias, ya que antes comerciaba directamente con las de otros Estados en sus propios barcos, ahorrándose así el beneficio del intermediario que ahora iba a los británicos y holandeses. Pero List se daba cuenta evidentemente de que una gran nación, como él quería que Alemania llegara a ser, debía tener sus propias colonias.

> El medio óptimo de desarrollo del poder de fabricación, del comercio interno y externo procedente de él, de cualquier navegación costera y marítima digna de consideración, de grandes pesquerías

[12] G. W. F. Hegel, *Philosophy of right*, 1821, edición inglesa traducida por T. M. Knox, Oxford, 1942, pp. 242-49. [Hay trad. castellana, *Filosofía del Derecho*. Introducción de Carlos Marx. Buenos Aires. Editorial Claridad, 1955. 280 págs.]

marítimas y, en consecuencia, de un respetable poder naval, son las *colonias* [13].

Sobre esta base List recomendaba definitivamente que Alemania estableciera colonias y al mismo tiempo adoptara una política arancelaria proteccionista. Pero su prescripción tenía dos peculiaridades. Primera, no existía ningún intento de establecer una relación teórica entre aranceles y colonias, ciertamente para no hacerlas interdependientes. Ambos eran beneficiosos por derecho propio. Segunda, la colonización propuesta había de hacerse, al menos inicialmente, en Estados ya existentes en Latinoamérica, los Balcanes y Australasia, con la cooperación de los gobiernos de estos países. Es decir, las colonias tenían que ser grupos de pobladores que se unieran y conservaran su carácter alemán y su gusto por los productos alemanes, más que verdaderas posesiones políticas. Probablemente no se lograría mucho de esto, ya que List reconoció que hasta que Alemania tuviera una armada no podría llegar a ser una verdadera potencia colonial. El punto importante es quizás que mientras List probablemente creó la tradición alemana de que las colonias eran económicamente deseables, nunca las integró en el sistema proteccionista que proponía.

Mucho tiempo después de su muerte en 1846 sus teorías coloniales habían recibido poco apoyo, aunque de vez en cuando los escritores nacionalistas resucitaran sus argumentos. Por ejemplo, en 1848 Roscher escribió que «deben asegurarse para nuestro interés nacional nuevas áreas de producción y consumo, ya se ganen por medio de la colonización política o de la económica» [14]. La tradición continuó pero su contenido económico se fundió con los conceptos más amplios del nacionalismo alemán. En efecto, la mayoría de los alemanes favorables a la colonización veían las colonias como símbolos de poder, evidencia de que Alemania se había puesto a la par de Inglaterra; o como lugares a los que podían ir los emigrantes sin perder su nacionalidad [15]. Pero al igual que el propio Bismarck, cuando escribía a su amigo Roon en 1868, pensaban que no tenían ningún valor comercial.

Por una parte las ventajas que puede haber en el comercio e industria de las colonias con el país de origen se basan en gran medida en ilusiones. Pues los costes de fundación, ayuda y mantenimiento de las colonias son mucho mayores que el beneficio para la metrópoli, como lo prueba el ejemplo de Inglaterra y Francia. Otro argumento en contra de las colonias es que no resulta del todo justo que toda la nación tenga que pagar las ventajas de unas pocas empresas comerciales e industriales.

Por otra parte nuestra flota no está bastante desarrollada para cumplir la tarea de proteger las colonias en territorio extranjero.

Finalmente, el intento de fundar colonias en territorio extranjero donde otros Estados reclaman este territorio, justificadamente o no, como esferas suyas de influencia, puede conducir a muchos conflictos indeseados [16].

[13] F. List, *The National system of policital economy*, 1841, edición de 1885 reimpresa en Nueva York, 1966.

[14] Citado por M. E. Townsend, *Origins of modern German colonialism, 1871-1885*, Nueva York, 1921, p. 30.

[15] M. Walker, *Germany and the emigration, 1816-1885*, Boston, 1964.

No fue, por tanto, sorprendente que cuando se adoptó el arancel proteccionista de 1879 nadie pareciera conectarlo con la necesidad o posibilidad de colonización alemana. Von Bülow afirmaba en aquel año: «Nosotros no queremos *fundar* colonias. No deseamos ningún monopolio contra los otros. Sólo queremos garantizar los derechos de la marina mercante y el comercio alemanes» [17]. Bismarck, que nunca dejó de negar que Alemania necesitara colonias como tales, aparte de proteger los intereses de sus comerciantes en aquellas partes del mundo donde se habían establecido ya, no hizo referencia a las colonias al promulgar el arancel de 1879 en el Reichstag, y la cuestión de las colonias no se suscitó en absoluto en los debates. Además, las ciudades hanseáticas, que eran las principales defensoras de una política colonial, eran también los principales críticos de los aranceles proteccionistas, ya que gran parte de su prosperidad dependía del tránsito del comercio por sus puertos. En resumen, no hay razón para relacionar la demanda de colonias alemanas en los años anteriores a 1884-85 con la política arancelaria contemporánea o con la necesidad de Alemania de hallar nuevos mercados o fuentes de materias primas. Ningún alemán argüiría seriamente que el imperialismo era un compañero necesario de una política arancelaria, o que Alemania necesitaba colonias como mercados.

Esto no significa, naturalmente, que los problemas comerciales no influían en la política colonial alemana en los primeros años de la década de 1880, pues, como veremos, las necesidades y problemas específicos de los comerciantes y empresarios alemanes en varias regiones de Africa y el Pacífico Sur estaban directamente conectados con la decisión de Bismarck

[16] Debo esta cita al Dr. H. Pogge von Strandmann.

[17] Citado por Townsend, *Origins*, p. 72.

en 1884 de establecer allí protectorados alemanes. Además, llegó a ser convencional, tanto en Alemania como en Francia durante los últimos años de la década de 1880 y en la de 1890, justificar las colonias existentes o proyectadas en función de su valor económico general. La propaganda que emanaba de organizaciones tales como la Sociedad Colonial y su Comité Económico adoptó la postura de que las colonias existentes podían desarrollarse para proporcionar importantes ventajas comerciales e inversoras; y, si estas posesiones resultaban finalmente insatisfactorias o inadecuadas para las necesidades alemanas, entonces debían adquirirse nuevas colonias. En alguna medida tal propaganda era defensiva, pues era evidente que las colonias existentes tenían poco valor como mercados, proporcionando sólo un 5,5 por ciento de todo el comercio de exportación de Alemania; y la pérdida en administración era cuantiosa. Pero los vehementes ataques en el Reichstag y la derrota del gobierno en los presupuestos coloniales animó naturalmente a los defensores de la política colonial a subrayar las compensaciones económicas, igual que había hecho Ferry en Francia en 1885 y después. Los argumentos usados por Bernhard Dernburg, nombrado primer secretario de Estado para las colonias en 1906 como parte de un nuevo trato para las colonias alemanas, en una de las conferencias pronunciadas durante la campaña electoral de 1906-07, pueden resumirse para ilustrar el tipo de argumentos comerciales desplegados por esta época en Alemania a favor de las colonias [18].

Irónicamente, porque para ingleses y franceses Alemania aparecía como un país comercialmente expansivo que estaba amenazando sus propios intereses comerciales, la tesis central de Dernburg era que Alemania necesitaba colonias para conservar su posición comercial y económica como resultado de la competencia de otros países. Por un lado, habían surgido Estados Unidos y Japón como rivales en busca de mercados internacionales, y, con la ayuda de aranceles proteccionistas, estaban amenazando a Europa en los mercados neutrales de Latinoamérica y el lejano Oriente. Por otro lado, había peligro de que otros países pudieran monopolizar ciertas materias primas vitales a través de sus posesiones coloniales; de modo que los fabricantes y consumidores alemanes podían tener que pagar precios excesivos en el mercado libre. Concentrándose en el segundo punto, afirmó que Alemania podía desarrollar los vastos territorios que ya poseía de modo que la hicieran

[18] Basado en Brunschwig, *L'expansion allemande d'outre mer*, París.

casi autosuficiente en los géneros respecto de los cuales tenía que contar con los productores de países tropicales. Incluso si la producción alemana sólo aumentaba la oferta mundial, ello forzaría a los monopolistas a reducir sus precios, lo que a la vez incrementaría la competitividad de la industria alemana y reduciría los precios para los trabajadores alemanes. Alemania podría obtener mejores cláusulas en los tratados comerciales y su balanza comercial mejoraría. Todo esto, naturalmente, requeriría paciencia y el empleo de muchos esfuerzos y capital. El sueño anterior de colonias que satisficieran inmediata y naturalmente todas las necesidades del comercio había resultado falso. Pero a la larga, las colonias debían considerarse como esenciales para cualquier nación industrial en una época de proteccionismo e industrialización creciente.

Dos puntos principales de esta tesis requieren comentarios. Primero, Dernburg no sugería que estos argumentos hubieran informado la colonización alemana veinte años antes, sino que éstas eran las miras correctas que había que adoptar ahora que las colonias existían. Segundo, veía el valor comercial de las colonias casi enteramente en su papel de productoras de materias primas y alimentos y no como mercados, mientras que en 1890 Ferry había considerado que lo más importante era su valor como mercados para las manufacturas. Esta inversión reflejaba la experiencia común. Ya estaba claro para todos los países que las colonias tropicales adquiridas poco después de 1880 tenían poco valor como mercados para las manufacturas, excepto de la clase más tosca, porque su población (a diferencia de los habitantes de las colonias inglesas de asentamiento) carecía de poder adquisitivo o de interés por la mayoría de los productos europeos. Al contrario, la demanda creciente de productos tropicales como caucho, aceite vegetal y algodón y el descubrimiento en ciertas áreas de minerales, tales como el cobre subrayaban el valor potencial de las colonias como productoras. Este orden de prioridades en la evaluación del comercio colonial fue común a los comentaristas de la mayoría de los países después de 1900 y siguió siendo la base para la estimación económica del valor de las colonias hasta el fin de los imperios coloniales después de 1945.

Pero aunque Francia y Alemania no parezcan haber adoptado políticas coloniales «adelantadas» como directo o necesario acompañamiento de su propio proteccionismo, ¿puede aventurarse la hipótesis de que el «nuevo» imperialismo británico de las décadas de 1880 y 1890 fue una reacción al proteccionismo ajeno, sobre todo cuando los aranceles extranjeros amenazaban

con excluir a los comerciantes británicos de regiones de Africa y de Oriente que hasta entonces habían ofrecido una «puerta abierta» al comercio internacional? Alternativamente, ¿puede explicarse el imperialismo británico en función de un interés general por las oportunidades de mercado en una época de declive de las exportaciones nacionales?

Durante el medio siglo anterior a 1880 hubo, naturalmente, una fuerte tradición británica que defendía el valor comercial de las colonias para la metrópoli aun en condiciones de librecambio. Esta hipótesis fue firmemente apoyada por E. G. Wakefield, dirigente de los reformadores coloniales durante las décadas de 1830 y 1840, y puede resumirse en un pasaje de su libro *The art of the colonization*, publicado en 1849:

> Las colonias... son... comunidades exportadoras: tienen una gran producción que exportar.
>
> No sólo tienen una gran producción que exportar, sino que esta producción es especialmente adecuada para el cambio con los países viejos. A consecuencia de la baratura de la tierra en las colonias, la gran mayoría de la población es propietaria u ocupante de tierra; y su industria está en gran medida confinada a la producción que surge de forma inmediata del suelo; a saber, alimentos y materias primas. Por el contrario, en los países viejos, donde el suelo está totalmente ocupado y el trabajo es abundante, puede decirse que las manufacturas son su producción natural para la exportación. Esto es lo que los colonizados no producen. La colonia produce lo que necesita el país viejo; el país viejo produce lo que necesita la colonia. El país viejo y la colonia son, por tanto, los mejores clientes el uno para el otro [19].

Tales argumentos tenían un peso considerable a mediados del siglo XIX y servían para justificar el establecimiento y el mantenimiento de las colonias blancas en Norteamérica, Africa del Sur y Australasia, en las que estaban sumamente interesados Wakefield y los más entusiastas colonialistas. Sin embargo, no puede decirse que la opinión pública u oficial británica en conjunto aceptara siempre que estos argumentos constituían una justificación suficiente para la indefinida extensión del Imperio. En general parece que fueron dos los factores opuestos a su aceptación. Primero, muchas de las colonias existentes invalidaban la esperanza de los imperialistas librecambistas de que, como Charles Buller declaró en 1854, la metrópoli podía estar segura de «no tener que soportar aranceles

[19] *A view of the art of colonization*, Londres, 1849, p. 83.

hostiles por parte de éstas» [20]. Después de la adopción de un arancel proteccionista por Canadá en 1859, que fue más tarde copiado por varias colonias australasiáticas, hubo de admitirse que las colonias que se autogobernaban cesarían finalmente de ofrecer especiales ventajas comerciales a la metrópoli. Segundo, aunque los británicos eran conscientes del gran beneficio que para la industria británica suponía el vasto mercado no proteccionista de la India, como se probaba por su insistencia en que los derechos de importación sobre los textiles de algodón fueran abolidos, no creían que en general mereciera la pena anexionar otros territorios tropicales sólo para obtener ventajas similares. Había razones evidentes para ello. Pocos países anexionables, si alguno había, ofrecían ventajas comerciales comparables con las de la India. Más importante aún, la experiencia sugería que los mismos beneficios comerciales podían obtenerse negociando tratados «de puerta abierta» con Estados tales como China y Siam que estipularan bajos derechos de importación *ad valorem* y condiciones satisfactorias para los británicos. Se pueden hallar ejemplos aislados en que se especificaba la ventaja comercial como el fundamento de la anexión territorial: Lagos, en 1861, por ejemplo. Se trata de raras excepciones. La opinión general era que, mientras las posesiones existentes fueran valiosos socios comerciales, las supuestas ventajas comerciales no justificaban por sí mismas la adquisición de nuevas dependencias tropicales.

En los últimos años de la década de 1870 y primeros de la de 1880, sin embargo, las condiciones estaban cambiando espectacularmente. Por una parte, las exportaciones británicas se encontraban con la competencia extranjera en los mercados establecidos y el auge del proteccionismo en Europa. Por otra, Francia y otras potencias se estaban anexionando territorios hasta entonces independientes en Africa y Oriente, e imponiendo aranceles diferenciales para excluir el comercio británico. Se plantea, por tanto, el problema de si la expansión colonial británica posterior a 1880 fue una respuesta a uno de estos problemas comerciales o a ambos. ¿Se adquirían deliberadamente las nuevas colonias para ofrecer salidas al nuevo comercio británico en Africa y Oriente frente a la amenaza de la anexión extranjera acompañada del sistema de arancel exclusivo?

[20] Charles Buller en la Cámara de los Comunes, 6 de abril de 1843. Citado por G. Bennett, *The concept of empire*, Londres, 1953, pp. 142-43.

No puede darse una respuesta a esta cuestión hasta que hayan sido consideradas las pruebas proporcionadas por los estudios de casos individuales. En este punto, sin embargo, se debe advertir que, si nos atenemos a las palabras de los hombres de Estado británicos, podría formularse una hipótesis sólida. Por una parte, estaban quienes, como Gladstone, Harcourt y Morley, se negaron siempre a admitir —al menos abiertamente— que la anexión prioritaria pudiera justificarse por razones morales o prácticas. En realidad la mayoría de los hombres de Estado tomaron esta postura en uno u otro momento. Por otra, hubo un creciente número de personas que, cuando pasó el tiempo y creció la competencia de otras potencias, estuvieron más dispuestas a aceptar el principio de anexión prioritaria por razones comerciales y, más comúnmente, justificaban la acción emprendida ya, cualquiera que fuera su auténtico origen, por razones comerciales. Así los ministerios de Asuntos Exteriores y de Colonias consideraron seriamente la anexión de Africa occidental en 1883 [21]; en 1886 Salisbury dijo en Manchester —ciudadela del librecambio— que el abuso del imperialismo y de los aranceles proteccionistas extranjeros podían forzar a Gran Bretaña a anexionarse territorios para preservar las salidas comerciales [22]. En 1885 declaró que los ejércitos británicos en Africa oriental tenían los mismos objetivos [23]; y en 1888 sir Harry Johnston reflejó probablemente las opiniones de Salisbury en un difundido artículo aparecido en *The Times* en el que sostenía que había llegado a ser una «necesidad para nosotros protegernos y anticiparnos a otras naciones europeas en las localidades que deseamos honestamente explotar» [24]. Frederick Lugard justificó un protectorado en Uganda sobre bases parecidas en 1892 [25]. Sir Edward Gray hizo lo mismo en 1894 [26], y Salisbury jugó la misma baza en 1895 [27]. En 1896 Joseph Chamberlain, el hombre de Estado británico más expansionista de la década de 1890, pudo declarar de forma

[21] Newbury, «The protectionist revival», p. 348.

[22] Discurso en la Cámara de Comercio, Manchester, 16 de abril de 1884. Citado por D. C. M. Platt, «Economic factors in British policy during the new imperialism», en *Past and Present*, 39, 1968, p. 128.

[23] D. C. M. Platt, *Finance, trade and politics in British foreing policy, 1815-1914*, Oxford, 1968, p. 258.

[24] Citado por Platt, «Economics factors», p. 128.

[25] Véase M. Perham, *Lugard*, 2 vols., Londres, 1956, 1960, vol. I, páginas 387-431.

[26] R. E. Robinson y J. A. Gallagher, *Africa and the Victorians*, Londres, 1961, p. 329, nota 8.

[27] Citado por Bennett, *The concept of empire*, pp. 312-13.

categórica que si Gran Bretaña hubiera permanecido al margen, «la mayor parte de Africa habría sido ocupada por nuestros rivales comerciales, que habrían procedido a cerrar este gran mercado al imperio británico» [28]. Tales declaraciones deben sopesarse con pruebas más concretas de los motivos y circunstancias; pero al menos fuerzan al historiador a tomar en serio la afirmación de que la expansión británica posterior a 1880 fue influida, si no directamente causada, por el interés en los mercados ultramarinos [29].

¿Qué conclusiones generales pueden extraerse de este limitado examen de los testimonios relativos a Gran Bretaña, Francia y Alemania en cuanto a la verosimilitud de una explicación comercial del «nuevo imperialismo»?

Primero, parece innegable que la creciente competencia por los mercados establecidos en Europa y América, junto con la cíclica pero extendida y recurrente baja del valor de las exportaciones durante los últimos treinta años del siglo, estimuló a los países más industrializados a buscar nuevos mercados en otros lugares. Esta búsqueda de mercados despertó mayor interés que nunca por las oportunidades comerciales de las regiones poco conocidas de Africa y Asia, que hasta entonces no habían sido introducidas plenamente en la órbita del comercio internacional y cuyas posibilidades económicas fueron comúnmente sobreestimadas precisamente porque eran imposibles de calcular. Al mismo tiempo, la creciente demanda de materias primas industriales y alimentos que no se podían obtener en Europa o Norteamérica estimuló la búsqueda de nuevas fuentes de abastecimiento. Todos estos factores juntos hicieron que los europeos penetraran rápidamente en la mayoría de las partes del mundo menos desarrollado y que éstas fueran rápidamente incluidas en la economía capitalista de Occidente.

Esta búsqueda de nuevos mercados, por sí misma, ¿iba a dar como resultado una colonización oficial a gran escala en la década de 1880 y después? Los datos antes considerados no dan una indicación clara. Mientras que algunos teóricos y hombres de negocios parecen haber creído que las nuevas colonias tro-

[28] W. K. Hancock, *Survey of British Commowealth affairs*, II, ii, *Problems of economic policy, 1918-39*, Londres, 1942, p. 82.

[29] Véase también William Cunningham, «English imperialism», en *Atlantic Monthly*, julio de 1899, pp. 1-6, para una benévola exposición del ejemplo de la expansión colonial británica basada en el peligro de exclusión de áreas de importancia comercial por los aranceles impuestos por otras potencias.

picales proporcionarían mercados y fuentes de materias primas apreciables, muchos otros, incluyendo figuras políticas de la mayoría de los países, permanecían dudosos, adhiriéndose a la presunción de mediados de siglo de que las colonias iban a ser probablemente una molestia y una fuente de gastos para la metrópoli. Así, mientras la depresión comercial y la búsqueda de mercados bien pueden haber influido en las actitudes europeas hacia el mundo menos desarrollado en la década de 1880 y después, será necesario buscar una prueba específica de que estos factores tuvieron una influencia directa y mensurable en la política de los principales Estados en la época del «nuevo imperialismo».

Segundo, la importancia del proteccionismo arancelario como factor macroeconómico en el imperio parece ser mucho menor de lo que a veces se ha sugerido. Los años críticos del reparto de Africa y Oriente fueron los de 1878-85. Sin embargo, los testimonios indican que los aranceles franceses y alemanes no llegaron a ser realmente rigurosos hasta la década de 1890 y que el primer argumento realmente influyente que hacía de las colonias el complemento necesario del proteccionismo no se expuso hasta 1890. Naturalmente, es posible que esta discrepancia cronológica no sea importante; que los primeros efectos de los nuevos aranceles se dejaran sentir en los primeros años de la década de 1880, antes de que los economistas y políticos llegaran a darse cuenta de su significación para la política colonial; que contribuyeran al descenso del comercio internacional y así estimularan la búsqueda de nuevos mercados ultramarinos. No obstante, después de admitir todo esto, queda al menos la duda de si las colonias tropicales llegaron a ser o se pensó que llegarían a ser un complemento necesario de los aranceles proteccionistas con la antelación necesaria para aceptar que constituyeron la principal causa macroeconómica de un «nuevo imperialismo».

Sin embargo, si se desplaza la atención de los problemas macroeconómicos de Europa a las condiciones comerciales en la periferia, puede existir una hipótesis más verosímil *a priori* para interpretar el imperialismo de finales del siglo XIX, en función de la extensión de los aranceles europeos. Tal vez las colonias no se convirtieran de repente en una necesidad económica de los Estados proteccionistas, pero el miedo a que tales Estados pudieran imponer aranceles sobre las regiones hasta entonces «abiertas» en el mundo menos desarrollado, tal vez estimulara el imperialismo defensivo o prioritario por parte de otros Estados con intereses establecidos o nacientes en esas

regiones. Los limitados datos antes citados indican que este miedo dominó las actitudes británicas ante la expansión francesa en Africa occidental en los primeros años de la década de 1880, mucho antes de que ningún teórico hubiera racionalizado la conexión entre aranceles e imperio, y que el mismo tema se repitió frecuentemente en los discursos públicos de los hombres de Estado británicos en las décadas de 1880 y 1890. Además, los datos que se considerarán más adelante indican que los franceses, alemanes y demás temían casi tanto los efectos comerciales de los aranceles británicos «rentables», nominalmente no proteccionistas, en Africa tropical como los británicos los aranceles diferenciales franceses o portugueses. La cuestión, naturalmente, es que la aplicación del dominio por cualquier potencia europea era en cualquier caso susceptible de perjudicar los intereses comerciales de los naturales de otros Estados: los aranceles diferenciales sólo empeoraban las cosas. En ciertas circunstancias la declaración de un protectorado o de una «esfera de influencia» menos oficial en una región aparentemente amenazada de anexión extranjera, podía parecer una legítima y apropiada medida defensiva incluso a los hombres de Estado europeos que habrían preferido infinitamente evitar compromisos oficiales en Africa tropical y Oriente. Aquí al menos constituye una hipótesis verosímil relacionar el descenso de las exportaciones europeas y la adopción de aranceles proteccionistas con el reparto de Africa en las décadas de 1880 y 1890. Queda por ver si las pruebas verifican esta hipótesis.

3. EL IMPERIALISMO DEL CAPITAL

Sin duda alguna la explicación más compleja e influyente del «nuevo imperialismo» de fines del siglo XIX y principios del XX es la que ve su causa básica en la necesidad, para los países capitalistas de Europa y Norteamérica, de hallar nuevos campos adecuados donde invertir el capital excedente. En su forma más simple el argumento puede resumirse como sigue.

La Europa capitalista (junto con los Estados Unidos) estaba, por su misma naturaleza, enfrascada en la continua acumulación de capital, pues a menos que su capital creciera sin interrupción se produciría inevitablemente un estancamiento económico. La acumulación se conseguía primordialmente por la reinversión de los beneficios en actividades productivas, y el incentivo para reinvertir, en vez de gastar, era la esperanza de lograr un beneficio adecuado a partir de la inversión incrementada. A finales del siglo XIX, sin embargo, este incentivo para invertir dentro del propio país disminuyó porque (por razones que varían según las distintas interpretaciones) había una tendencia a la disminución de la tasa de beneficio. Por eso, los capitalistas que tenían beneficios que invertir buscaban otras partes del mundo donde la inversión fuera mejor remunerada. Y las encontraron, parcialmente al menos, en territorios donde las condiciones económicas diferían de las de las regiones económicamente avanzadas de Europa: donde había abundantes materias primas que explotar y donde la mano de obra no europea podía ser empleada a unos precios salariales sustancialmente más bajos que los que regían en la metrópoli. La inversión de capital excedente en tales regiones tenía una doble función: reducía la presión del capital que buscaba dónde invertir y mantenía así la tasa de beneficio en Europa; y al mismo tiempo el capital invertido en ultramar podía lograr una tasa más alta de beneficio que la que era posible obtener en la metrópoli, proporcionando así al capitalista un «superbeneficio» por su inversión. Tal inversión ultramarina podía realizarse en países independientes y estables, tales como Rusia o los

Estados Unidos. Pero donde las condiciones políticas no eran adecuadas, era preferible anexionar el territorio como colonia e imponer condiciones satisfactorias. Como, además, varios países europeos sintieron al mismo tiempo igual necesidad de colonias como campos de inversión después de aproximadamente 1870, se produjo una furia competitiva por conseguir posesiones ultramarinas que dio como resultado el reparto del mundo. A partir de entonces la posesión de estas colonias de inversión se hizo cada vez más necesaria para los Estados capitalistas, de modo que se veían obligados a conservar las que poseían y a arrebatar los imperios de sus rivales. Por eso la redivisión de los imperios coloniales fue uno de los motivos que condujeron a las dos guerras mundiales en la primera mitad del siglo XX.

Esta formulación de la «teoría del imperialismo capitalista», para usar la frase de Lenin, es, naturalmente, sólo una fusión de varios argumentos distintos y en ciertos aspectos conceptualmente incompatibles, construidos por autores cuyas premisas fundamentales variaban tanto como las de John Stuart Mill y los neomarxistas de principios del siglo XX. El espacio hace imposible describir la evolución de esta hipótesis general o exponerla en detalle; pero el tema está adecuadamente tratado en un sólido cuerpo de publicaciones y en cualquier caso no es esencial para los fines del presente estudio histórico investigar los supuestos teóricos subyacentes [1]. Sin embargo, ya que intentamos probar la validez histórica de ciertos aspectos específicos de esta teoría del imperialismo capitalista, es necesario revisar brevemente los argumentos centrales de sus más influyentes defensores, J. A. Hobson, Rudolf Hilferding y V. I. Lenin.

La obra de Hobson, *Imperialism: a study*, publicada en 1902 [2], sigue siendo la expresión clásica de la actitud de los liberales ingleses hacia la expansión colonial en los trópicos y en ella Hobson intentó mostrar que, si bien el imperialismo era una secuela natural de la injusticia social del capitalismo, no era históricamente inevitable porque su «raíz» podía cor-

[1] Para este tema, véase G. S. L. Tucker, *Progress and profits in British economic thought, 1650-1850*, Cambridge, 1960; D. K. Fieldhouse, *The theory of capitalist imperialism*, Londres, 1967; D. Winch, *Classical political economy and colonies*, Londres, 1965; R. N. Ghosh, *Classical macroeconomics and the case for colonies*, Calcuta, 1967, y B. Semmel, *The rise of free trade imperialism*, Cambridge, 1970.

[2] *Imperialism: a study*, Londres, 1902. Las citas son de esta primera edición, que difiere en algunos aspectos de ediciones posteriores.

tarse por medio de la reforma social. En este aspecto su hipótesis difería fundamentalmente de la de los neomarxistas, que le consideraban como un «burgués revisionista» aunque se apropiaron de muchas de sus ideas.

La explicación de Hobson del «nuevo imperialismo» se puede resumir como sigue. El carácter paradójico de la expansión colonial británica durante los treinta años anteriores fue que la mayoría de las nuevas posesiones coloniales no satisfacían ninguno de los criterios decimonónicos aceptados para la colonización útil: rara vez eran adecuados al asentamiento blanco, constituían mercados pobres y proporcionaban pocas exportaciones valiosas pero costaban a la metrópoli grandes sumas de dinero. ¿Por qué, entonces, se anexionaron? La respuesta de Hobson equivalía a una teoría de la conspiración. La nación habría sido impulsada a la expansión por engaños de aquellos intereses sectoriales que iban a ganar con ella. Estos incluían a fabricantes de armamentos, especuladores de Bolsa, exportadores de géneros para los que había demanda en las áreas tropicales, e individuos para los que las colonias tropicales ofrecían atractivos o ganancias especiales: misioneros, ingenieros, oficiales del ejército, administradores, etc. Pero, aunque estos hombres proporcionaban el «motor» del imperialismo, la fuerza decisiva estaba detrás de ellos, en los hombres que decidían si un territorio determinado debía ser conservado una vez que estos hombres de frontera habían creado la posibilidad. Hobson no dudaba en decir que estos hombres sin rostro eran los capitalistas.

> El imperialismo agresivo, que cuesta tan caro al contribuyente, que es de tan poco valor para el fabricante y el comerciante, que está tan lleno de graves e incalculables peligros para el ciudadano, es una fuente de gran provecho para el inversionista que no puede hallar en su patria el empleo lucrativo que busca para su capital, e insiste en que su gobierno debe ayudarle a lograr inversiones provechosas y seguras en el extranjero.
>
> Si, contemplando el enorme gasto en armamentos, las ruinosas guerras, la audacia diplomática de la picaresca por la que los gobiernos tratan de extender sus poderes territoriales, planteamos la cuestión práctica, desnuda, *¿Cui bono?*, la primera y más evidente contestación es: el inversionista [3].

En apoyo de esta hipótesis Hobson adujo estadísticas que indicaban que durante un periodo en el que las posesiones ultramarinas británicas habían aumentado en unos 12.313 millones de kilómetros cuadrados y en unos 88 millones de habitantes, la inversión de capital en ultramar había pasado de 144 millones de libras en 1862 a 1.698 millones en 1893, y su rendimiento estimado para el impuesto sobre la renta había pasado de unos 33 millones de libras en 1884 a 60 millones de libras en 1900 [4]. Tales cifras parecían apoyar plenamente el argumento principal de la exposición de Hobson. Evidentemente, las exportaciones de capital y la expansión imperial estaban, en algún grado al menos, en relación de causa a efecto.

[3] *Ibid.*, p. 62.

La exportación de capital, entonces, era tanto el síntoma de una economía interna enfermiza como la causa del «nuevo imperialismo». Pero Hobson, junto con muchos liberales y socialistas moderados británicos, tales como H. N. Brailsford y Leonard Woolf, y una serie de socialistas europeos, como Karl Kautsky, a quienes Lenin más tarde calificó de «revisionistas», creía que ambos males podían curarse con las mismas medidas reformadoras.

> Hagamos que algún cambio en el curso de las fuerzas político-económicas desvíe de estos propietarios su exceso de renta y que éste afluya a los obreros en forma de salarios más altos, o a la comunidad en forma de impuestos, de modo que se gaste en vez de ahorrarlo, sirviendo cualquiera de estos modos para engrosar el flujo del consumo; no habrá necesidad de luchar por mercados extranjeros o áreas extranjeras de inversión [5].

Era en este punto, más que en su diagnosis básica de las causas del imperialismo, en el que muchos neomarxistas continentales estaban en desacuerdo con Hobson. Su interés por la cuestión derivaba de la controversia sobre la interpretación correcta de los escritos de Marx relacionados con la cuestión básica de cuándo podía esperarse que se vinieran abajo las sociedades capitalistas y si este derrumbamiento resultaría automáticamente de los defectos estructurales de la sociedad capitalista o si se necesitaría una acción revolucionaria para llevar al proletariado al poder [6]. La opinión general era que el capitalismo debe ser destruido por sus propias contradicciones internas, y que la importancia del imperialismo consistía en

[4] *Ibid.*, pp. 51-63.

[5] *Ibid.*, p. 91.

[6] Para un buen esquema del debate, véase B. J. Hovde, «Socialist theories of imperialism prior to the Great War», *Journal of Political Economy*, XXXVI, 1928, pp. 713-58.

que proporcionaba un hito cronológico que marcaba el «grado más alto» alcanzado por el capitalismo antes de su inminente derrumbamiento. No todos estaban de acuerdo en la explicación económica de este modelo apocalíptico. Rosa Luxemburgo, en particular, no creía que la exportación de capital fuese un factor tan importante en la colonización europea como la necesidad de las sociedades capitalistas de obtener ganancias sobre el capital a través del comercio con los países menos desarrollados [7]. Pero los dos hombres cuyos escritos contribuyeron más a formular lo que llegó a ser la visión ortodoxa del imperialismo fueron Hilferding y Lenin; y por consiguiente conviene centrarse en sus argumentos básicos.

La contribución de Hilferding al debate neomarxista fue el concepto de «capital financiero», término que usó para indicar la concentración de capital en las manos de grupos relativamente pequeños de banqueros e industriales en la última fase de la evolución del capitalismo. Hilferding sostuvo que el capital tendía históricamente hacia la concentración de los medios de producción en cada vez menos manos (como había dicho Marx) y que esto a su vez conducía a la creación de cárteles y trusts y así al monopolio en campos particulares de producción. Este proceso era facilitado e intensificado por la acción de los bancos que financiaban fusiones y cárteles, y ellos mismos tendían a fusionarse en organizaciones bancarias mayores a medida que crecía la escala de operaciones. Conforme aumentaban sus préstamos a empresas industriales, llegaban a interesarse íntimamente en la producción industrial, de modo que al final los bancos dejaban de ser meros organizadores de crédito y se convertían en dueños del capital industrial. A esta concentración de poder industrial en las manos de los bancos Hilferding la llamó capital financiero, y sostuvo que constituía la forma más alta del capitalismo. Al final la economía industrial entera de una nación llegaba a estar controlada por una serie de bancos, trusts industriales y cárteles unidos entre sí. Como operaban a la mayor escala y podían establecer un monopolio, estas organizaciones podían obtener el más elevado rendimiento posible de su capital a expensas del obrero y del consumidor.

Los beneficios de los monopolios aumentaban mucho, además, por la aplicación de aranceles proteccionistas, que les permitían obtener un beneficio extra en proporción al nivel de los derechos proteccionistas. Al mismo tiempo este precio más alto tendía a reducir el tamaño del mercado interior porque absorbía una parte mayor del poder adquisitivo inelástico de los obreros. De aquí la necesidad de extender el mercado vendiendo en otros países. Ayudaba a las exportaciones el hecho de que los capitalistas financieros podían vender sus exportaciones a precios inferiores a los corrientes, con bajos márgenes de ganancia, resarciéndose con el precio interior más alto. Desgraciadamente, otros países tenían también aranceles proteccionistas que obstruían las importaciones y reducían el nivel de beneficio obtenible del comercio. Fue este factor el que hizo tan atractiva y común la exportación de capital en vez de manufacturas. El capitalista financiero alemán podía exportar capital a la Argentina, levantar allí una fábrica, vender sus productos bajo la protección de los aranceles locales, y reexportar los beneficios a Alemania. Así el capitalista financiero podía obtener artificialmente altos beneficios en todos los países. Pero resultaba una ventaja especial de la exportación de capital a países menos desarrollados económicamente:

> El tipo de interés es mucho más alto en países con un desarrollo capitalista bajo, que aceptan por primera vez crédito y organizaciones bancarias, que en los Estados capitalistas desarrollados. Hay que añadir el hecho de que parte de los salarios o del beneficio del empresario están contenidos en el interés. El alto tipo de interés actúa como un estímulo inmediato para la exportación de capital en forma de préstamo. Los beneficios del capitalista son más altos porque el trabajo es extraordinariamente barato y porque la más baja calidad de la mano de obra se compensa con la jornada de trabajo excesivamente larga. Las rentas del suelo son bajas o nominales, porque hay mucha tierra disponible, naturalmente o por expropiación forzosa de los nativos. El bajo coste de la tierra disminuye así los costes de producción. En tales sitios se da también un aumento de los beneficios como resultado de privilegios y monopolios [8].

Además, en algunos casos los beneficios resultantes de la inversión en estas áreas subdesarrolladas eran mucho mayores que los que se podían obtener vendiendo sus productos en el mercado protegido local. Algunos productos, tales como el oro o el cobre exigían un mercado internacional que trascendía los

[7] Véase Rosa Lexemburgo, *The accumulation of capital*, 1913 (traducción inglesa, Londres, 1951). [Hay trad. castellana: *La acumulación de capital*, México, Grijalbo, 1974.]

[8] R. Hilferding, *Finanzkapital*, Viena, 1910. La traducción inglesa está tomada de Fieldhouse, *Theory of capitalist imperialism*, 80. [Hay trad. castellana de la obra de Hilferding: *El capital financiero*, Madrid, Tecnos, 1963.]

sistemas arancelarios y así extendía el campo de oportunidades abierto al capital del país del que procedía el capital originario. Y la economía dependiente podía además incrementar la rentabilidad del capital industrial en el interior produciendo una oferta barata y abundante de materias primas. Así la exportación de capital había llegado a ser una característica esencial de la vida económica, a medida que se desarrollaban las economías europeas y que el capitalismo financiero y el proteccionismo arancelario sustituían a la libre competencia y al librecambio.

Es importante notar que hasta este punto la argumentación de Hilferding no tenía una conexión necesaria con el imperialismo en sentido estricto: es decir, especificaba la exportación de capital a países menos desarrollados pero no requería que éstos llegaran a ser colonias oficiales. En efecto, la anexión oficial de colonias era innecesaria al argumento, puesto que los Estados europeos podían hallar condiciones de inversión de capital convenientes en Estados independientes de características adecuadas. Hilferding, en realidad, no distinguía entre colonias y lo que otros habían llamado colonias «oficiosas» o «semicolonias». Las colonias oficiales se establecían sólo cuando había que recurrir al poder político del Estado para apoyar los intereses de los capitalistas financieros, porque el proceso de inversión del capital productivo en ultramar se veía impedido por obstáculos políticos, o porque la resistencia de las instituciones sociales tradicionales hacía imposible crear de forma suficientemente rápida el necesario «proletariado de trabajadores asalariados». Las colonias oficiales constituían así la prueba de la prisa del capitalista financiero y su capacidad para pedir apoyo a su gobierno. El resultado era la «política colonial», la violencia, la decadencia de la vieja creencia burguesa en la armonía internacional y el aumento del jingoísmo nacionalista. En suma, el imperialismo como fenómeno político era el producto de las necesidades económicas del capitalismo financiero.

Marxistas más recientes, particularmente Bujarin[9] y Lenin, recogieron estos supuestos y los hicieron más dogmáticos. Como los dos adoptaron el concepto de Hilferding del capitalismo financiero en cuanto etapa histórica especial del capitalismo y compartieron el supuesto de que el imperialismo era su consecuencia, podemos ahorrar espacio centrándonos en la exposición leninista de la teoría, mucho mejor conocida.

[9] N. I. Bujarin, *Imperialism and world economy* (1917. Traducción inglesa, Nueva York, 1929). [Hay trad. castellana: *La economía mundial y el imperialismo*, Córdoba, Ed. Pasado y Presente, 1971.]

La principal contribución de Lenin a la teoría marxista del imperialismo fue que, utilizando los principios de Hilferding y el argumento de Hobson, hizo ambos mucho más precisos y dogmáticos. Primero, dio a la plena realización del capitalismo financiero (capitalismo monopolista) una fecha precisa: «a comienzos del siglo XX»[10]. Luego, afinó la explicación de Hilferding de por qué el capital había de ser exportado por los capitalistas financieros. El mercado interior del capital era limitado no tanto por su tamaño intrínseco y los efectos de los aranceles como por la negativa de los capitalistas a intervenir en el interior porque esto podía beneficiar más a los obreros que a ellos mismos:

> Naturalmente, si el capitalismo hubiera podido desarrollar la agricultura, que hoy se halla en todas partes muy atrasada con respecto a la industria; si hubiera podido elevar el nivel de vida de las masas de la población, la cual sigue arrastrando... una vida de subalimentación y miseria, no habría motivo para hablar de un excedente de capital... Pero entonces el capitalismo dejaría de ser capitalismo, pues el desarrollo desigual y subalimentación de las masas son las condiciones y las premisas básicas e inevitables de este modo de producción. Mientras el capitalismo sea capitalismo, el excedente de capital no se consagra a la elevación del nivel de vida de las masas del país, ya que esto significaría la disminución de las ganancias de los capitalistas, sino al acrecentamiento de estos beneficios mediante la exportación de capitales al extranjero, a los países atrasados[11].

Es, desde luego, un enfoque diferente al de Hilferding, y se parece más al de Hobson, a quien Lenin debía mucho más de lo que le gustaba reconocer. Estaba adoptando, en efecto, una postura subconsumista, pero no atribuía el subconsumo, como Hobson, simplemente a la sobreacumulación de los capitalistas, sino a la sobreacumulación de los capitalistas financieros, cuyo monopolio de la producción aumentaba gradualmente su control sobre la economía interna.

El efecto, sin embargo, era casi el mismo en cada caso. Europa exportaba su capital a los «países atrasados» donde «el beneficio es de ordinario elevado, pues los capitales son

[10] V. I. Lenin, *Imperialism, the highest stage of capitalism*, 1916. Traducción inglesa, Moscú, 1947, p. 26. [Hay trad. castellana, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras escogidas*, 3 vols., vol. I, p. 695.]

[11] *Ibid.*, p. 77. [*Ibid.*, p. 742.]

escasos, el precio de la tierra relativamente poco considerable, los salarios bajos y las materias primas baratas» [12]. Lenin inventariaba el capital que se estimaba había sido exportado a diferentes partes del mundo por Gran Bretaña, Francia y Alemania, probando que sólo Gran Bretaña había invertido cuantiosamente en Asia, Africa y Australia, pero, como Hobson, no hacía ningún intento de distinguir entre estos tres continentes. Además Lenin pensaba que la diferente distribución de la inversión ultramarina resultaba del acuerdo monopolista de los capitalistas financieros de dividir entre ellos el mundo oficiosamente.

Los capitalistas no se reparten el mundo llevados de una particular perversidad, sino porque el grado de concentración a que se ha llegado les obliga a seguir este camino para obtener beneficios; y se lo reparten «según el capital», «según la fuerza»; otro procedimiento de reparto es imposible en el sistema de la producción mercantil y del capitalismo [13].

Hasta cierto punto esta división era puramente económica, y producía sólo «semicolonias» (Persia, China, Turquía) y «colonias comerciales» como la Argentina. Pero el capital financiero también halló conveniente controlar las regiones menos organizadas que proporcionaban o prometían una retribución económica a la inversión. Tales zonas eran convertidas normalmente en puras colonias, con la ventaja adicional de que «en el mercado colonial es más fácil (y a veces sólo en él es posible), utilizando métodos monopolistas, suprimir al competidor, garantizarse los pedidos, consolidar las "relaciones", necesarias, etc.» [14]. En cualquier caso —colonización oficial u oficiosa— se requería el poder de los Estados metropolitanos europeos para establecer las pretensiones de un grupo monopolista o para establecer un control político. De aquí que la división política del mundo fuera unida al reparto económico, con el resultado de que «por vez primera, el mundo se encuentra ya repartido, de modo que lo que en adelante puede efectuarse son *únicamente* nuevos repartos».

Sobre esta base Lenin pudo hacer su definición formal del imperialismo.

El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los trusts internacionales y ha terminado el reparto de toda la tierra entre los países capitalistas más importantes [15].

[12] *Ibid.*, p. 77. [*Ibid.*, p. 742.]
[13] *Ibid.*, pp. 91-92. [*Ibid.*, p. 753.]
[14] *Ibid.*, p. 103. [*Ibid.*, p. 761.]

Las cinco primeras palabras son de crucial importancia, pues distinguen con la mayor claridad la teoría de Lenin de todas las otras. Hobson había considerado el imperialismo como una prueba de la debilidad económica y social de Europa, arguyendo que el imperialismo podía terminarse una vez que se remediaran estas debilidades internas, es decir, dentro de la estructura de una sociedad capitalista reformada. El principal objetivo de Lenin era rechazar esta conclusión. El imperialismo no era un mero síntoma externo de una enfermedad curable del capitalismo sino una definición de la etapa de senectud a que el capitalismo había llegado ahora que sólo presagiaba su tumba. Una vez que un país se había hecho imperialista, el capitalismo mismo estaba al borde de su convulsión final. Todo lo que podía producirse después de eso era la intensificación de la competencia entre Estados imperialistas rivales, el reparto del mundo entre los más poderosos de ellos, y finalmente su destrucción en la guerra y la revolución. A la inversa, puesto que las condiciones socioeconómicas que habían engendrado el imperialismo eran propias de los países capitalistas en una etapa particular de su historia, no podría haber ocurrido del mismo modo en ningún momento anterior ni podría existir en un mundo socialista.

Desde 1917 los argumentos expuestos por Hobson, Lenin y sus contemporáneos han sido ampliados, glosados y en algunos aspectos más elaborados [16]; pero pocos elementos sustanciales se han añadido a sus hipótesis centrales. Por eso es innecesario proseguir el desarrollo de este tipo de explicación del imperialismo; basta reformular las cuestiones específicas que plantea al historiador.

Hay muchas maneras de poner a prueba la verosimilitud del imperialismo capitalista, pero destacan dos. Primero, en lo que se refiere en particular a los supuestos neomarxistas, ¿qué

[15] *Ibid.*, p. 109. [*Ibid.*, p. 765.]
[16] Véase, por ejemplo, M. A. Dobb, *Studies in the development of capitalism*, Londres, 1946. [Hay trad. castellana: *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1976]; P. M. Sweezy, *The theory of capitalist development*, Londres, 1942. [Hay trad. castellana: *Teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE, 1945]; J. Strachey, *The end of empire*, Londres, 1959 [Hay trad. castellana: *El fin del Imperio*, México, FCE, 1962].

prueba hay de que la evolución del capitalismo monopolista o financiero precedió efectivamente o coincidió con la expansión colonial? Segundo, y lo que se refiere tanto a los argumentos liberales como a los marxistas, ¿hubo alguna correlación geográfica amplia entre la exportación de capital europeo y americano en este periodo y la extensión del imperio colonial? [17].

La información de que se dispone sobre si la creciente concentración de empresas industriales, acompañada del desarrollo de monopolios, trusts, cárteles y organizaciones bancarias en gran escala (o sea, «capitalismo financiero»), fue un fenómeno tan general en Europa y Norteamérica que pudo operar como causa primaria de la exportación de capital y por tanto del imperialismo varía muy considerablemente según el país que se examina. Los dos países en que esta información parece apoyar más a los neomarxistas fueron Alemania y los Estados Unidos, en los cuales, aunque por razones bastante diferentes, la concentración de capital industrial y la integración de la industria y las finanzas estaban muy avanzadas. Los Estados Unidos proporcionaron probablemente el modelo más temprano de concentración industrial. La banca normal de depósitos no mostraba ninguna tendencia hacia la concentración: en realidad el número de bancos siguió siendo muy grande y pocos de ellos tenían muchas sucursales. Pero la gran banca de inversión era sin duda alguna importantísima para el crecimiento de los negocios norteamericanos y representaba una tendencia hacia el capitalismo financiero. Hombres como J. P. Morgan desarrollaron la técnica de adquirir participaciones en empresas tales como compañías de ferrocarriles o industriales, en particular cuando éstas tenían problemas financieros, y ejercieron gradualmente un control sobre la política empresarial. El resultado fue el desarrollo del «trust» al que el Pujo Committee de 1912 definió como

> Una identidad y comunidad de intereses establecida y bien definida de unos pocos dirigentes financieros que se ha creado y se mantiene unida a través de su participación en consejos de administración de empresas entrelazadas, y otras formas de dominación sobre bancos, trusts de compañías, empresas ferroviarias, corporaciones de servicios públicos e industriales, y que ha producido una vasta y creciente concentración del control del dinero y del crédito en manos de un número relativamente escaso de hombres [18].

Así J. P. Morgan y sus más íntimos colaboradores ocupaban 341 puestos de dirección en 112 empresas con activos que totalizaban más de 22.000 millones de dólares. Paralelo a este desarrollo de los trusts, y hasta cierto punto como resultado del mismo, se produjo la concentración creciente de la industria en consorcios tanto horizontales como verticales. Hasta los primeros años de la década de 1880 esta concentración fue producida en gran parte por el avance tecnológico que hizo necesario aumentar el tamaño de la unidad de producción. Más tarde los motivos fueron principalmente el deseo de lograr mayor eficacia en las operaciones y de obtener un cuasi-monopolio como medio de aumentar los precios. Los consorcios —o cárteles— aparecieron primero como medio para que las firmas potencialmente rivales pudieran distribuirse el mercado y mantener los precios. Fueron seguidos de trusts o fusiones financieras y luego de fusiones plenas. Los consorcios horizontales fueron más corrientes hasta 1898 aproximadamente: la Standard Oil constituyó el mejor empleo, empezando como un trust y terminando en una compañía tenedora de acciones de otras. Después hubo una tendencia creciente hacia los consorcios verticales, tales como la American Tobacco Company y la United States Steel Corporation.

Había, además, pruebas de que los Estados Unidos tenían capital «excedente» en la década de 1890 como resultado de la repugnancia de las instituciones e inversores individuales a invertir en el país durante un periodo de bajos beneficios y pobres retribuciones para el capital. En consecuencia la inversión americana en el extranjero, en particular en Canadá y Latinoamérica, se extendió de modo considerable [19]. Del mismo modo, algunos norteamericanos al menos, como Charles Conant, habían sacado la conclusión en 1898 de que

> Los inversores norteamericanos no quieren ver reducida la retribución de sus inversiones al nivel europeo. Los tipos de interés han disminuido aquí ya en los últimos cinco años. Hay que hallar nue-

[17] Bernard Porter, *Critics of Empire*, Londres, 1968, p. 216, sostiene que esta cuestión es «en gran medida irrelevante» para una crítica del argumento de Hobson. Esto es verdad, si se está muy interesado por las opiniones de Hobson sobre las raíces internas de la inversión en ultramar, pero continúa siendo decisiva para su explicación de la colonización tropical.

[18] R. M. Robertson, *History of the American economy*, 2.ª ed., Nueva York, 1964, p. 321. [Hay trad. castellana: *Historia de la economía norteamericana*, Buenos Aires, Tres Américas.]

[19] Véase W. LaFeber, *The new empire: an interpretation of American expansion, 1860-1898*, Ithaca, Nueva York, 1963, pp. 179-80 y nota 54 para material adicional de fuentes.

vos mercados y nuevas oportunidades de inversión si el capital excedente ha de emplearse provechosamente...

El que escribe esto no es un abogado del «imperialismo» por sentimentalismo, pero no teme al nombre si sólo significa que los Estados Unidos defenderán su derecho a mercados libres en todos los viejos países que están abriéndose a los recursos excedentes de los países capitalistas y obteniendo por ello los beneficios de la civilización moderna. Que esta política lleve consigo el gobierno directo de archipiélagos semisalvajes puede ser objeto de discusión, pero desde el punto de vista económico del problema sólo hay una opción: entrar por algún medio en la competencia empleando capitales y empresas norteamericanos en estos países, o continuar la inútil duplicación de los medios de producción y comunicación existentes, con el exceso de productos sin consumir, las convulsiones que siguen a la paralización del comercio, y la invariablemente descendente retribución de las inversiones que esta política invocará... [20].

Así, sin investigar la cuestión más allá de este punto, resulta que hay motivos *a priori* para pensar que en los últimos años de la década de 1890 los Estados Unidos no sólo se ajustaban a los criterios de Lenin sobre el capitalismo monopolista sino también a los de Hobson en cuanto al exceso de capital resultante del subconsumo.

Los marxistas estaban también básicamente en lo cierto acerca de las tendencias del capitalismo en Alemania, sobre las que tenían la mejor información [21]. Desde el principio la industrialización alemana había mostrado marcadas tendencias colectivistas, y había contado de manera muy considerable con los bancos para la financiación a largo plazo. Los grandes bancos —el Deutsche, el Dresdener, la Diskontogesellschaft y el Darmstäder, junto con varios bancos de negocios menores— estuvieron íntimamente vinculados a la industria y bien representados en los consejos de administración. Se interesaron de forma directa en las empresas particulares, tanto dentro de Alemania como en ultramar, y a menudo formaron consorcios bancarios e industriales para poner en marcha arriesgadas operaciones. Los cárteles también aparecieron pronto en la historia de la industria alemana, aunque no se generalizaron hasta los últimos años de la década de 1870 con los estímulos combinados de la depresión económica y el arancel proteccionista. Hacia 1900 funcionaban unos 275 cárteles, que oscilaban desde simples

[20] L. Snyder, *The imperialism reader*, Princeton, 1962, pp. 86-87.

[21] Para un esquema de estos procesos, véase Clapham, *Economic development of France and Germany*, y C. Wilson, «Economic conditions», en *New Cambridge Modern History*, vol. XI, pp. 73-74.

acuerdos de precios a una regulación compleja de la producción y la distribución. Apenas quedaba comercio estrictamente competitivo, y algunos de los mayores cárteles llegaron, de hecho, a ser *Konzerns* ampliamente integrados, como la Unión del Acero de 1904. Tales organizaciones podían, gracias a los altos aranceles y a su propio monopolio del mercado interior, fijar dobles precios: un precio alto para el consumidor interior y un precio bajo para las exportaciones. De igual modo, Alemania se convirtió en un importante exportador de capital a finales del siglo XIX. Feis estimó que en 1914 la inversión a largo plazo en el extranjero podía ser de unos 23.500 millones de marcos [22]. Sin entrar en las razones de esta exportación de capital, es de nuevo evidente que, tanto sobre la base del capitalismo monopolista como de la exportación de capital, Alemania se ajustaba a los criterios leninistas y hobsonianos sobre el Estado imperialista.

Pero éstos eran sólo dos de los Estados «imperialistas» de la definición de Lenin, y habían tomado una parte relativamente pequeña en el reparto del mundo desde los años 1880. ¿Qué era de Francia, Gran Bretaña e Italia, y Rusia, por no mencionar a España, Portugal, Holanda y Bélgica, que también desempeñaron diversos papeles en la anexión y expansión coloniales? Si el imperialismo era por necesidad el producto del desarrollo del capitalismo financiero, entonces podía esperarse que este tipo de capitalismo y las exportaciones de capital se desarrollaran en estos países, y hasta tal punto que pudieran aplicárseles las condiciones anejas al capitalismo financiero maduro.

En realidad, ninguno de estos países se ajustaba a las condiciones de Lenin para el capitalismo monopolista antes de 1914, con la posible excepción de Bélgica que como Estado no tomó parte alguna en la expansión colonial. A primera vista podía parecer que Francia llenaba los requisitos. Era uno de los mayores Estados exportadores de capital y de los principales expansionistas. Los bancos franceses habían sido los primeros en interesarse directamente por las inversiones industriales y por otras inversiones a largo plazo: por ejemplo, el Crédit Mobilier, que quebró en 1871. Además, durante el último cuarto de siglo hubo una marcada tendencia hacia la concentración de bancos en unidades mayores: Crédit Lyonnais, Société Géné-

[22] H. Feis, *Europa, the world's banker, 1870-1914*, 1930, 2.ª ed., Nueva York, 1965, p. 74. La estimación de Lenin de 35.000 millones de marcos era bastante más alta, pero ambas estimaciones dan por resultado una inversión alemana en ultramar en 1914, equivalente, aproximadamente, a la mitad de la británica.

rale, Comptoir d'Escompte y otros. Pero en estos grandes consorcios de bancos hubo poca tendencia a vincularse estrechamente con la industria. Si hubo alguna, después de 1870 y de la quiebra de varios bancos de inversión, los bancos evitaron la inversión industrial directa. Podían interesarse en la participación en promociones industriales pero muy rara vez tenían acciones de otras empresas a largo plazo. No había nada en Francia comparable a los grandes trusts bancarios de Alemania y los Estados Unidos. Además, aunque existía alguna tendencia hacia la concentración del control la unión y el monopolio en la industria francesa, en particular después del arancel Méline (1892), no había nada a escala tan grande como los cárteles y trusts americanos o alemanes. En 1914 el capitalismo francés seguía siendo pequeño y competitivo dentro del significado clásico de la palabra. Por otro lado, Francia tenía grandes inversiones en ultramar: según la estimación de Feis, 28.000 millones de francos en 1900 y 45.000 millones de francos en 1914 [23]; y había varios bancos importantes especializados en préstamos a ultramar, tales como la Banque Franco-Egyptienne. Por eso puede que fuera aplicable a Francia la interpretación hobsoniana del imperialismo, siempre que se pudiera demostrar una relación causal entre su exportación de capital y su política expansionista. Pero no sería realista intentar explicar la expansión francesa dentro de los términos formales de la definición leninista del imperialismo.

Inglaterra era otro país que a pesar de contar con vastas exportaciones de capital y adquisiciones coloniales es imposible calificar de «imperialista» según la definición de Lenin [24]. Había, no puede negarse, algún movimiento hacia la concentración en la industria y la banca y hacia el monopolio en ciertos sectores. En las décadas de 1880 y 1890 se dieron los primeros pasos hacia las asociaciones comerciales oficiosas, tales como la British Soap Maker Association, y luego hacia organizaciones más oficiales. Entre mediados de 1880 y 1890, aproximadamente, hubo varias grandes uniones o fusiones en la industria: la Salt Union en 1888, la United Alkali Company en 1891; la English Sewing-Cotton Company en 1897, la Calico Printers' Association en 1899. Hubo también algunas alianzas, por ejemplo, en el comercio del metal de Birmingham. Algunas de ellas tuvieron éxito

[23] *Ibid.*, p. 51.

[24] El material de este párrafo está tomado principalmente de J. H. Clapham, *Economic history of Great Britain*, Londres, 1933, vol. II; R. C. K. Ensor, *England, 1870-1914*, Oxford, 1936; *New Cambridge modern history*, vol. XI.

o aumentaron su eficacia como resultado del mayor volumen de operaciones; otras sólo subieron los precios. Pero ninguna podía compararse con los grandes trusts y consorcios alemanes o americanos en tamaño o extensión de sus tendencias monopolistas, y a todas les estorbaba la falta de aranceles exteriores y los grandes prejuicios contra la eliminación artificial de la competencia. Tampoco los bancos desempeñaron un papel importante en las operaciones industriales. La industria manufacturera permanecía independiente de los bancos centrales, contando principalmente con sus propios beneficios o con préstamos a corto plazo de bancos locales para la expansión financiera. El mercado monetario de Londres seguía divorciado de la industria y también de los bancos que manejaban la inversión en ultramar. Así la economía británica seguía siendo competitiva y grandemente fragmentada. Si fluyó el capital a ultramar y se adquirieron colonias, esto no puede atribuirse a ningún cambio estructural de la economía hacia el capitalismo financiero de finales del siglo XIX.

Los otros países «imperialistas» deben ser considerados aún más brevemente. Rusia estaba experimentando un rápido crecimiento industrial y su sistema bancario se desarrolló velozmente entre 1880 y 1914, ayudado por los altos aranceles exteriores, los préstamos extranjeros y el estímulo gubernamental. En particular después de las crisis financieras y económicas de 1901-3, las nuevas industrias formaron rápidamente asociaciones y trusts, según el modelo alemán: por ejemplo, el trust metalúrgico «Prodamet» formado en la crisis de 1903. En realidad se ha sostenido que el monopolio estaba tan avanzado en algunos sectores que la producción se había reducido por debajo del nivel de la demanda del mercado en 1914 [25]. En este terreno Rusia tal vez se estaba haciendo «imperialista» en 1914, aunque ciertamente no durante los veinte años anteriores a 1900, cuando la expansión colonial estaba en su apogeo. Sin embargo, aun ignorando este problema cronológico, sería ridículo argüir que el capitalismo financiero ruso forzó la exportación de capital y que ésta fue la raíz de la expansión territorial rusa. Pues Rusia fue una gran importadora neta de capital en todo este periodo, de hecho, el mayor prestatario de Europa, debiendo quizá 17.500 millones de francos en 1914, muchos de ellos a Francia [26]. A su debido tiempo la evolución de la indus-

[25] Beloff, Renouvin, Schnabel y Valsecchi, comp., *L'Europe du XIX^e et du XX^e siècle*, 2 vols., Milán, 1962, vol. I, pp. 260-68.

[26] R. E. Cameron, *France and the economic development of Europe*, Princeton, 1961, p. 490, nota 3. [Hay trad. castellana: *Francia y el desarrollo económico de Europa*, Madrid, Tecnos, 1971.]

tria y el monopolio rusos tal vez la hubieran hecho «imperialista», pero ciertamente no antes de 1914.

Lo mismo sucedía en buena medida en Italia [27]. Allí además hubo una aparición superficial de concentración en la industria y en la banca y de relaciones más estrechas entre las dos. Antes de la gran quiebra bancaria de 1893, varios bancos italianos habían desempeñado un papel importante en la financiación de la industria y de las empresas de servicios públicos; después de su quiebra, nuevos bancos, con respaldo alemán o más tarde francés, se encargaron de las mismas funciones. El desarrollo industrial fue considerable, ayudado por altos aranceles a partir de 1878. El tamaño de las empresas, en particular en las industrias textiles, metalúrgicas y químicas, creció notablemente, con considerable ayuda del Estado y los bancos. En algunas, particularmente en las del hierro y el acero, secrearon monopolios parciales y el consorcio ILVA, formado en 1905, creó un cártel para controlar los precios del acero, y llegó a un acuerdo con la Stalhwerksverband alemana para atajar el *dumping*. Italia también seguía la vía leninista hacia el capitalismo financiero. Sin embargo, no había alcanzado tal condición en 1914, pues, por su tamaño, la industria permanecía dentro de límites no monopolistas y los cárteles y los trusts eran más débiles. Por encima de todo, Italia siguió siendo un gran importador neto de capital, y ciertamente no tenía capital excedente producido en el interior para enviarlo a ultramar. Es evidente que el imperialismo italiano no provenía de la existencia de una economía capitalista muy «madura», ni de la necesidad de exportar capital excedente.

Por otra parte, Bélgica y los Países Bajos, aunque pequeños, se ajustaban al parecer en principio a la definición neo-marxista del capitalismo financiero. Ambos eran Estados industriales a finales de siglo, y Bélgica había llegado a ser uno de los principales productores de carbón, hierro, acero, cinc y otros metales cincuenta años antes. Ambos países tenían avanzados sistemas bancarios con estrechos lazos financieros y empresariales con las empresas industriales que financiaban, aunque una gran proporción de su capital era en realidad francés. En Bélgica los cárteles estaban bien avanzados ya en la década de 1850, cuando, por ejemplo, la Vieille Montagne, principal productor de cinc de Europa compró o llegó a acuerdos con todos los productores europeos para sostener los niveles de precios. Ade-

[27] Este párrafo está basado principalmente en S. B. Clough, *The economic history of modern Italy*, Nueva York, 1964, pp. 57 *ss.*

más, tanto Bélgica como los Países Bajos, después de haber dependido inicialmente del capital importado, se convirtieron en exportadores de capital al final del siglo; mientras, Bélgica adquirió el Congo belga en 1908 y al mismo tiempo los Países Bajos estaban consolidando y desarrollando su vasta esfera de influencia en Indonesia. En todos estos aspectos ambos países parecían ajustarse al concepto de «imperialismo». Sin embargo, hay que hacer ciertas reservas importantes. Ambos países se hicieron librecambistas en la década de 1860, de modo que en ninguno de los dos desempeñaron los aranceles proteccionistas el papel que les asignaba Hilferding. Aunque ambos llegaron a ser potencias coloniales, los belgas eran tan hostiles a la adquisición de colonias a fines del siglo XIX que Leopoldo II tuvo que obtener el Congo en nombre de una compañía internacional y financió su primitivo desarrollo de su propio bolsillo y con préstamos privados. Sólo la crítica internacional de los escándalos del Congo en el primer año del siglo XX convenció a los grupos dirigentes políticos e industriales de la necesidad de asumir la responsabilidad oficial del Congo. Del mismo modo, aunque los holandeses estaban invirtiendo cuantiosamente en sus posesiones de las Indias orientales en este periodo, lo hacían como parte de un proceso general de inversión en ultramar y sin mostrar ninguna fuerte preferencia por la inversión colonial como tal. Así, aunque el modelo de la evolución económica en Bélgica y los Países Bajos antes de 1914 tal vez creara condiciones favorables a la inversión económica en ultramar y contribuyera a la importante inversión que ambas hicieron últimamente en sus propias dependencias —el Congo y las Indias orientales neerlandesas— en el periodo anterior de 1914, ninguna de las dos intervino oficialmente en la competencia internacional por las colonias, y los belgas al menos fueron positivamente hostiles al concepto de un imperio colonial belga.

Finalmente, ni España ni Portugal, que estuvieron en alguna medida implicadas en el proceso de expansión colonial, pueden de ningún modo ajustarse al concepto de «imperialismo» [28]. España iniciaba un tardío desarrollo industrial y bancario en la década de 1870 bajo un fuerte proteccionismo arancelario, que fue luego reforzado por la escasez creada por la primera guerra mundial. Pero España seguía siendo en buena medida una «colonia comercial» de los grandes países del norte de Europa, fuertemente dependiente del capital inglés, francés y alemán. Portugal continuaba siendo un país agrícola y marítimo

[28] Beloff *et al.*, comp., *L'Europe*, vol. I, pp. 398 *ss.*

muy pobre, sin ninguna propensión a industrializarse. Aunque intentó, con algún éxito, hacer valer sus reclamaciones de vastos territorios en Africa central, el desarrollo de estas regiones tenía que ponerse en manos de compañías concesionarias, en su mayoría británicas, porque a Portugal le faltaba capacidad financiera y económica para utilizarlas por sí mismo.

¿Cómo responde entonces el modelo de Hilferding-Lenin del imperialismo capitalista a este breve examen del desarrollo bancario e industrial de las exportaciones de capital, en los países más estrechamente vinculados a la expansión del poder europeo después de 1880 aproximadamente? El punto crucial es que, aun ignorando la precisa fecha que Lenin atribuye a los comienzos del capitalismo financiero en 1900, sólo de dos países, Alemania y los Estados Unidos, podía decirse razonablemente que se ajustaban a los criterios económicos prescritos para países «imperialistas» al mismo tiempo que tomaban parte activa en el reparto internacional, mientras Bélgica y los Países Bajos llenarían también los requisitos, pero no tomaron parte directa en él. A la inversa, ninguno de los otros expansionistas en activo parecen haber cumplido estas condiciones económicas antes de 1914. Por otra parte, al menos cuatro países —Gran Bretaña, Francia, Alemania y los Estados Unidos— satisfacen las condiciones mucho menos rigurosas de Hobson para el imperialismo capitalista, ya que todos estaban invirtiendo activamente en ultramar en el periodo 1870-1914; y es al menos probable —aunque el tema sea demasiado abstracto para considerarlo aquí— que esta propensión a intervenir en ultramar reflejara un «exceso» de capital en el interior, resultado de la mala distribución de las rentas y del limitado poder adquisitivo de las masas.

Con el problema así, todavía muy abierto, podemos considerar brevemente la segunda cuestión relativa a ambas teorías, leninista y hobsoniana: si la distribución geográfica de las inversiones ultramarinas de los países exportadores de capital muestra alguna correlación con la expansión de los sistemas coloniales. La cuestión es de gran importancia, pues, sean las que fueren las fuerzas económicas que hubiese detrás del flujo de capital hacia el exterior, éste persiste, y es posible que una parte muy importante de esta inversión fuera a aquellas regiones de Africa, Asia y el Pacífico donde los europeos estaban imponiendo un control político oficial o intentándolo. Si esto era así, sería razonable suponer, en términos generales, que el imperialismo estaba causalmente vinculado a la inversión de capital; aunque sería aún necesario examinar otras pruebas para asegurar

que las finanzas eran la causa dominante de la acción política en un área determinada. Si, por otro lado, resulta que sólo una parte relativamente pequeña de la inversión ultramarina europea fue al conjunto de los nuevos territorios coloniales, la afirmación se volvería del revés. No se deduciría necesariamente que la inversión no desempeñó ningún papel en el imperialismo, pues por un lado unos pocos territorios pudieron recibir una inversión considerable; y por otro lado una inversión colonial global pequeña puede simplemente indicar que muchas de las nuevas posesiones resultaron mucho menos capaces de absorber grandes inversiones a corto plazo de las que los optimistas capitalistas metropolitanos habían esperado que absorbieran.

En cuanto a hechos, las cifras muestran una correlación relativamente pequeña entre inversión de capital y nueva colonización. Con mucho los más importantes exportadores de capital antes de 1914 fueron Gran Bretaña, Francia, Alemania y los Estados Unidos. No disponemos ni dispondremos nunca de cifras exactas; pero, partiendo de las reunidas por Herbert Feis, resulta claro que las nuevas colonias habían atraído una proporción muy pequeña del capital total exportado por cualquiera de estos países en 1914. Los cuadros 4-9 proporcionan la prueba en términos generales.

De estos cuatro países, el más importante inversor en ultramar, con mucho, fue Gran Bretaña, que había sido el primer exportador destacado de capital en el mundo moderno y poseía el mayor imperio ultramarino. En 1914 Gran Bretaña era la única potencia colonial que había invertido una proporción significativa de sus exportaciones de capital en sus colonias: según las cifras de Feis, la mitad. Este hecho parece haber engañado a Hobson, que supuso que una buena parte de esta inversión colonial debía estar en las nuevas colonias tropicales, en los territorios afectados por la reciente expansión colonial. Se equivocó por completo. De los 1.780 millones de libras invertidos en las colonias británicas, todos menos 96,6 millones de libras lo fueron en las más antiguas, incluidas el Transvaal y el Estado Libre de Orange que fueron reanexionados después de la guerra de los bóers pero no eran técnicamente posesiones británicas nuevas. De aquí que las oportunidades de inversión en las nuevas colonias, aunque en algunos casos intrínsecamente estimables (como en Malasia), fueran de mínima importancia en el conjunto de las inversiones realizadas por el Imperio británico y aún menos significativas en relación con el mercado mundial del capital. Esto no quiere decir que el potencial eco-

CUADRO 4. INVERSIONES BRITANICAS EN EL EXTRANJERO, 1914
(I) INVERSIONES BRITANICAS DE CAPITAL A LARGO PLAZO EN OTROS PAISES (en millones de libras)

Dentro del Imperio		*Fuera del Imperio*		
Canadá y Terranova	514,9	Estados Unidos		754,6
Australia y N. Zelanda	416,4	Argentina	319,6	
Africa del Sur	370,2	Brasil	148,0	
Africa occidental	37,3	México	99,0	
India y Ceilán	378,8	Chile	61,0	
Establecimientos en los Estrechos	27,3	Uruguay	36,1	
Borneo del Norte británico	5,8	Perú	34,2	
Hong Kong	3,1	Cuba	33,2	
Otras colonias	26,2	Resto de Latinoamérica	25,5	
	1.780,0	Total de Latinoamérica		756,6
		Rusia	110,0	
		España	19,0	
		Italia	12,5	
		Portugal	8,1	
		Francia	8,0	
		Alemania	6,4	
		Austria	8,0	
		Dinamarca	11,0	
		Estados balcánicos	17,0	
		Resto de Europa	18,6	
		Total de Europa		218,6
		Egipto		44,9
		Turquía		24,0
		China		43,9
		Japón		62,8
		Resto del mundo		77,9
		Total		1.983,3
		Total general		3.763,3

FUENTE: H. Feis, *Europe, the world's banker*, p. 33.

CUADRO 5. INVERSIONES BRITANICAS EN EL EXTRANJERO, 1914
(II) CAMPO DE EMPLEO DEL CAPITAL INVERTIDO EN OTROS PAISES (en millones de libras)

Préstamos a gobiernos nacionales y estatales:		
Dominios y colonias	675,5	
Extranjero	297,0	
Total		972,5
Préstamos a gobiernos municipales		152,5
Acciones de ferrocarriles:		
Dominios y colonias	306,4	
India británica	140,8	
Estados Unidos	615,6	
Otros países extranjeros	467,2	
Total		1.531,0
Minas		272,8
Compañías financieras, inmobiliarias e inversoras		244,2
Industrias de hierro, carbón y acero		35,2
Establecimientos comerciales e industriales		155,3
Bancos		72,9
Industrias de la luz y de la energía eléctricas		27,3
Servicios telegráficos y telefónicos		43,7
Tranvías		77,8
Gas e instalaciones de abastecimiento de agua		29,2
Canales y muelles		7,1
Industria petrolífera		40,6
Industria del caucho		41,0
Industria del té y del café		22,4
Industria del nitrato		11,7
Fábricas de cerveza		18,0
Diversos		8,1
Total		3.763,3

FUENTE: H. Feis, *Europe, the world's banker*, p. 27.

CUADRO 6. INVERSIONES FRANCESAS EN EL EXTRANJERO
(I) DISTRIBUCION GEOGRAFICA DE LAS INVERSIONES FRANCESAS A LARGO PLAZO EN EL EXTRANJERO, 1900 y 1914 (en billones de francos)

1900		*1914*	
Rusia	7,0	Rusia	11,3
Turquía (en Asia y Europa)	2,0	Turquía (en Asia y Europa)	3,3
España y Portugal	4,5	España y Portugal	3,9
Austria-Hungría	2,5	Austria-Hungría	2,2
Estados balcánicos	0,7	Estados balcánicos	2,5
Italia	1,4	Italia	1,3
Suiza, Bélgica y los Países Bajos	1,0	Suiza, Bélgica y los Países Bajos	1,5
Resto de Europa	0,8	Resto de Europa	1,5
Total de Europa	19,9	Total de Europa	27,5
Colonias francesas	1,5	Colonias francesas	4,0
Egipto, Suez y Africa del Sur	3,0	Egipto, Suez y Africa del Sur	3,3
Estados Unidos y Canadá.	0,8	Estados Unidos, Canadá y Australia	2,0
Latinoamérica	2,0	Latinoamérica	6,0
Asia	0,8	Asia	2,2
Total general	28,0	Total general	45,0

FUENTE: H. Feis, *Europe, the world's banker*, p. 51.

CUADRO 7. INVERSIONES FRANCESAS EN EL EXTRANJERO
(II) DISTRIBUCION DE LAS NUEVAS INVERSIONES, 1882-1914 (en billones de francos)

Países	*Nuevas inversiones*		*Total en circulación en 1914*	
	Cantidad	*Porcentaje*	*Cantidad*	*Porcentaje*
Europa oriental	13,4	38	14,7	29
Rusia			12,5	25
Balcanes			2,2	4
Europa noroccidental	2,9	8	3,5	7
Benelux			1,0	2
Escandinavia			2,5	5
Próximo Oriente	2,4	7	5,8	12
Imperio otomano			3,3	7
Egipto y Suez			2,5	5
Europa central	1,1	3	3,9	8
Austria-Hungría			2,4	5
Alemania y Suiza			1,5	3
Mediterráneo	0,4	1	5,8	12
España y Portugal			4,5	9
Italia			1,3	3
Hemisferio occidental	7,4	21	8,0	16
Latinoamérica			6,0	12
Estados Unidos y Canadá.			2,0	4
Colonias	3,8	11	4,5	9
Resto del mundo	3,8	11	4,0	8
Total	35,2	100	50,2	100

FUENTE: Rondo E. Cameron, *France and the economic development of Europe, 1800-1914*, Princeton, 1961, p. 486.

CUADRO 8. DISTRIBUCION GEOGRAFICA DE LAS INVERSIONES ALEMANAS A LARGO PLAZO EN EL EXTRANJERO, 1914 (en billones de marcos)

Europa		*Fuera de Europa*	
Austria-Hungría	3,0	Africa (incluyendo las colonias alemanas)	2,0
Rusia	1,8	Asia (incluyendo las colonias alemanas)	1,0
Países balcánicos	1,7	Estados Unidos y Canadá.	3,7
Turquía (incluyendo la Turquía asiática)	1,8	Latinoamérica	3,8
Francia y Gran Bretaña.	1,3	Otras áreas	0,5
España y Portugal	1,7		11,0
Resto de Europa	1,2		
	12,5		

FUENTE: Feis, *Europe, the world's banker*, p. 74.

CUADRO 9. INVERSIONES ULTRAMARINAS DE ESTADOS UNIDOS, 1913 (en millones de dólares)

País	*Cantidad*
Canadá	750
Cuba	100
México	1.050
América central	50
América del Sur	100
Europa	350
China y Japón	100
Islas Filipinas	75
Puerto Rico	30
Total	2.605

FUENTE: R. W. Dunn, *American foreign investment*, Nueva York, 1926, p. 3.

nómico de alguno de estos nuevos territorios no fuera un factor en su anexión o que ninguno atrajera inversiones importantes a su debido tiempo. El punto vital es, tal vez, que resulta por completo ilusorio pensar que Gran Bretaña tenía necesidad urgente de estas nuevas colonias simplemente como lugares en que podía descargar capital excedente. El mundo entero era el campo de inversión de Gran Bretaña. Sus inversores, ya fueran individuos que querían colocar dinero donde pudiera rentarles razonablemente, ya fueran grandes firmas que se proponían establecer plantaciones, fábricas o empresas de servicios públicos, lo hacían donde mejores eran las oportunidades. Con muy pocas excepciones, no tenía ninguna importancia para ellos si ondeaba allí o no la bandera británica.

Francia es un caso aún más notable. Según las cifras de Cameron, sólo un 9 por ciento de las inversiones totales francesas en ultramar en 1914 se hicieron en dependencias francesas, y de esta cifra una buena parte fue a Argelia, que había estado recibiendo inversión francesa desde la década de 1830. Es verdad que en el periodo 1882-1914 las colonias francesas absorbieron un 11 por ciento del total de las nuevas inversiones ultramarinas francesas, y el total en circulación en 1914 —4.500 millones de francos— era importante. Sin embargo, en comparación con las nuevas inversiones en Europa oriental (la mayoría en Rusia) y en las Américas, ésta era insignificante. Y tales sumas se podían haber invertido en otra parte sin dificultad. Además, una considerable proporción del capital invertido en las colonias lo había sido por la acción estatal: por ejemplo, por provisión de contratos, concesiones y tipos de interés garantizados. En verdad, sin perjuicio de la evidencia de que los *affaires* financieros desempeñaron un papel importante en determinados lugares, se debe concluir que el conjunto de los inversores franceses nunca indicó ningún deseo de colonias como campos de inversión antes de la anexión política, y después de ella las ignoraron en gran medida.

La inversión alemana en las colonias adquiridas en la década de 1880 fue casi rídiculamente pequeña. Feis disimula este hecho incluyendo inversiones coloniales en áreas geográficas mayores, pero si se compara la cifra de Townsend [29] de 505 millones de marcos de inversión total en las colonias en 1914 con la de Feis de 23.500 millones de marcos de inversiones alemanas

[29] M. E. Townsend, *The rise and fall of Germany's colonial empire, 1884-1918*, Nueva York, 1930, p. 263.

en ultramar, queda claro cuán insignificante fue en realidad la inversión colonial. Lenin lo sabía y escribió: «Sus colonias no son grandes, y el capital exportado lo tiene invertido en proporciones más iguales entre Europa y América» [30]. Podría argüirse, naturalmente, que esta falta de inversión reflejaba simplemente las limitadas oportunidades ofrecidas por las pocas colonias que Alemania adquirió originalmente, y que la presión alemana para repartir sectores de Africa con posterioridad a 1900 reflejaba un hambre atrasada de campos seguros para nuevas inversiones. Pero esto es ilusorio. Pocos bancos alemanes mostraron algún interés en el desarrollo colonial y las pequeñas cantidades que invirtieron fueron en su mayoría extraídas por presiones gubernamentales y tipos de interés garantizados. Si Alemania hubiera adquirido un territorio realmente valioso como Katanga o Malasia, los inversores no habrían dudado en mostrar un interés tan vivo como el que demostraron por las minas de oro del Rand o los territorios otomanos. Pero esto habría sido en regiones de utilidad potencial, pues, al igual que los británicos, los alemanes consideraban el mundo como su campo de empresa. No hay razón, por eso, para creer que el capitalismo financiero, si existió en Alemania, fue el responsable inicial de la pugna alemana por las colonias, o que la economía alemana necesitaba dependencias como receptáculos del capital excedente.

Finalmente, de acuerdo con las cifras del cuadro 9 el caso norteamericano es tan claro que requiere poco comentario. Con sólo un 4 por ciento de la inversión total ultramarina en las nuevas dependencias —las Filipinas y Puerto Rico— es evidente que, incluso si una necesidad urgente de nuevas oportunidades de inversión ocasionó el imperialismo de 1898, la necesidad, sin embargo no se satisfizo. De nuevo, como en Alemania, esto no invalida necesariamente el análisis leninista de las características de una economía dominada por el trust. Más bien sugiere que hubo poca conexión causal entre la necesidad de nuevas salidas para el capital y la empresa y la colonización oficial. Canadá, Latinoamérica y Europa proporcionaron a los Estados Unidos las «semicolonias» o «colonias comerciales» que necesitaba; y en ninguna de éstas se necesitó un control político oficial. Lo más que puede decirse de los acontecimientos de 1898 es que facilitaron el comercio y la inversión norteamericanos en el Caribe y el Pacífico y fortalecieron su control oficioso de gran parte de Latinoamérica. Las colonias oficiales

[30] *Imperialism*, p. 79. [*El imperialismo*, p. 744.]

fueron tan poco importantes para Estados Unidos como las de Alemania.

Por eso, en un examen somero de las posibilidades del caso, parece improbable que la necesidad de nuevas oportunidades para una inversión rentable de capital, convertido en «excedente» por la evolución de las economías europea y norteamericana, fuera la causa principal de la expansión de la colonización oficial en el periodo posterior a 1870. No es que haya que negar la lógica interna del argumento. Si las economías avanzadas hubieran estado listas para exportar capital en la escala característica del periodo 1870-1914 mucho antes en la historia moderna —antes de que las Américas, Australia, Africa del Sur y Asia del Sur hubieran sido colonizadas y así abiertas a una satisfactoria inversión extranjera—, entonces la empresa capitalista habría requerido tal vez la colonización en gran escala de estas regiones. Tal como sucedió, Europa no necesitó nuevas colonias oficiales en la última parte del siglo XIX, aun suponiendo que las condiciones económicas se aproximaran al capitalismo financiero o que existiera subconsumo en el interior. El verdadero «imperialismo capitalista» de la fórmula de Lenin pudo operar y operó principalmente en sus semicolonias o colonias comerciales, generando los diversos tipos de grados de imperio oficioso que aún existían en la segunda mitad del siglo XX; y sus agentes realmente característicos fueron las grandes firmas internacionales con empresas subsidiarias por todo el mundo no socialista más que los aventureros colonizadores hambrientos de capital, típicos de la época del imperialismo expansivo.

Con todo, es posible que cantidades muy pequeñas de capital invertido fueran un factor importante en la anexión oficial de determinados lugares en el medio siglo siguiente a 1870, aunque marginal a las necesidades e intereses globales de los inversores europeos. Será por eso necesario buscar con cuidado la prueba de esto en cada uno de los casos considerados más adelante, en especial donde haya al menos una sospecha *a priori* —como en los Estados islámicos del Mediterráneo, en el Transvaal y China, zonas todas ellas, lo que es significativo, relativamente avanzadas— de que pudiera suceder lo que Engels llamó «colonización al servicio de la Bolsa». En tales casos el capital pudo muy bien ser un factor del imperialismo. Sin embargo, el tamaño relativo es decisivo. Una vez más, a la luz de lo que se ha dicho antes, esto constituiría un asunto local, no parte del mar de fondo de la evolución histórica del capitalismo europeo.

4. INTERPRETACIONES POLITICAS, POPULARES Y PERIFERICAS DEL IMPERIALISMO

En un libro que se ocupa explícitamente de la acción de los factores económicos en el imperialismo moderno es innecesario examinar con extensión las interpretaciones alternativas no económicas, y en cualquier caso razones de espacio lo hacen imposible. Pero vale la pena hacer un breve examen de este campo por dos motivos. Primero, si, como se ha sugerido, la mayoría de las interpretaciones económicas que se han hecho del imperialismo fallan hasta cierto punto, es necesario hallar una hipótesis alternativa. Segundo, muchos historiadores han intentado, en efecto, explicar el imperialismo atendiendo a los intereses político-estratégicos de los Estados europeos, al irresistible jingoísmo de la opinión pública, o a los problemas que se desarrollaron fuera de Europa, en la periferia, respecto a los cuales el imperialismo europeo fue simplemente una reacción violenta. Me propongo, por ello, revisar muy brevemente estos tres tipos de demostración e intentar luego una síntesis preliminar que incorpore los elementos que parecen ser más verosímiles de cada uno de los enfoques del imperialismo tan someramente examinados.

I. El imperialismo de los hombres de Estado

No es difícil formular una elegante hipótesis que explique el imperialismo de fines del siglo XIX merced a los cálculos racionales de los ministros y altos funcionarios de las grandes potencias. Ello supondría que estos hombres tenían efectiva libertad de acción y que estaban interesados en fomentar el poder y la seguridad de sus países —el «interés nacional»— más que los intereses egoístas de los grupos de presión privados. Se basaría en el análisis del nuevo carácter de las relaciones internacionales en el periodo posterior a 1870 aproximadamente. La política internacional se hacía más belicosa porque la unidad política alemana, italiana y norteamericana había

engendrado poderosos impulsos nacionalistas y jingoístas que estimularon similares instintos en otros países. Además, el hecho de que no sólo Alemania hubiera derrotado a Francia en 1870-71 sino que también (contra los deseos de Bismarck) se hubiera anexionado Alsacia y Lorena, había producido un nuevo encono de las relaciones centroeuropeas que continúa siendo intenso hasta después de 1945. En suma, había más grandes potencias comprometidas en la política internacional que las que había habido desde el siglo XVIII y sus sentimientos nacionalistas eran más intensos que nunca.

Estos factores contribuyeron a crear otro nuevo rasgo de este periodo: el desarrollo de grandes bloques de poder y alianzas. La primera alianza internacional hecha oficialmente desde 1815 en tiempo de paz —es decir, como un arma diplomática calculada— fue la Alianza austroalemana de 1879, que se convirtió en la Triple Alianza en 1882 con la inclusión de Italia. Se pretendió que esta alianza fuera complementaria de la *Dreikaiserbund* (Alemania, Austria, Rusia) de 1881-87 y del Tratado de Reaseguro entre Alemania y Rusia de 1887-90 con el que Bismarck trataba, en primer lugar, de salvaguardar a Alemania del resentimiento francés aislando a Francia de todos sus potenciales aliados y, al mismo tiempo, de conseguir algún control sobre las rivalidades austrorrusas en los Balcanes. En las cautas manos de Bismarck, tal sistema de alianzas podía constituir una fuerza en favor de la paz internacional. Pero sus sucesores no tenían la misma opinión de los verdaderos intereses de Alemania; y en todo caso la misma existencia de tal sistema de alianzas era un reto y posiblemente una amenaza para los excluidos, en especial para Francia y Gran Bretaña. Esto imponía nuevas fricciones en las relaciones internacionales y hacía pensar más en términos de amenaza que de seguridad. La consecuencia evidente fue un sistema rival de alianzas una vez que el plan de Bismarck se deshizo con el fin del Tratado de Reaseguro en 1890. La alianza francorrusa de 1894, seguida por la *entente* anglofrancesa de 1904 y el compromiso anglorruso de 1907, fueron la respuesta natural. Su resultado fue la división de Europa en dos campos y llegó a ser natural para los hombres de ambos bandos desencadenar juegos bélicos en función del nuevo sistema de tratados. Fue una larga evolución desde las realidades del sistema internacional de la década de 1860 y desde los supuestos basados en él.

Aunque los alineamientos relativamente rígidos de los años inmediatamente anteriores al estallido de la guerra en 1914 tardaron largo tiempo en madurar, de modo que en el periodo

crítico de la expansión colonial, antes de 1890 aproximadamente, había aún mucha flexibilidad en las relaciones internacionales, este modelo cambiante de alianzas y tensiones constituye una posible base sobre la que elaborar interpretaciones políticas del imperialismo. El supuesto fundamental sería que Europa había vuelto a las actitudes belicosas características del Antiguo Régimen, con el resultado de que cualquier problema internacional se planteaba de acuerdo con las normas aceptadas de poder y status nacionales, y cualquier cambio en la posición de una potencia podía verse como una amenaza a los intereses de las demás. Las colonias adquirían nueva importancia como parte de este delicado equilibrio de fuerzas internacionales. Incluso a mediados de siglo, las pocas potencias entonces interesadas en las colonias —Gran Bretaña, Francia y Rusia— tendían a adoptar actitudes hostiles si sospechaban que una de las otras traspasaba los límites o amenazaba sus propias esferas de interés: de aquí la hostilidad anglorrusa por Afganistán y las rivalidades anglofrancesas en el oeste de Africa y el sur del Pacífico. Por eso no es de sorprender que después de 1870, con mayor número de primeras potencias, con contactos siempre crecientes entre sus súbditos en Africa, Asia y el Pacífico, tales problemas coloniales se relacionaran progresivamente con el equilibrio de fuerzas intraeuropeo. La ganancia de un país era la pérdida de otro. El imperialismo era así el resultado de la competitividad hipersensible entre todos los principales Estados de Europa y Norteamérica que a su vez generaba la determinación de no permitir que otra potencia ganase ventaja alguna en ultramar.

Pero si adoptamos este enfoque del imperialismo tenemos que definir las ventajas que los gobiernos de Europa esperaban obtener de las nuevas posesiones coloniales. Pueden darse contestaciones alternativas, una especificando los beneficios, la otra los inconvenientes evitados. Desde el punto de vista positivo las colonias podían servir para fines políticos de acuerdo con el carácter y situación de cada potencia. Podían ser emocionalmente atractivas para los Estados recientes como Alemania e Italia al significar el cenit de su acceso a la condición de nación. Pero tenían usos más prácticos. Para ser una potencia mundial se necesitaban bases en todos los continentes, pues si no se tenían, sus súbditos estaban a merced de los ingleses, franceses, o de otros gobiernos coloniales, de sus cónsules y de sus buques de guerra. Surgía entonces la logística del poder naval. Si Alemania, Italia o los Estados Unidos querían ser potencias mundiales, tenían que construir grandes flotas, y

para que éstas operasen fuera de las aguas territoriales necesitaban bases en todo el mundo. Otro aspecto del status de gran potencia en una época de rivalidad internacional era la necesidad de asegurar las materias primas estratégicas, pues se podía argumentar que ningún gran país industrial debía depender de otras naciones, posiblemente hostiles, por lo que respecta a sus fuentes de aprovisionamiento. De aquí la ocasión para anexionarse territorios que producían cobre, mineral de hierro, caucho, petróleo, etc. La emigración constituía también otro problema. Si el poder militar dependía en parte de la población que suministraba soldados e impuestos, cada emigrante era una pérdida seria. Los emigrantes británicos podían seguir siendo súbditos británicos si iban a las colonias de asentamiento, pero cada italiano o alemán que emigraba era una pérdida para su patria. Unas colonias adecuadas podían solucionar también este problema.

Por último, se hacía un uso diplomático de las colonias. Para los Estados continentales parecía claro que las potencias coloniales consideraban y utilizaban, en alguna medida, sus posesiones ultramarinas, como un elemento de las relaciones internacionales. La amenaza a territorios considerados de interés especial por una potencia podía ser objeto de regateo en negociaciones sobre alguna otra materia en disputa, como, por ejemplo, la sempiterna cuestión de los derechos de pesca franceses en Terranova o el acuerdo anglofrancés de 1847 para mantener la neutralidad de ciertas islas del Pacífico. En las décadas de 1870 y 1880, Francia, Gran Bretaña e incluso Leopoldo de Bélgica reclamaban territorios o influencias en Africa y el Oriente. ¿Por qué no iban a reclamar otras potencias el derecho a influir en estas cuestiones, a hacer sus propias reclamaciones y posiblemente a negociar con ellas para obtener otras ventajas más cerca de sus propios países?

Si éstas eran algunas de las posibles ventajas que los gobernantes de potencias no coloniales podían esperar formulando peticiones de nuevas colonias a fines del siglo XIX, ¿qué decir de los Estados imperialistas ya constituidos como tales? En alguna medida podían operar los mismos atractivos: a más colonias, más prestigio, más protección para sus súbditos, más bases para sus flotas, nuevas fuentes de materias primas estratégicas, más hogares para los emigrantes, más sitios donde enviar a los convictos, más bazas para el regateo diplomático. Pero el problema se planteaba en términos diferentes para Francia, los Países Bajos y Rusia, y, sobre todo, Gran Bretaña. Como estas potencias estaban asentadas en muchas partes del

mundo, la expansión de cualquier otra tenía que afectar de algún modo a los intereses ya existentes, reales o supuestos. Por ejemplo, no había virtualmente zona en la que Gran Bretaña no poseyera territorios o fuertes intereses e influencia. Por tanto, aunque no tuviera ningún deseo de hacer nuevas anexiones, en el momento en que alguna otra potencia trataba de hacerlas en el océano Indico, el Pacífico Sur o el Caribe, los estadistas británicos tenían que arbitrar medios preventivos para proteger los intereses nacionales, reales o imaginarios. Lo mismo ocurría, naturalmente, con otras potencias coloniales o navales ya constituidas como tales, salvo que ninguna tuviera auténticos intereses del mismo grado. Es posible, pues, considerar el imperialismo como un acumulativo proceso preventivo. En el momento en que cualquier Estado europeo o sus súbditos intentaban dominar algún nuevo territorio, los cautos gobernantes de otros Estados se sentían obligados a reaccionar e impedir este movimiento o a pedir compensaciones, ya porque considerasen afectados algunos intereses nacionales de importancia, ya porque pareciese imprudente dejar pasar una ocasión que podía no volver a presentarse. Según esto el imperialismo obedeció más bien a la precaución que a la beligerancia del «pensamiento oficial» en su intento de proteger los intereses nacionales en un periodo de inevitable cambio.

En estos dos modelos se ha supuesto que los estadistas europeos y americanos se planteaban metas positivas cuando perseguían objetivos imperialistas, incluso si adoptaban éstos como respuesta a iniciativas ajenas. Pero es igualmente posible invertir este planteamiento, formular una teoría del imperialismo basada en el afán de los hombres de Estado de «quitar la espoleta» a las tendencias, peligrosamente explosivas, de las relaciones internacionales de finales del siglo XIX. Lejos de ver las colonias como potenciales armas diplomáticas o bélicas, puede que las consideraran como medio de desviar la atención de sus propios súbditos o de los extranjeros de los conflictos planteados en Europa que podían conducir a la guerra. Según esta teoría, la guerra parecía muy probable y su resultado tan incierto que ninguna gran potencia aislada, por agresiva que pareciera, quería en realidad arriesgarse a un conflicto real. Las colonias, por eso, proporcionaban una válvula de escape no, como dijo Ferry en 1890, para los excedentes industriales, sino para el envalentonamiento y belicosidad de los jingoístas y de los grupos pendencieros tradicionales. Los franceses podían recuperar la propia estima perdida en Sedán luchando en el norte y el oeste de Africa y en Indochina, lejos de los alemanes y con poco más que sus vidas en juego. Italia, demasiado débil para competir en Europa, podía adoptar posturas solemnes en el norte de Africa como heredera de la antigua Roma. A los militares políticamente ambiciosos se les podía mantener alejados de los centros de poder y a las clases medias profesionales se les podían dar satisfactorias carreras administrativas como funcionarios coloniales. Desde estos supuestos, el imperialismo era una charada global representada por los hombres de Estado como medio de desviar, en tiempos de paz, la atención de las realidades de la estructura europea del poder.

Tenemos, pues, dos formulaciones alternativas del imperialismo como fenómeno político más que económico; y cualquiera de las dos, sin son aceptables, resolvería el problema de por qué la expansión colonial en gran escala se dio en torno a 1880 y no antes ni después. Pero ¿son aceptables? La prueba real debe fundamentarse en la evidencia del motivo, que se analizará más adelante en los estudios de casos, siendo imposible en el espacio de que disponemos ni siquiera un examen introductorio de las actitudes más comunes de los estadistas europeos hacia estas cuestiones. Pero a un nivel más general hay que hacer algunos comentarios sobre la verosimilitud de estas y parecidas teorías que intentan explicar escuetamente el imperialismo como el «pensamiento oficial» de la Europa metropolitana.

Primero, no hay ninguna prueba decisiva de que los políticos o altos funcionarios de alguno de los principales Estados tuvieran un plan previo de expansión ultramarina en las décadas de 1870 ó 1880, elaborado sobre el supuesto de que las colonias proporcionarían beneficios políticos de estos u otros tipos. Lo más cercano a la planificación de un imperio puede verse en Italia, donde políticos propensos al romanticismo, como Francesco Crispi, consideraban la colonización como un medio esencial de satisfacer las aspiraciones nacionalistas de su débil y nuevo Estado. Paralelamente, hasta la década de 1890 los estadistas alemanes no empezaron a tratar las cuestiones coloniales como parte de una *Weltpolitik*, ni los franceses a considerar la expansión territorial en el Sudán necesaria para el prestigio de Francia como gran potencia. En ambos casos estas nuevas tendencias fueron el producto de una década de expansión imperial más que la causa principal de un «nuevo» imperialismo.

Segundo, fue muy raro que ningún estadista europeo se embarcara en la expansión colonial por presiones irresistibles de fuerzas políticas internas, o incluso como recurso electoral. Quizá el único ejemplo importante de esto último se dio en 1884 en Alemania cuando, según se ha sostenido, Bismarck deci-

dió utilizar los protectorados para proteger y fomentar las nuevas empresas comerciales alemanas en ultramar a fin de obtener el apoyo político de los nacional-liberales, muchos de los cuales consideraban la «política colonial» esencial para la unidad y el prestigio nacionales [1].

Tercero, la influencia más probable de las consideraciones estrictamente políticas sobre los estadistas europeos fue negativa: la preocupación por proteger los intereses ultramarinos existentes, reales o supuestos, de la amenaza de la acción extranjera. Tales actitudes conservadoras habían de ser, con mayor probabilidad, características de las potencias con posesiones e intereses políticos esparcidos por todo el mundo y de Gran Bretaña más que de cualquier otro Estado. A pesar de la oposición de los gobernantes británicos a la expansión colonial, basada en su coste e inconvenientes, el pensamiento oficial sostuvo que había ciertas áreas del más alto interés nacional que había que proteger. Muchas de ellas en función del poder naval (el Mediterráneo, el océano Indico y el cabo de Buena Esperanza en particular); otras de la seguridad de las posesiones existentes (la India y las colonias de asentamiento). La misma inquietud había despertado la periódica actividad militar o diplomática, a mediados del siglo XIX, cuando Rusia parecía constituir una amenaza para el poder británico en el Mediterráneo y la frontera noroccidental de la India, y cuando Francia llevaba a cabo movimientos en el oeste de Africa y el sur del Pacífico que parecían ligeramente peligrosos. Se podía, por tanto, predecir que si, por cualquier razón, otras potencias parecían desafiar el predominio británico en estas regiones a finales del siglo XIX, Inglaterra podría recurrir a la anexión «prioritaria», no porque necesitara nuevos territorios, sino porque estaba decidida a excluir a los demás países de las zonas que consideraba importantes para sus intereses nacionales consolidados. La misma actitud defensiva podía influir, en diferente medida, sobre otras potencias en una época de rápido cambio.

Sin rechazar otras vías alternativas de interpretación, parece probable que el imperialismo de los gobernantes en el crucial periodo de 1880 tomase una forma negativa más que positiva. Pocos de los grandes hombres que presidieron el reparto inicial

[1] H. Pogge von Strandmann, «Domestic origins of Germany's colonial expansion under Bismarck», en *Past and Present*, núm. 42, febrero de 1969, pp. 140-59; M. Walker, *Germany and the emigration, 1816-1885;* H. A. Turner, Jr., «Bismarck imperialist venture: anti-British in origin», en P. Gifford y W. R. Louis, comp., *Britain and Germany in Africa*, New Haven, 1967, pp. 47-82.

del mundo —Salisbury, Rosebery, Gladstone, Bismarck, Caprivi, Witte, e incluso Ferry o Delcassé— pensaron que las nuevas colonias fueran esenciales como fuente de poder político. A pesar de todo, bajo la tutela de sus funcionarios fijos, que heredaron y mantuvieron conceptos tradicionales de lo que era esencial para preservar el poder y la seguridad nacionales, tuvieron que defender estos intereses ultramarinos contra las amenazas que iban surgiendo. Por consiguiente, cuando se produjeron en la periferia varias crisis locales en la década de 1880, los gobiernos de los grandes Estados tuvieron que actuar; y en muchos casos tales acciones adoptaron la forma de un control territorial. Se trata cuando menos de una hipótesis plausible que posteriormente ha de contrastarse con los hechos en el estudio de casos individuales.

II. El imperialismo de masas

A pesar del énfasis que suele ponerse en los factores económicos, estratégicos o políticos, posiblemente la explicación más popular de la moderna expansión europea se ha basado en lo que puede designarse, de forma apropiada pero vaga, como el «imperialismo de masas». Un breve extracto del artículo de W. L. Langer, «A critique of imperialism», publicado en 1935, servirá para indicar los principales caracteres de este enfoque.

> Queda ahora bien claro... que los críticos neomarxistas han prestado muy poca atención a los ingredientes psicológicos, imponderables, del imperialismo. El movimiento puede interpretarse, sin demasiada exageración, no sólo como un atavismo, como un residuo de los días de la monarquía absoluta y el mercantilismo... sino también como una aberración, clasificable entre las extravagancias del nacionalismo. Al igual que éste puede conducir a los individuos al extremo de sacrificar sus propias vidas por los fines del Estado, el imperialismo los ha conducido a los más elevados esfuerzos y al supremo sacrificio, incluso cuando el premio podía ser tan sólo una parte de Africa o Asia poco conocida y en el fondo sin valor. En los días en que la comunicación y la interdependencia económica han unificado al mundo de tantas maneras, los hombres interpretan aún las relaciones internacionales según las viejas políticas de gabinete, se rigen aún por ideas feudales, pasadas de moda, de honor y prestigio...
>
> Algunos pensaban que estaban comprometidos en el cumplimiento de una misión divina para abolir la esclavitud, extender el evangelio, vestir y educar a los paganos. Otros pensaban que estaban protegiendo los nuevos mercados de competidores peligrosos, ase-

gurando sus abastecimientos de materias primas, o hallando nuevos campos para la inversión. Pero subyacente a toda la perspectiva imperial había algo más que un pequeño error económico: mucha ilusión en uno mismo y honradez, mucho mal uso de la teoría evolucionista y por encima de todo buena parte de la venerable tradición del honor, del prestigio, del poder, e incluso de la combatividad lisa y llana...

No andaremos muy equivocados, entonces, si damos tanta importancia a los factores psicológicos y políticos del imperialismo como a sus elementos económicos e intelectuales. Estuvo, claro es, estrechamente vinculado a los grandes cambios en la estructura social del mundo occidental, pero fue también una proyección del nacionalismo más allá de las fronteras de Europa, una proyección a escala mundial de la antigua y venerable lucha por el poder y un equilibrio de fuerzas similar al que había existido en el continente durante siglos. La más ligera lectura de la literatura del imperialismo revelará la constante influencia de estos atávicos motivos... [2]

Estos argumentos y otros por el estilo suscitan dos cuestiones, estrechamente relacionadas, que son decisivas para las explicaciones del imperialismo basadas en la opinión pública. Primera, ¿en qué medida se puede creer en el pretendido nacionalismo extremo del último cuarto del siglo XIX, cuya existencia es fundamental para cualquier teoría del imperialismo de masas? Segunda, si este nacionalismo existió efectivamente, ¿puede demostrarse que produjo demandas populares de expansión imperial, en especial en los críticos años anteriores a 1890, demandas que a su vez impulsaron a los gobernantes a la acción? Estas cuestiones serán examinadas por separado y sucesivamente.

Al repasar la historiografía del imperialismo moderno encontramos gran número de hipótesis contradictorias que intentan explicar la aparición de un nacionalismo popular que se expresaba en la petición de un imperio ultramarino en el medio siglo anterior a 1914, cada una de las cuales deriva de una distinta interpretación del carácter de la sociedad europea. Tenemos en primer lugar la explicación atávica a que se refiere Langer, que fue formulada por el economista J. A. Schumpeter en su famoso ensayo *The sociology of imperialism*, publicado en 1919 [3]. En su opinión, el imperialismo no era el resultado

[2] *Foreign Affairs*, XIV, octubre de 1936, pp. 102-14. Véase también Langer, *The diplomacy of imperialism*, Nueva York, 1935, cp. 3.

[3] Este ensayo fue publicado más tarde, junto con otro, sobre «clases sociales», con el título de *Imperialism and social classes*. Se cita por la traducción inglesa, Oxford, 1951. [Hay trad. castellana: *Imperialismo y clases sociales*, Madrid, Tecnos, 1965.]

de nuevos desarrollos económicos, sociales o políticos en Europa, sino la expresión de una antigua «disposición sin objeto por parte del Estado a una ilimitada expansión de las fronteras» [4]. En el Estado moderno esta disposición no era, como sostenía Lenin, el resultado del capitalismo avanzado, sino la «esencia feudal» superviviente de la Europa precapitalista que se había fusionado con el capitalismo burgués, comunicando su propia preocupación tradicional por el poder y el prestigio al burgués idealmente amante de la paz. Así pues, el imperialismo terminaría sólo cuando los elementos «precapitalistas» de la vida social desaparecieran definitivamente.

En contraposición, otros sostuvieron que el propio capitalismo avanzado producía un nuevo entusiasmo emocional en pro del imperio, en particular entre la burguesía comercial. Hilferding, tipificando el pensamiento ortodoxo neomarxista, sostuvo que el capital financiero dejaba de ser amante de la paz en cuanto su impulso económico ultramarino se veía obstruido por sociedades precapitalistas. En este punto, el burgués descartaba su convencional pacifismo liberal y apelaba al gobierno para vencer la resistencia indígena a su comercio y su inversión. Para justificar este «viraje», el burgués adoptaba la ideología racista y reclamaba el derecho «natural» de su propia sociedad avanzada a dominar a los pueblos atrasados de otros continentes. De este modo el imperialismo popular basado en el racismo era un producto orgánico del cambio económico [5].

Hobson y otros liberales británicos expusieron a comienzos de siglo argumentos un tanto parecidos. La principal diferencia era que, creyendo en la perdurable racionalidad del grueso de la sociedad, afirmaban que la opinión popular era deliberadamente corrompida mediante la prensa barata por los que tenían intereses creados en la expansión imperial. El imperialismo popular, aunque fuerza potente, era por ello el producto de una especie de abuso de confianza llevado a cabo por los capitalistas en alianza con otros grupos con intereses extraeconómicos en la colonización: militares, misioneros, funcionarios coloniales y políticos jingoístas. Podría desaparecer por medio de una adecuada reeducación de la opinión de las masas [6].

La mayoría de las restantes interpretaciones del imperialismo como fenómeno emocional o ideológico, caen dentro de dos

[4] *Ibid.*, p. 7.

[5] *Finanzkapital*, 1910; traducción inglesa de Fieldhouse, *Theory of capitalist imperialism*, pp. 83-85.

[6] Véase *Imperialism: a study*, pp. 67-68.

categorías principales: las que lo tratan como el producto de un nacionalismo intensificado y las que lo explican como el resultado de nuevas teorías sobre la raza.

La primera y más pragmática hipótesis es que con posterioridad a 1870 el nacionalismo popular preexistente se volcó al exterior y fijó sus ambiciones en Africa y Asia. Las supuestas razones para ello variaron en cada país. En Alemania e Italia los nacionalistas habían conseguido su propósito de un Estado étnicamente unificado e instintivamente buscaron nuevos mundos que conquistar para incrementar la autoafirmación nacional. Los Estados Unidos, que habían logrado su «destino manifiesto» ocupando el continente de mar a mar y superado también las amenazas a su unidad interna, desarrollaron instintos similares en la década de 1890. En Francia, por otra parte, el nacionalismo expresó la determinación de muchos patriotas de reconstruir el prestigio nacional y su autoestimación después de los desastres de 1870-71. Puesto que la guerra en el Rin era inconcebible por el momento, el éxito tenía que buscarse frente a enemigos más débiles en otros continentes. Incluso Gran Bretaña, considerada en el continente como el Estado menos belicoso de mediados del siglo XIX, era impulsada a afirmarse en ultramar para igualar las hazañas de los demás [7].

Paralelamente a esta simple hipótesis «nacionalista» hay una teoría más complicada que se basa en el crecimiento del racismo. Una característica destacada de fines del siglo XIX, se ha dicho, fue la progresiva creencia de que los europeos eran racialmente —es decir, genética y culturalmente— superiores a todas las demás razas. Esta creencia provenía en parte de la constatación acrítica de las ventajas que los europeos poseían sobre las sociedades contemporáneas de otros continentes en cuanto a tecnología, formas de gobierno, organización social, etcétera, y en parte, de la creciente influencia entre las personas instruidas de las teorías del darwinismo social. Sobre estas bases se difundieron una multitud de hipótesis supuestamente científicas que en su mayor parte se agrupaban en dos categorías: las que sostenían que el principio de la selección natural hacía necesaria la conquista de los pueblos inferiores que proporcionara el elemento de lucha necesario para mantener la calidad de las razas «superiores»; y las que exponían el deber moral de la raza superior de asumir una «misión civilizadora» para con la inferior. En cualquier caso, el imperialismo concordaba con las leyes de la naturaleza tal como las revelaba la moderna genética [8].

[7] Brunschwig, *French colonialism*, pp. 182-83.

Hay, pues, una serie de interpretaciones opuestas de por qué la demanda popular de expansión ultramarina habría desarrollado e impuesto la política pública en Europa occidental a finales del siglo XIX. ¿Qué peso habría que atribuirles? Sería imposible en este breve examen medir la relativa influencia de cada una de las supuestas fuentes del imperialismo popular y por fortuna es completamente innecesario. Lo importante no es por qué se produjeron tales movimientos ideológicos, sino si puede probarse que tuvieran una influencia mensurable sobre el curso de los acontecimientos. Para poder demostrar esta influencia, es necesario probar al menos dos puntos principales: primero, que por cualquier razón la demanda pública de un imperio fue importante antes de que empezase la rápida expansión en la década de 1880; segundo, que los gobernantes de quienes dependía el poder decisorio se vieron impulsados o facultados por el entusiasmo público para actuar donde, en otro caso, podían no haber actuado. Desde luego, es más difícil demostrar una relación causal de esta clase que afirmar que debió de existir. Y a la inversa, es difícil probar que no existió. A lo sumo, el historiador puede hacer una amplia estimación de la verosimilitud general de tales teorías aplicando dos pruebas. La primera es cronológica: los movimientos imperialistas populares ¿fueron poderosos e influyentes en el periodo apropiado? La segunda es causal: examinar las circunstancias de cada anexión territorial en ultramar y descubrir qué influencia efectiva parece haber tenido en ella la opinión popular. De estas pruebas, la segunda es, sin duda, la más concluyente, porque la investigación detallada de casos individuales es la única prueba verdadera de cualquier teoría eurocéntrica del imperialismo que lo abarque en su conjunto; y donde la prueba sea adecuada se hará en la segunda parte del libro un intento de medir el impacto de la presión popular sobre la política oficial. Como prueba preliminar nos proponemos examinar brevemente la cronología de los movimientos imperialistas para ver dónde y cuándo podía esperarse que constituyeran una fuerza histórica importante.

[8] B. Semmel, *Imperialism and social reform*, Londres, 1960, p. 41, para un estudio general de estos argumentos y una bibliografía sobre el tema.

En la mayoría de los Estados de Europa occidental hubo un desfase importante entre la formulación y propagación de las ideologías o argumentos imperialistas por un puñado de entusiastas y el momento en que parecen haber tenido amplio apoyo; y este hecho ha desorientado a algunos historiadores que trabajan sobre testimonios literarios y les ha llevado a antedatar el imperialismo popular como fuerza significativa. En Alemania algunos escritores nacionalistas propugnaban la colonización en la década de 1870. Las sociedades coloniales datan de 1878 y en 1884 había cinco de alguna importancia. En 1887 dos de ellas —la Asociación Colonial Alemana (Kolonialverein) y la Sociedad para la Colonización Alemana— se fusionaron en la Sociedad Colonial Alemana (Deutsche Kolonialgesellschaft) que continuó siendo el grupo de presión imperialista más influyente de Alemania. Todos estos grupos hacían intensa propaganda, y el periódico de la Sociedad Colonial, el *Kolonial Zeitung*, fue particularmente influyente. Las sociedades estaban además estrechamente vinculadas a los partidos Nacional Liberal y Conservador Libre del *Reichstag*, partidos que, aunque en minoría, eran políticamente importantes. Está claro que en 1884 la propaganda imperialista tenía considerable éxito. Así en mayo de 1884 el embajador británico en Berlín decía a lord Granville que había una «creciente impaciencia» entre el electorado «por la inauguración por el príncipe de Bismarck de una política colonial» [9]; y en diciembre el *Globe* londinense manifestaba que:

> El pueblo está tan profundamente imbuido de una vaga pero, sin embargo, seductora visión de la riqueza que se puede obtener en Africa, que miles de jóvenes anhelan y esperan una oportunidad para hacer fortuna en el nuevo El Dorado [10].

Estos entusiasmos, traducidos en los cálculos políticos, pudieron influir en la decisión de Bismarck de adquirir colonias en 1884, como se ha descrito antes. Posteriormente se desarrollaron otras sociedades expansionistas, en particular la Liga de la Armada y la Liga Pan-Alemana, y éstas pudieron presionar al gobierno a través del *Kolonialrat*, un consejo asesor creado en 1890. En principio, por tanto, los entusiastas colonialistas alemanes, aunque escasos en número, estaban institucionalmente preparados para influir en la política oficial desde comienzos de la década de 1880; y es al menos posible que la adopción

[9] Citado por Pogge von Strandmann, *Domestic origins*, p. 146.
[10] *Ibid.*, p. 147.

de una política colonial alemana en 1884 fuera producto de su presión.

Los publicistas franceses empezaron también a predicar doctrinas imperialistas en la década de 1870 y consiguieron un público considerable [11]. Pero los grupos de presión organizados se desarrollaron más lentamente y hasta 1890 las sociedades geográficas fueron la única expresión colectiva del entusiasmo popular por la expansión. El Comité de l'Afrique française, fundado en 1890, fue el primer grupo de presión colonial, seguido después de 1900 por comités similares para Asia, Marruecos, Oceanía y Madagascar. La Union Coloniale Française había sido creada en 1893 para coordinar las actividades de todos los grupos que tenían intereses sustanciales en las colonias y para hacer propaganda. Estas organizaciones tuvieron considerable influencia en la década de 1890 y posteriormente, pero es evidente que se formaron demasiado tarde para haber influido en la política francesa de la primera y vital década de expansión que empezó hacia 1880. Durante este periodo hubo varios diputados en la Cámara que apoyaban políticas «avanzadas», pero en cualquier caso no se organizaron hasta 1892, cuando se dijo que el nuevo «grupo colonial», que se saltó todas las líneas políticas normales, contaba con 91 miembros de una cámara de 596. Por ello, una breve conclusión sobre la cámara podría ser que, como decía T. F. Powers,

> Cuando Ferry se aventuró en sus planes coloniales, no había un movimiento organizado de propaganda colonial. Sólo unos pocos publicistas y escritores académicos sin un solo seguidor reclamaban un imperio. Las sociedades coloniales y sus periódicos fueron apareciendo rápidamente, pero su peso no se dejó sentir hasta la década siguiente [12].

En Gran Bretaña hay aún menos pruebas de un fuerte imperialismo popular antes, como muy pronto, de la década de 1890. Todas las organizaciones imperialistas que se habían fundado, como el Royal Colonial Institute y la Imperial Federation League, se preocupaban exclusivamente de fortalecer los lazos con las colonias de asentamiento existentes y mostraban poco interés por las posibilidades de nuevas colonias tropicales. No

[11] El mejor estudio de los orígenes intelectuales del imperialismo popular en Francia es el de A. Murphy, *The ideologie of French imperialism*, Washington, 1948.
[12] Citado por T. F. Powers, *Jules Ferry and the renaissance of French imperialism*, Nueva York, 1944, p. 49.

había ningún grupo colonialista organizado o que tuviese portavoces en el Parlamento y el público parecía profundamente indiferente. El interés público sólo se hizo patente a partir de 1894 y ya entonces fue más una reacción convulsa a sucesos concretos en ultramar que una firme expresión de idealismo nacionalista o racista.

De igual modo sería posible fijar la cronología del imperialismo popular en otros países que estuvieron implicados en la expansión colonial. Las condiciones variaron, pero el modelo general fue muy parecido. La experiencia común es que el imperialismo empezó como una idea emotiva surgida de compromisos intelectuales sobre cuestiones que, por lo general, nada tenían que ver con la colonización ultramarina. En las décadas de 1870 y 1880 una coincidencia de procesos externos atrajo la atención y desplegó la imaginación de una pequeña minoría de intelectuales y burgueses europeos, que oportunamente fundaron pequeñas sociedades para difundir sus ideas. En la década de 1880, sin embargo, eran muy pocos y muy ineficaces políticamente para forzar a ningún gobierno a emprender una política colonial, aunque, en las especiales circunstancias políticas de Alemania en 1884, su influencia sobre el Partido Nacional Liberal pudo haber condicionado la decisión de Bismarck de adquirir protectorados alemanes. En general su papel se redujo a apoyar clamorosamente las políticas «avanzadas» cuando las proponían los gobiernos o denunciar lo que consideraban como una traición por debilidad a los intereses nacionales, cuando los gobiernos se negaban a adoptar una línea dura. El auténtico entusiasmo popular por el imperio como tal sólo se hizo evidente en la década de 1890 y aun así continuó siendo esporádico e imprevisible. En suma, el argumento que considera el imperialismo de masas como la génesis o fuerza motriz del moderno imperialismo es intrínsecamente débil. Sería mucho más exacto decir que el imperialismo como estado de ánimo popular fue una imagen refleja del hecho de la expansión imperial que no que el imperio fue el resultado de la idea imperial.

III. Interpretaciones periféricas del imperialismo

Todas las interpretaciones de la expansión europea consideradas hasta aquí tienen tres caracteres comunes. Todas eran «eurocéntricas» en cuanto se centraban en problemas e ideas internas de Europa y Norteamérica. Todas consideraban el imperialismo como un fenómeno positivo: Europa adquiría deliberadamente nuevas colonias porque las necesitaba o las quería. Finalmente, el problema se planteaba en el contexto estricto del último cuarto del siglo XIX. Excluyendo la teoría atávica de Schumpeter, todas suponían que la expansión tuvo lugar entonces debido al carácter especial de este periodo, de modo que había poca o ninguna continuidad en la historia del imperialismo europeo antes y después de la década de 1870.

El análisis antecedente ha puesto de manifiesto, sin embargo, que estas teorías fallaban en alguna medida a causa de su preocupación por Europa y de su ignorancia de las tendencias históricas a más largo plazo. En el aspecto geográfico se vio que en casi todos los casos una teoría basada en las necesidades o actitudes europeas sólo era viable si tenía en cuenta las condiciones de la periferia. Dos historiadores han centrado así el problema en relación con Africa:

> Buscando las causas en Europa, los teóricos del imperialismo han estado buscando las respuestas en lugares erróneos. Los cambios cruciales que pusieron todo en marcha tuvieron lugar en la misma Africa [13].

Pero las teorías eurocéntricas eran casi igual de débiles en el aspecto cronológico. Aun el más superficial examen del proceso imperialista indica que es tonto buscar la explicación de los hechos en la llamada «era del imperialismo», sólo en el breve periodo de tiempo posterior a 1880, y esto hace suponer que la aparente discontinuidad del proceso histórico puede ser una ilusión.

Su disconformidad con estos aspectos de las interpretaciones convencionales de la expansión europea a fines del siglo XIX es una razón lógica para intentar formular hipótesis alternativas que eviten sus errores al centrarse en los acontecimientos acaecidos en la periferia, y que adopten una visión a más largo plazo de las tendencias. Pero tal enfoque no es un mero *pis aller*. Cualquier historiador que empiece a estudiar la historia colonial examinando antes los datos de las antiguas colonias que los de los archivos europeos encontrará natural considerar la expansión europea más como un resultado de procesos periféricos que metropolitanos [14]. La utilidad de este enfoque varía de una

[13] R. E. Robinson y J. Gallagher, «The partition of Africa», en *New Cambridge Modern History*, vol. XI, p. 594.

[14] El autor de este libro empezó su estudio sobre la expansión europea en el Pacífico durante el siglo XIX trabajando sobre materiales originales en Nueva Zelanda y por eso vio estos problemas desde un punto de vista

región a otra. En algunos casos, lo que Cecil Rhodes llamó «el factor imperial», sólo llegó a ser significativo al final de la historia, cuando un gobierno europeo tuvo que dar su sanción oficial a actos iniciados por hombres de la periferia. En otros, Europa se vio directamente implicada desde el principio. Pero la impresión que se tiene siempre es que la colonización oficial fue una respuesta a situaciones que se desarrollaron lejos de Europa y más allá del control metropolitano efectivo. Esto está muy lejos de las teorías del imperialismo en que las futuras colonias son consideradas como marionetas de un drama centrado en los bancos, almacenes, cancillerías o tribunas electorales de Europa.

Por consiguiente, parece el momento oportuno para plantear el problema del imperialismo moderno desde el punto de vista de los conflictos surgidos fuera de Europa y sobre el supuesto de que la colonización pudo ser una respuesta de las potencias metropolitanas a estímulos externos más que la expresión de problemas económicos o de otra clase en Europa. Puesto que éste es el enfoque que se adopta en el resto del libro, será conveniente indicar a modo de introducción algunas de las tendencias y situaciones características de la periferia que dieron lugar a alguna forma de acción por parte de los Estados europeos. Pero con una reserva. Por definición, la expresión «interpretaciones periféricas» es una categoría residual. Dado que se refieren a sucesos específicos, no pueden ser la base de ninguna teoría general del imperialismo. A lo sumo, la observación de modelos recurrentes puede justificar la conclusión de que, puesto que muchos problemas periféricos provinieron de la misma expansión general de las actividades europeas, tuvieron caracteres comunes y requirieron remedios similares.

En todos los estudios regionales de la situación en Africa, Asia y el Pacífico que finalmente condujo al dominio oficial europeo durante el siglo XIX o después, el tema subyacente es que hubo un cambio fundamental en las relaciones entre los europeos y los demás pueblos. Tales cambios adoptaron dos

colonial y «subimperialista». Puesto que los datos sugerían que la dinámica de la expansión «británica» en esta región era casi exclusivamente periférica más que metropolitana, su reacción al leer a Hobson y demás exponentes eurocéntricos del imperialismo fue simplemente que su análisis era en gran medida inaplicable en el contexto del Pacífico. El estudio subsiguiente de otras regiones indicó que, con considerables diferencias, lo mismo se podía decir de la mayoría de los sitios.

formas. Primera, se terminó el aislamiento parcial o total de otros lugares con respecto a Europa. Segunda, la relación de poder entre los europeos y los otros pueblos cambió espectacularmente. Estos procesos se dieron simultáneamente y tuvieron las mismas raíces. Juntos engendraron los problemas periféricos de los que nacieron con el tiempo los imperios europeos.

A lo largo del siglo XIX Europa rompió al fin los límites geográficos de su influencia durante los tres siglos anteriores. La exploración, el comercio y la colonización europeos se habían extendido de forma espectacular desde los siglos XV y XVI, pero regiones enormes del mundo permanecieron intocadas y prácticamente desconocidas hasta el siglo XIX. Hasta cierto punto fue el resultado de una opción deliberada, pero mucho más de factores técnicos: la relativa ineficacia de los barcos de vela para el transporte en masa a larga distancia, la pequeña superioridad marginal proporcionada por los armamentos europeos, los problemas de salud en climas tropicales, etc. A principios del siglo XIX estos obstáculos a la expansión europea fueron eliminados por el desarrollo económico, técnico y político que se produjo en Europa. En términos poco técnicos puede decirse que en este periodo Europa experimentó una «revolución de la energía» que no tuvo par en otras civilizaciones. Esta revolución fue más patente en la tecnología y la industria. Hacia 1750 Europa no les llevaba prácticamente ninguna ventaja industrial o técnica a los productores de los países asiáticos más cultos. Un siglo más tarde ya no era así. La mecanización de la producción había dado al fabricante europeo una inmensa superioridad en calidad y precio. La evolución de la industria pesada del hierro y del acero había revolucionado la maquinaria y los armamentos y estaba afectando a la construcción de barcos. La máquina de vapor contribuyó a la eficacia industrial y proporcionó la fuerza motriz para ferrocarriles y barcos, estimulando así una revolución en los medios de transporte. Al mismo tiempo el crecimiento de la población proporcionó fuerza de trabajo para la industria en expansión y una reserva de emigrantes potenciales. En algunos Estados hubo una mejora paralela en la eficacia del gobierno que se reflejó en las fuerzas armadas y en la capacidad para intervenir en zonas distantes del mundo.

Esta revolución de la energía tenía que afectar a las relaciones entre los Estados industrializados de Europa occidental y el resto del mundo. Hasta que otras sociedades adoptaron la nueva tecnología, Europa estuvo en una posición singularmente dominante. Podía introducirse en todos los mercados,

acceder a todas las fuentes de materias primas e imponer su voluntad a todos los gobiernos indígenas. La cuestión vital era la forma política que tomaría la nueva relación. ¿Se contentarían Europa y las comunidades de colonos blancos ya existentes con explotar las nuevas oportunidades económicas sin imponer también un control político oficial como se había hecho antiguamente en América y la India? Recíprocamente, aun si los europeos se contentasen con aquel grado de «imperio oficioso» que era inseparable del predominio económico y militar, reconociendo a los gobiernos indígenas de Africa y el oriente y cooperando con ellos, ¿podrían estos Estados y sociedades no integradas soportar el impacto de la progresiva penetración europea?

Retrospectivamente, desde luego, las respuestas generales están claras. Aunque con gran indecisión, la influencia europea acabó en imperio en la mayoría de las zonas de Africa, Asia y el Pacífico, aunque no en todas ellas. Pero ¿por qué fue así y por qué lo fue en algunos sitios y no en otros? Hay dos modos de enfrentarse al problema. Uno es preguntarse si el «imperio oficioso» resultó insatisfactorio para aquellos europeos que influían en la periferia, de modo que estos hombres pidieran un mayor control político al servicio de sus propios intereses económicos o de otra índole. El otro es ver si las cosas se desplomaron en la periferia, de manera que los gobiernos europeos se vieron arrastrados a enfrentarse con las crisis incipientes o efectivas cualquiera que fuese la política elegida. ¿Cómo puede el historiador investigar mejor los hechos de acuerdo con estas directrices?

Considerando primero la cuestión de las actitudes europeas hacia los problemas periféricos, es posible que un enfoque de acuerdo con estas directrices haga más verosímiles de lo que lo serían de la forma antes bosquejada algunas de las interpretaciones «eurocéntricas» del imperialismo. Se ha visto que una de las principales debilidades de tales teorías era que implicaban una demanda explícita de colonias que es difícil de comprobar. Pero si se invierten causa y efecto y nos planteamos si el imperialismo pudo ser una reacción a condiciones insatisfactorias en la periferia, alguna de estas hipótesis puede tener más sentido. Así los comerciantes, que no habían pensado antes que las colonias tropicales fueran especialmente valiosas para fines comerciales, podían volverse imperialistas cuando los mercados existentes, o en perspectiva, en Africa o Asia eran amenazados por nuevos obstáculos creados por gobiernos indígenas o por otro Estado europeo. Los capitalistas europeos, que tenían una idea enteramente apolítica del potencial de inversión

mundial, podían exigir a pesar de todo una acción política, incluso un poder colonial, si un gobierno indígena rechazaba los préstamos hechos por los bancos europeos. Quienes se embarcaban en empresas capitalistas ultramarinas podían igualmente dar la bienvenida al factor imperial si no podían obtener de otro modo condiciones políticas satisfactorias para las plantaciones, las minas, etc. Esto es muy distinto a decir que los comerciantes y los capitalistas financieros necesitaban las colonias porque eran condición *sine qua non* de sus actividades; pero hace suponer que los intereses comerciales podían de vez en cuando favorecer el imperio oficial en oposición al oficioso. Consideraciones parecidas pudieron influir en los puntos de vista de gobernantes y nacionalistas europeos. Aunque quizá no entusiastas al principio de la expansión colonial, pudieron inclinarse a ella ante la evidencia de que las cambiantes condiciones periféricas amenazaban intereses nacionales reales o supuestos. En suma, y sin evaluar de momento la hipótesis, quizá se puedan rehabilitar ciertos fundamentos de la mayoría de las interpretaciones «eurocéntricas» del imperialismo invirtiendo sus presupuestos. El imperialismo europeo puede explicarse como una reacción de comerciantes, banqueros, gobernantes y jingoístas a los cambios en la periferia que hicieron difícil e incluso imposible mantener el «imperio oficioso» durante las últimas décadas del siglo XIX. En el último apartado de este capítulo se intentará, por consiguiente, reformular las hipótesis «eurocéntricas» de acuerdo con esta orientación.

Investigar por qué se dieron las crisis en la periferia y por qué en algunos casos condujeron a un gobierno extranjero, constituye el anverso y complemento de esta exposición modificada del imperialismo europeo. Esto, naturalmente, requiere un examen detallado de cada caso, y así se hará por territorios seleccionados en los capítulos siguientes. La construcción de modelos de tres de las situaciones más corrientes que tendieron a destruir el equilibrio existente entre los europeos y los demás pueblos, y posiblemente llevaron a la plena anexión de estos últimos, puede aclarar la naturaleza del enfoque periférico del imperialismo.

SUBIMPERIALISMO COLONIAL. Uno de los factores más evidentes en la extensión del imperio oficial fue la tendencia de las posesiones europeas ya existentes a desplegarse por sus alrededores. Pueden definirse dos situaciones características, una típica de las colonias de asentamiento europeo, la otra de

aquellas colonias en las que una pequeña minoría de europeos gobernaba una sociedad indígena. La expansión de los colonos era tan vieja como la colonización ultramarina europea. Cualquier grupo de emigrantes que fundaba un poblado a la orilla del mar en América, Africa del Sur o Australia consideraba la región situada más allá de la costa como una dote providencial para su existencia y crecimiento futuros. En un mundo todavía colonial las regiones más apropiadas para la ulterior expansión del colono fueron Australia, el sur y centro de Africa, el sur del Pacífico, de Siberia y el norte de Africa. Durante el periodo que abarca este estudio, tales tendencias fueron el origen de muchos de los problemas con que hubieron de enfrentarse en la periferia los gobiernos metropolitanos y, como veremos, fueron responsables directos de la expansión territorial en estas regiones. En este sentido el imperialismo puede considerarse como un clásico caso del perro metropolitano coleado por su rabo colonial.

El subimperialismo del colono es un fenómeno evidente. Menos clara fue la tendencia de casi todas las colonias, incluso de las pequeñas bases comerciales europeas en Africa y Asia, a extenderse por sus alrededores, sin consideración a las necesidades o deseos de la potencia imperial. Las razones fueron tan diversas como el carácter de los territorios: la inseguridad fronteriza, real o imaginaria; la necesidad de mayores ingresos aduaneros procedentes de los puertos cercanos; el deseo de controlar áreas de producción o rutas comerciales de las que dependía la economía colonial; las ambiciones o ideales de administradores, militares, misioneros y otros europeos empleados allí temporalmente. Con el mismo relieve hay que destacar que muchos, si no la mayoría, de los funcionarios coloniales llegaron a ver los problemas locales desde planteamientos más locales que metropolitanos, respondiendo como el camaleón al subimperialismo fronterizo, cualquiera que fuese la política oficial del gobierno imperial. De este modo el pensamiento oficial de la metrópoli tuvo su paralelo en casi todas las dependencias subalternas tropicales o subtropicales, engendrando cada una de ellas su propia forma de imperialismo autóctono.

Aunque importante como tendencia a la extensión del imperio oficial, el subimperialismo de las colonias europeas no agota el surtido potencial de interpretaciones periféricas de la expansión imperial. En muchos casos la clave de los acontecimientos reside en el análisis de las actitudes de los no europeos o de los efectos de los contactos oficiosos europeos con las sociedades y los gobiernos indígenas.

RELACIONES NO EUROPEAS. Una debilidad básica de muchas teorías eurocéntricas del imperialismo es que tratan a los no europeos como marionetas, mientras que la investigación moderna ha acentuado la grande y decisiva importancia del modo en que los pueblos indígenas reaccionaron a la intervención europea y a los problemas a ella vinculados. Tales reacciones son inherentes a un enfoque periférico de la expansión europea, pues está claro que en muchos lugares el principal estímulo, cuando no el único, a la ocupación extranjera y al dominio oficial fue el problema de las relaciones, cada vez más deterioradas, con los no europeos. Evidentemente tales problemas variaron muchísimo y no pueden reducirse a una fórmula. Pero para aclarar el concepto nos proponemos señalar tres situaciones características que, como se verá más adelante en los estudios de casos, pudieron llevar con el tiempo a la imposición del imperio oficial por una u otra de las potencias europeas.

La primera fue especialmente característica de Estados y sociedades de considerable fuerza y cohesión política o ideológica: por ejemplo, la mayoría de los Estados islámicos del Mediterráneo y Oriente Medio, los civilizados y cultos Estados del sudeste asiático y los más fuertes de los Estados «paganos» del Africa subsahariana. En estas regiones casi todos los Estados indígenas reaccionaron con fuerza, más pronto o más tarde, contra la presencia de europeos, ya como vecinos intrusos, ya como infiltrados que exigían derechos políticos o religiosos. En los Estados islámicos de Africa del Norte la resistencia llegó tarde, por lo general después de que un gobernante indígena fuera obligado, por debilidad financiera o de algún otro tipo, a transferir parte de su soberanía a «consejeros» extranjeros, y entonces tomó la forma de movimiento popular xenófobo de yihad (guerra santa) religiosa para librarse de la intervención extranjera. En diferentes circunstancias se produjo una resistencia equiparable en Afganistán, Turquestán, Birmania e Indochina; y en todos los casos la resistencia indígena al control oficioso extranjero terminó en anexión oficial. En cambio, muchos otros Estados poderosos, incluidos varios del Africa subsahariana, nunca aceptaron voluntariamente la soberanía oficiosa europea o la necesidad de una coexistencia pacífica; y con el tiempo los que se pensó que constituían un peligro para la seguridad de las posesiones europeas cercanas o que obstruían el comercio u otros objetivos europeos, fueron atacados y anexionados. Así, aunque no todos los Estados indígenas que se opusieron a la penetración europea se convirtieran

en dependencias oficiales, la resistencia fue a menudo el preludio de la anexión, cuando los intereses europeos fueron suficientemente importantes para justificar tal acción.

Una reacción alternativa a la presencia europea fue aceptarla y usarla. Muchos gobernantes no europeos obtuvieron considerables ventajas a corto plazo de la alianza con los europeos, adquiriendo dinero, armas de fuego o apoyo político contra sus rivales indígenas, políticos o territoriales como pago de una colaboración de muchas clases. Pero al final todas estas alianzas fueron el beso de la muerte. Más pronto o más tarde el equilibrio de fuerzas local se volvía contra los que habían tratado a los europeos como aliados e iguales. Muchos gobernantes se vieron desposeídos de su poder efectivo y utilizados como jefes de Estado títeres en un protectorado europeo; otros fueron depuestos cuando intentaron poner fin a un acuerdo o defender sus derechos. Virtualmente en todos los casos la colaboración indígena terminó en gobierno extranjero antes de 1914.

Una tercera consecuencia de la penetración oficiosa europea iba a darse en aquellos Estados indígenas débiles, cuyos sistemas políticos y sociales no podían resistir la presión extranjera. En muchas zonas de Africa y el Pacífico, donde las unidades políticas eran pequeñas y las religiones primitivas, la presencia de un pequeño número de comerciantes, plantadores, misioneros y aventureros europeos pudo erosionar las instituciones indígenas y la cohesión social. Las cosas fueron a peor por la rivalidad entre los europeos y por la intervención intermitente de sus fuerzas militares o navales. Al final tales lugares, en particular en el Pacífico, llegaron con frecuencia a un estado de desintegración interna que puede calificarse de «derrumbamiento». En este momento muchos gobernantes pedían protección europea oficial y por lo general se les daba a su debido tiempo, a veces de mala gana, porque los gobiernos europeos se sentían responsables tanto del bienestar de sus súbditos como de la conservación de la sociedad indígena. El imperio fue así el resultado imprevisto del desorden crónico causado por la penetración oficiosa europea.

En estos o parecidos términos se pueden explicar muchos aspectos de la colonización europea sin remitirse a las teorías eurocéntricas del imperialismo. El imperio se convierte en un organismo que se reproduce activamente, creciendo como un hongo de innumerables esporas, aventadas por el mundo gracias a la dispersión de la civilización europea en expansión. Este es un argumento atractivo y, como se verá, contiene sóli-

dos elementos de verdad, pero con dos reservas. Primera: aun cuando los factores periféricos puedan haber generado la mayoría de los problemas que llevaron a la anexión oficial efectiva, la decisión de resolverlos de tal modo hubo de tomarse en última instancia en la capital metropolitana. Por tanto, como último recurso, el historiador debe reexaminar el funcionamiento del pensamiento oficial en Europa tal como reaccionó ante problemas procedentes de las fronteras. Segunda: debe tenerse en cuenta el factor tiempo. Gran parte de las tendencias indicadas existían mucho antes de la década de 1880. ¿Por qué entonces culminaron durante las dos décadas siguientes y no antes ni después, y por qué afectó al mismo tiempo a territorios tan distintos por su situación y circunstancias? Evidentemente todos estos desarrollos periféricos fueron en cierto sentido integrados en un único modelo histórico en algún periodo de finales del siglo XIX; de otro modo no se podría hablar con propiedad del imperialismo como fenómeno colectivo. Por ello, es obligación del historiador que empieza su investigación en la periferia demostrar cómo y por qué sucedió esto; y de nuevo debe volver a Europa para descubrir por qué los gobernantes de los distintos Estados decidieron resolver un problema tan dispar en gran medida del mismo modo y al mismo tiempo.

IV. INTERPRETACIONES ECONOMICAS Y OTRAS INTERPRETACIONES DEL IMPERIALISMO: REFORMULACION

A la luz de este breve examen de las opuestas interpretaciones económica, política, ideológica y periférica del imperialismo decimonónico, ¿cuál es el enfoque más satisfactorio para el historiador de la economía? Una conclusión preliminar debe ser que, aunque ninguna de estas explicaciones puede servir por sí sola como explicación «total» de tan complejo proceso, cada una contiene elementos de verdad. Queda claro que se necesita una síntesis que, partiendo del principio de que las respuestas correctas proceden sólo de las preguntas adecuadas, pueda utilizarse como punto de partida para una investigación de la relación precisa entre la economía y la construcción del imperio. Será conveniente empezar con una breve recapitulación de los puntos fuertes y débiles evidentes en las dos interpretaciones económicas convencionales del imperialismo y considerar luego si sus deficiencias pueden subsanarse incorporán-

doles conceptos derivados de las explicaciones política, ideológica o periférica.

En los capítulos 2 y 3 se indicó que la paradoja de las teorías del imperialismo basadas en el comercio o la inversión de capital consistía en que, mientras que podía lógicamente haberse predicho la apropiación real de territorio ultramarino sobre la base de las tendencias económicas consolidadas después de 1880, las líneas de la causalidad histórica rara vez corrieron en una dirección lógica. Por una parte las depresiones cíclicas acompañadas del levantamiento de barreras arancelarias en Europa y los Estados Unidos podían estimular a los comerciantes a exigir nuevas colonias tropicales como mercados seguros y como fuentes de materias primas baratas; mientras que por otra parte el miedo a que bajaran los tipos de interés junto con la superproducción, dentro de economías en régimen de trust y protegidas, podía dar lugar a una mayor inversión en ultramar, acompañada de adquisiciones de territorio para afianzar las empresas productivas. Sin embargo, los primeros datos acerca de estas tendencias macroeconómicas indican que tales expectativas rara vez se cumplieron en esta forma precisa. Los comerciantes europeos mostraron poco deseo de poseer nuevas colonias en Africa o Asia como mercados sustitutivos, pero exigieron que se mantuviera la «puerta abierta» en los Estados independientes dondequiera que se viera amenazada. Por su parte, los hombres de Estado durante lago tiempo no vieron una conexión necesaria entre la protección arancelaria y el colonialismo, y sólo construyeron ingeniosas hipótesis para relacionar ambos como causa y efecto tras de una década de colonización activa. También los inversores parecieron no ver las ventajas potenciales de las colonias oficiales en las regiones menos desarrolladas. Con pocas excepciones, no invirtieron grandes sumas de capital en aquellos territorios que posteriormente se anexionaron las potencias europeas; y permanecieron notoriamente reacios a invertir en las colonias después de la anexión, a menos que hubiera alguna oportunidad especial de beneficio o que los gobiernos garantizaran unos beneficios mínimos. En cambio, al mismo tiempo los bancos, las compañías especuladoras y los inversores privados estaban gastando dinero con prodigalidad en los Estados soberanos de Europa y en varias dependencias coloniales fundadas hacía mucho. Si los nuevos imperios se construyeron para salvar al capitalismo del estancamiento que se esperaba que acompañase

a su madurez, resultaron por consiguiente particularmente inútiles.

Visto, entonces, como expresión de las necesidades de la economía europea, el imperialismo territorial se convierte en un despropósito. Pero esto no invalida necesariamente el enfoque económico del imperialismo. Visto como factor periférico en relación con lugares y acontecimientos específicos, el caso es completamente distinto. El imperialismo económico nacional del comercio y la inversión europeos creó las «semicolonias» o «colonias comerciales» descritas por Lenin; sin embargo, el imperio territorial podía ser todavía un producto de la actividad económica europea a un nivel microeconómico. Las plantaciones de copra de Samoa significaban poco para la industria alemana o los bancos de inversión, pero eran importantes tanto para algunas firmas comerciales alemanas como para los isleños del Pacífico. La prosperidad británica no dependía del aceite de palma del delta del Níger, pero algunas firmas comerciales de Liverpool tendrían pérdidas importantes si su comercio en dicho lugar se veía dificultado por gobernantes africanos monopolistas o rivales europeos. La bancarrota de un Estado islámico de Africa del Norte no causaría pánico en las bolsas de Londres y París, pero, si sucedía, los gobiernos de ambos países se verían presionados por los obligacionistas para tomar medidas reparadoras, y la intervención en su favor bien podría tener consecuencias de largo alcance en El Cairo, Túnez o Fez. A este nivel sí puede esperarse hallar pruebas de que los factores económicos influyeron en las actitudes europeas con respecto al mundo menos desarrollado de fines del siglo XIX y es perfectamente concebible que empresas económicas intrínsecamente muy pequeñas y problemas de poca importancia pudieran tener una influencia desproporcionada sobre la marcha general de los acontecimientos.

Este al menos es el enfoque que se va a adoptar en los capítulos siguientes. Invirtiendo el orden convencional de investigación, se hará un intento, en cada país de ultramar considerado en los estudios de casos, de analizar los testimonios que indiquen que los intereses económicos europeos reales o en proyecto pudieron ser importantes para que una potencia europea decidiese imponer un dominio oficial. En este punto los factores específicamente económicos han de relacionarse con los otros aspectos del problema político, la actitud de la opinión pública y los criterios del pensamiento oficial. Este es en realidad el eje de la interpretación histórica y la principal preocupación de este libro. Una cosa es demostrar que algún interés

económico estaba en juego en alguna crisis periférica y otra completamente distinta probar que tal era el principal o el único determinante de la política oficial. Para medir el equilibrio de fuerzas es esencial exponer el encadenamiento por el que el problema microeconómico influyó sobre la política en su nivel más alto. Es, en efecto, engañosamente fácil suponer que tal influencia lograse normalmente su objetivo. Hobson, por ejemplo, pretendía que las «finanzas» podían ejercer siempre la influencia necesaria en la «alta política», ya de forma directa, ya a través del «control que ejercen sobre el cuerpo de la opinión pública por medio de la prensa...» [15]. Lenin suponía de igual modo que los capitalistas financieros estaban tan íntimamente ligados a la burocracia, en particular en Alemania, que la política del Estado se ponía de forma automática al servicio de sus intereses [16]. ¿Era esto así? Y si no era invariablemente así, ¿cómo bailaría un gobierno europeo al son que los comerciantes o inversores tocaran? Como el propósito de este apartado introductorio del libro es plantear problemas más que resolverlos, se intenta en este momento sólo delimitar con precisión el problema esencial que plantea esta pregunta en la forma de un silogismo cuyas dos primeras premisas se basan en una visión generalizada de las actitudes características de los estadistas y funcionarios europeos de mediados del siglo XIX, según quedan bosquejados más arriba.

1. El uso de la fuerza o la anexión oficial de un territorio ultramarino por un Estado europeo era una acción política que, por convención de mediados del siglo XIX, sólo debía utilizarse para resolver problemas esencialmente políticos, de importancia inmediata para la nación en su conjunto y no para ulteriores intereses privados y apolíticos.

2. Los problemas económicos del mundo no europeo no tenían una conexión necesaria con los problemas políticos y se partía del supuesto de que debían ser resueltos, y normalmente lo eran, con medios económicos apropiados, sin incluir la anexión oficial de un territorio.

3. Por tanto, cuando se utilizaba la fuerza armada o la anexión oficial de un territorio en relación a lo que eran al parecer problemas fundamentalmente económicos en ultramar, es razonable suponer que sucedía una de éstas dos cosas: o que

[15] Hobson, *Imperialism*, p. 67.
[16] Lenin, *Imperialism*, pp. 51 *ss.* [*El imperialismo*, pp. 729 *ss.*].

el Estado metropolitano había cambiado de actitud hacia tales problemas, o que los problemas esencialmente económicos se habían convertido de algún modo en problemas políticos que requerían una solución política.

No se intenta ahora elaborar o evaluar estas simples proposiciones. Pueden o no resultar exactas cuando se sometan a la prueba de los hechos. Pero al menos indican que la pregunta fundamental acerca del imperialismo económico puede reformularse en los siguientes términos: ¿en qué circunstancias, en Europa o en la periferia, estaban dispuestos los gobiernos europeos, en el periodo 1830-1914, a utilizar medios políticos con el fin de resolver problemos económicos? La función de los siguientes capítulos es aducir las pruebas necesarias para contestar a esta pregunta, que será revisada en el último capítulo.

Cuarta parte

CONCLUSIONES

13. EL PAPEL DE LA ECONOMIA EN LA EXPANSION DE LOS IMPERIOS, 1880-1900

Este libro se ha interesado por un problema central: la importancia de los factores específicamente económicos (inversión, comercio, etc.) como fuerzas que han contribuido al crecimiento del imperio oficial europeo en ultramar. Pero al enfocar esta cima historiográfica se encontró necesario abordar dos problemas conceptuales preliminares: primero, si hubo una discontinuidad básica entre el imperialismo de mediados y de finales de siglo; y, segundo, si el imperialismo expresó el carácter «real» del capitalismo en evolución dentro de Europa o si fue simplemente una respuesta de Europa a las cambiantes circunstancias de la periferia. Nos proponemos revisar muy brevemente los datos existentes sobre estos dos temas estrechamente relacionados antes de hacer frente a la cuestión básica.

I. CONTINUIDAD

Se ha apuntado más arriba que la cuestión de la continuidad en la historia del imperialismo del siglo XIX es conceptualmente muy importante a causa de la creencia ampliamente difundida de que la expansión ocurrida entre más o menos 1880 y 1914 fue producida por factores fundamentalmente «nuevos» dentro de Europa. Se ha puesto en duda la probabilidad *a priori* de este supuesto en los capítulos preliminares y los estudios de casos regionales han mostrado que en sustancia es incorrecto para la mayoría de las áreas envueltas en el proceso imperialista. Sin recapitular los datos puede decirse con cierta seguridad que en la gran mayoría de los lugares había sustanciales intereses europeos, tomaran éstos formas económicas, políticas, religiosas u otras, bastante antes de 1880 y que en muchos de estos lugares las condiciones eran ya tan críticas que se podía predecir con facilidad algún cambio radical. Esto no fue, desde luego, invariablemente cierto. A pesar de la limitada actividad europea no había razón en 1880 para pensar que gran parte del Africa subsaharia-

na sería anexionada en un futuro predecible. Pero aun allí la continuidad puede rastrearse desde los puntos existentes de intervención europea: desde el Senegal y el delta del Níger hasta el Sudán occidental; desde Africa del Sur hasta Africa central; desde Zanzíbar hasta Africa oriental, desde Egipto hasta el Sudán egipcio. Con toda claridad, la novedad del imperialismo de fines del siglo XIX hay que buscarla en la velocidad y universalidad del avance europeo y no en el mero hecho de que sucediera. Era el fin de una vieja historia, no el comienzo de una nueva.

II. CRISIS Y COINCIDENCIA EN LA PERIFERIA

Lo necesario, pues, es explicar por qué las ya existentes tendencias hacia la expansión en ultramar se aceleraron y ampliaron de forma tan espectacular en los años posteriores a 1880. En los capítulos 2 al 4 se consideraron varias explicaciones «eurocéntricas» de esta tendencia: la necesidad para el capitalismo avanzado de campos adicionales en que invertir el capital «excedente»; la necesidad de nuevos mercados causada por el proteccionismo intensificado; las consecuencias diplomáticas de las nuevas relaciones políticas internacionales; y el jingoísmo de los Estados nacionales. También se vio que todas estas explicaciones eran en algún grado inadecuadas, aunque cada una de ellas contenía algunos elementos válidos. La alternativa lógica a todas estas hipótesis «eurocéntricas» fue un enfoque basado en gran parte en la coincidencia en la periferia. El «imperialismo» ¿es sencillamente un término que sintetiza una aglomeración de sucesos sin relación causal que sucedieron en gran extensión y al mismo tiempo en diferentes partes del mundo? Si así es, ¿por qué el periodo crítico del imperialismo se dio en estos treinta años posteriores a 1880?

De nuevo, sin recapitular los datos, es evidente que hacia 1880 un gran número de problemas de la periferia, procedentes todos de condiciones locales y diferentes, exigían o invitaban simultáneamente a la acción o decisión de las potencias europeas concernidas. El hecho importante es que, por primera vez en la historia moderna, estos problemas locales estaban tan extendidos y las potencias europeas afectadas eran tan numerosas que colectivamente constituían una crisis general en las relaciones entre Europa y el mundo menos desarrollado. Sería ahistórico afirmar que el resultado sólo podía ser la colonización rápida y universal, pues en el pasado muchos problemas locales similares habían sido tratados de forma aislada y no habían

servido de estímulo para una arrebatiña general de colonias. La verdadera novedad de los primeros años de la década de 1880 fue, por tanto, que en esta ocasión los estadistas de Europa adoptaron soluciones políticas positivas y generales en vez de paliativos. ¿Por qué? Los que proponen explicaciones «totales» del imperialismo insisten, naturalmente, en la inevitabilidad de esta decisión: los estadistas tenían que efectuar anexiones para satisfacer las necesidades nacionales de campos de inversión, fuentes de materias primas, mercados, etc. Sin embargo las pruebas de que disponemos sugieren que las decisiones de los políticos eran mucho más vacilantes de lo que habría cabido esperar de hombres que actuaban bajo fuertes presiones o con claros objetivos. En realidad el imperialismo de los primeros años de la década de 1880 consistió más bien en una serie de soluciones *ad hoc*, en gran parte desconectadas entre sí, a problemas diversos, que adquirieron su significado colectivo sólo cuando retrospectivamente se vieron como un todo.

Sin embargo, no debemos refugiarnos en el oscurantismo. Aun cuando los estadistas, los comerciantes, los banqueros, los misioneros y los exploradores no tuvieron una clara visión del imperio universal y anduvieran buscando a tientas soluciones fragmentarias a problemas individuales, subyacente a todo el proceso había un innegable elemento de determinismo histórico. Estas múltiples crisis y su sincronización eran simplemente síntomas de un cambio profundo en la patología de las relaciones internacionales. La crisis mundial era real y tenía que encontrarse una solución. Hacia 1880 había un fundamental desequilibrio entre Europa y la mayor parte del mundo menos desarrollado. Nunca había poseído un continente tan inmensa ventaja de poder sobre los otros o estado en tan estrecho contacto con ellos. Tesis y antítesis iban a producir una nueva síntesis. Sería equivocado sugerir que ésta debía tomar de manera inevitable la forma de dominio colonial oficial: en realidad la tutela oficiosa basada en los tratados resultó una alternativa permanente y satisfactoria en muchas partes del mundo, y fue probada en otros lugares que posteriormente se convirtieron en colonias oficiales. Pero esto requería circunstancias especialmente favorables. Cuando éstas faltaban —donde, por ejemplo, los Estados indígenas eran demasiado débiles para proporcionar una estructura satisfactoria para la empresa europea y donde la rivalidad entre los Estados europeos era excesiva— la anexión unilateral parecía la mejor solución satisfactoria y posiblemente la única.

¿Implica esto que el imperio oficial era impuesto invariablemente por la razón en gran parte negativa de que las potencias de Europa eran incapaces de enfrentarse de forma colectiva a los problemas de interés común? ¿No existía un deseo positivo de poseer colonias como medio necesario de conseguir objetivos nacionales particulares en un territorio ultramarino? Los testimonios antes examinados hacen suponer que este deseo existió, pero fue menos común o importante en los primeros años de la década de 1880, antes de que la anexión unilateral se convirtiera en una técnica aceptada, de lo que por lo general se ha supuesto. La exigencia más decidida de colonias oficiales en este periodo vino de una pequeña minoría de imperialistas intelectuales en el continente que, tomando las colonias y la India británicas como modelo, creían que la plena incorporación de un territorio ultramarino al Estado nacional era un requisito previo para ponerlo al servicio de sus propósitos (emigración, produción en plantaciones, mercados protegidos, etc.). A principios de la década de 1890 el orgullo de la posesión se convirtió en una fuerza adicional que contribuyó al control oficial cuando el sentimiento popular se hizo intermitentemente jingoísta. Pero, en la década crucial posterior a 1880, cuando se forjó el reparto, es difícil hallar muchos casos en que la anexión pueda achacarse a la creencia positiva de un estadista europeo de que nada fuera de la plena posesión serviría a los intereses nacionales. Independientemente de lo que dijeran más tarde para nacionalizar y justificar sus políticas, la mayoría de los hombres de poder y responsabilidad creyeron necesario construir imperios oficiales porque la marea de acontecimientos barrió todas las soluciones alternativas a las crisis que empeoraban rápidamente en la periferia. El colonialismo no fue una elección sino un último recurso.

Ahora es posible dar respuestas razonablemente seguras a las dos cuestiones preliminares suscitadas al comienzo de este capítulo. Primero, parece ser que la supuesta discontinuidad entre el «antiimperialismo» de mediados del siglo XIX y el «nuevo imperialismo» de finales de siglo es en gran parte ilusoria, resultado de concentrar la atención en Europa más que en las condiciones existentes en el mundo exterior. Las condiciones que produjeron la rápida extensión del imperio oficial europeo en la década de 1880 y de allí en adelante se desarrollaron a lo largo de amplios periodos de tiempo, aunque éstos variaron en extensión de un área a otra. En términos más generales, las relaciones existentes entre los europeos y muchos otros pueblos estaban haciéndose inherentemente inestables y, viéndolas en retrospectiva parece obvio que era necesaria alguna forma de reajuste. Al mismo tiempo la proliferación de las actividades europeas en este mundo exterior, en particular allí donde las estructuras políticas eran insuficientes para servir de marco a la competencia entre los europeos, produjo la urgente necesidad de controles efectivos. El efecto compuesto de éstas y otras fuerzas fue que a principios de la década de 1880 existía un número importante de zonas de tensión o crisis en las que estaban implicadas un número sin precedentes de potencias europeas. Estos problemas podían haber sido tratados de otros modos, pero, de hecho, las potencias hallaron conveniente o necesario resolver muchos de ellos por la división territorial y la posesión más o menos oficial.

Si se adopta esta interpretación general, puede haber pocas dudas acerca de la relativa importancia causal de los factores «eurocéntricos» y «periféricos» en la producción de la expansión imperial. Aunque las actitudes europeas estaban a menudo influenciadas por fuerzas internas, los datos de que disponemos indican que la acción positiva comenzaba por lo normal como respuesta a los problemas u oportunidades periféricos existentes más que como producto de una calculable política imperialista. En la década de 1890 esta relación entre las influencias externas e internas cambió cuando los estadistas y la opinión pública europeos empezaron a pensar que cada Estado debía formular sus reclamaciones ultramarinas o ver cómo se perdían sus intereses nacionales por omisión. Pero este tipo de imperialismo metropolitano reflejaba más la experiencia de la década de 1880 que la absoluta necesidad por parte de Europa de un imperio ultramarino. En términos generales debe concluirse que Europa se vio arrastrada hacia el imperialismo por la fuerza magnética de la periferia.

III. EL PAPEL DE LOS FACTORES ECONOMICOS

Queda la última cuestión y la más difícil: el papel de los factores económicos en este complejo de crisis y coincidencia. Los testimonios examinados en este libro permiten dar respuestas a dos niveles: primero, a un alto nivel de generalidad , a la convencional pregunta general «¿fue el imperio oficial la consecuencia necesaria de las necesidades y ambiciones económicas?»; segundo, en los términos más rigurosos definidos al final del capítu-

lo 4: «¿bajo qué circunstancias estaban los gobiernos europeos dispuestos a utilizar métodos políticos para resolver problemas económicos?» Nos proponemos dar breve contestación a ambas preguntas.

Primero, puede hacerse una afirmación razonable, aunque no muy útil en realidad: la de que virtualmente toda la expansión europea en el periodo que abarca este libro estuvo en alguna medida y en algún grado influida por la economía. Dondequiera que se mire, el móvil del beneficio está impuesto en la historia. Sus formas fueron, naturalmente, legión: empréstitos bancarios en el Africa islámica; búsqueda de aceites vegetales en Africa occidental; búsqueda de tierras y oro en Africa meridional y central; problemas de madera y comercio en la Alta Birmania; determinación de usar Tonkín como ruta comercial hacia China meridional; competencia por las concesiones en China; problemas de comercio, mano de obra contratada y tierras en el Pacífico. Ignorar estos factores haría absurda la expansión de Europa.

Pero una conclusión tan general es casi inútil. La cuestión vital no es la posibilidad de encontrar motivos económicos para el imperio, lo que está fuera de duda, sino el modo en que operaron las fuerzas económicas para producir el dominio oficial europeo. En suma, la adquisición de las colonias ¿se debió a que el carácter especial de los intereses económicos europeos en estos territorios hacía necesario gobernar tanto como comerciar o intervenir en ellos; o a que de algún modo, posiblemente tortuoso, los factores económicos crearon problemas secundarios que podían resolverse mejor o más fácilmente con la anexión oficial? Para contestar a esta pregunta es necesario reexaminar las pruebas con algún cuidado.

La respuesta concisa, que es la conclusión más importante que se desprende de los datos estudiados en este libro, es que los gobiernos europeos estaban normalmente dispuestos a usar métodos políticos para resolver los problemas relacionados con la empresa económica europea en la periferia sólo cuando ésta se enfrentaba con algún obstáculo no económico de otro modo insuperable; o, de modo alternativo, cuando la actividad económica causaba algún problema estrictamente no económico que de nuevo exigía la acción política. El lazo entre economía e imperio no era, por tanto, necesario e inmediato sino coincidente e indirecto. La empresa económica causaba a veces problemas políticos que tenían que ser resueltos por medio de métodos políticos.

Pero ésta es, de nuevo, una afirmación general que oculta variaciones muy amplias en la relación entre las fuerzas «económicas» y «políticas» en una situación dada. Para resolver la cuestión mucho más importante de cómo y por qué mecanismo los factores económicos afectaban al proceso de toma de decisiones conducentes al imperio oficial, nos proponemos dividir los territorios antes examinados en tres amplias categorías, según la relación manifiesta entre los factores económicos y de otro tipo que contribuyeron al imperio oficial.

La primera categoría incluiría a todos los territorios que, desde el comienzo, plantearon problemas esencialmente políticos o estratégicos a los gobiernos europeos: fueron tratados como asuntos de primera importancia para el interés nacional; y no arrojan, por tanto, mucha luz sobre la influencia de los factores económicos sobre la política oficial. Este grupo es importante pero muy pequeño. Las tierras fronterizas de Asia central y la India británica fueron consideradas por Rusia y Gran Bretaña por igual como problemas de seguridad desde el principio al fin y el valor económico que pudieran tener nunca se tomó seriamente en consideración. Del mismo modo, el control político de la zona del canal de Panamá fue sobre todo un imperativo estratégico para los Estados Unidos, aunque también sirviera a la navegación norteamericana hacia el Extremo Oriente. Se podrían añadir muchos otros ejemplos, consistentes principalmente en islas o pequeños enclaves adquiridos como bases navales y puestos telegráficos: Kiautschau, Wei-hai-wei, Port Arthur, Guam, Rapa, Manila.

Mucho mayor y más interesante es la segunda categoría, que incluye los territorios en los que la intervención europea provino de alguna forma de actividad económica, pero que fueron finalmente anexionados porque se juzgó que se había desarrollado allí algún interés nacional importante, más que por razones estrictamente económicas. En el caso de Francia, Tunicia y posiblemente Marruecos entran dentro de esta categoría. En el de Gran Bretaña, Egipto, el valle del Nilo y Africa oriental, las repúblicas de los bóers de Africa del Sur, Pegu y la Alta Birmania, Nueva Guinea y otras islas del Pacífico consideradas por los australasiáticos como vitales para su seguridad, y los Estados de Malasia occidental. En el caso de Rusia, las áreas adyacentes al Amur y al Ussuri y partes de Manchuria podrían incluirse razonablemente en la misma lista. Es probable que ninguna colonia alemana cumpliera estos requisitos. ¿Por qué proceso estos lugares en que la intervención europea empezó con alguna forma de empresa económica llegaron a ser conside-

rados como vitales para el interés nacional y anexionados por motivos abiertamente políticos más que económicos? La respuesta es que esta transmutación ocurrió siempre que un gobierno europeo decidió que algún factor importante para la política o la seguridad estaba surgiendo de una situación que había parecido inicialmente relacionada sólo o principalmente con cuestiones de comercio o inversión. Por ejemplo, la decisión de invadir Tunicia se tomó en 1881 porque entonces se hizo inequívocamente claro que los intereses franceses allí ya no eran sobre todo económicos (la seguridad de las obligaciones tunecinas poseídas por franceses o las oportunidades de adquirir concesiones económicas) sino que se habían vuelto políticos (impedir la inminente ocupación italiana de una región que limitaba con Argelia y afectaba al poder estratégico en el sur del Mediterráneo). Del mismo modo, aunque el endémico desorden en los Estados malayos no daba pie a la intervención británica mientras los únicos afectados fueran los intereses de la minería de estaño, de pronto se convirtió en un asunto político urgente cuando, en 1873, el ministerio de las Colonias terminó por convencerse de que el desorden interno podía conducir a una intrusión política extranjera en un área de predominio británico. Se recordará que hechos semejantes se produjeron en todos los otros territorios de la lista. En cada caso los factores económicos crearon problemas secundarios no económicos; y el punto importante es que fue sólo en esta etapa posterior, en que los factores económicos habían sido «politizados», cuando los estadistas europeos vieron la imperiosa necesidad de imponer el control político oficial. Una vez que se aceptó esta necesidad, la colonización pudo ser, y comúnmente fue, justificada ante la crítica sobre la base tradicional del interés nacional, con independencia de los sucesos económicos específicos de los que había surgido la crisis.

Pero ¿qué sucede con la aún mayor categoría restante: la de los lugares en que el interés europeo original era económico, donde no se juzgaron aplicables nunca consideraciones políticas o estratégicas de importancia y cuya anexión, por tanto, sugiere una nueva disposición oficial, y quizá incluso un entusiasmo, a usar el poder político en apoyo de unos intereses económicos nacionales o sectoriales? ¿Puede mantenerse aún que en estos casos el pensamiento oficial sólo proporcionaba apoyo político cuando había que resolver un problema estrictamente político? Si es así, ¿cuándo y por qué razón los gobiernos de Europa llegaron a estar más dispuestos en la década de 1880 a intervenir

en tales situaciones simplemente para facilitar la empresa económica en ultramar?

Aclarará el problema repetir el tipo de solución que, según era de esperar, las potencias europeas aplicarían a la gran variedad de problemas económicos susceptibles de producirse en la periferia si persistiesen en los supuestos y técnicas normalmente considerados como característicos de mediados de siglo. Los testimonios estudiados en la segunda parte de este libro sugieren que en este periodo los gobiernos metropolitanos habían intentado restringir su intervención y responsabilidades a un mínimo, pero no que se negaban invariablemente a actuar. Cuando, por ejemplo, un gobierno no europeo ponía obstáculos a la actividad comercial «legítima» de los europeos en su territorio, el primer paso antes de 1880 era la negociación, posiblemente en conjunción con otros gobiernos europeos interesados. Si fracasaba y el asunto parecía suficientemente importante, podía usarse una fuerza limitada para lograr un cambio de actitud. Los ejemplos clásicos de esto fueron las repetidas guerras navales con China de 1839 a 1885, cuyo principal propósito era persuadir a Pekín a firmar tratados que proporcionaran libertad de acceso para los comerciantes extranjeros, y las similares demostraciones navales hechas por Francia contra Annam en 1847 y 1885, aunque en este caso el principal interés francés era la seguridad para los cristianos. En Africa occidental se usó desde principios del siglo XIX hasta mediados de la década de 1880 una mezcla similar de tratados, presiones consulares y cañoneros para hacer frente a los complejos problemas resultantes del comercio europeo en expansión sin recurrir a responsabilidades territoriales. Parecidas técnicas se usaron en Latinoamérica y el Pacífico Sur.

Estos métodos fueron ciertamente característicos del «imperialismo del librecambio». El hecho importante es que no fueron los únicos métodos adoptados por los gobiernos metropolitanos. Los estudios de casos en la segunda parte muestran que en un considerable número de lugares las potencias europeas recurrieron a una extensión del control oficial antes de 1880 y que por aquella fecha la anexión era predecible en varios otros. En cada caso había razones especiales para el control territorial; sin embargo, es significativo que en varios territorios adquiridos antes de 1880, especialmente Lagos, Malasia, Hong Kong, las Fidji y Nueva Zelanda, el gobierno formal fue impuesto cuando surgieron problemas esencialmente no económicos de la actividad económica o de los proyectos de la iniciativa europea que las técnicas oficiosas parecieron incapaces de re-

solver. Este hecho hace suponer que no había nada fundamentalmente «nuevo» en el enfoque por parte de los estadistas y funcionarios de tales problemas económicos y de sus consecuencias prácticas durante el periodo posterior a 1880 aproximadamente.

Los hombres que hacían la política europea a finales del siglo XIX heredaron, por tanto, dos métodos alternativos de enfrentarse a aquellos problemas económicos en la periferia que presentaban alguna dificultad no económica y no afectaban a cuestiones de importancia nacional. Lo realmente importante es que continuaron usando ambas técnicas hasta 1914 y después. En primera instancia la mayoría de las potencias preferían aún usar armas diplomáticas o confiar en la influencia oficiosa; y en algunos lugares nunca encontraron necesario ir más lejos. En 1914 los intereses europeos y norteamericanos en el imperio turco, el golfo Pérsico, Afganistán, Siam, Japón, China y Latinoamérica se basaban aún en su mayor parte en una mezcla de tratados e influencia oficiosa. En otros lugares que finalmente se convirtieron en colonias o protectorados las potencias se atuvieron a las «esferas de influencia» o confiaron en tratados de protectorado que no implicaron un control político efectivo hasta bien entrada la década de 1890: por ejemplo, en gran parte de Africa oriental y central, en Madagascar y en el Pacífico. Cuando se adoptó finalmente el dominio oficial todavía se consideraba, por lo general, como un modo tosco y costoso de resolver problemas secundarios si no afectaban a asuntos de importancia estratégica o política para la metrópoli.

No hubo, por tanto, un momento preciso en el que el pensamiento oficial de los Estados europeos rechazara los supuestos y las técnicas que les habían servido bastante bien a los gobiernos de mediados de siglo. Sin embargo, es innegable también que el recurso al control territorial llegó a ser mucho más frecuente en la década de 1880 y que en la de 1890 se convirtió en el modo habitual de resolver los problemas periféricos resultantes de las actividades europeas económicas y de otra índole. ¿Por qué sucedió esto? Los datos sugieren dos respuestas posibles, más complementarias que contradictorias. Primero, que la aceleración de las tendencias existentes en la periferia, junto con las crecientes rivalidades internacionales, hizo que la empresa económica diera lugar a problemas políticos con mayor frecuencia de lo que lo había hecho antes. Segundo, que los estadistas y funcionarios permanentes se acostumbraron a usar medios políticos para resolver estos problemas, aceptando lo inevitable de un mundo cambiante, o llegaron a creer gradualmente en la positiva deseabilidad del imperio. La primera hipótesis

puede atestiguarse con la breve recapitulación de las pruebas existentes región por región, la segunda considerando las actitudes cambiantes de los funcionarios en cada uno de los principales Estados «imperialistas».

Hay, en efecto, fuertes motivos para pensar que la creciente disposición a recurrir al dominio oficial fue en primer lugar una respuesta a la creciente presión de los acontecimientos después de 1880 aproximadamente. Se ha sugerido más arriba que una posible explicación no dogmática de la sincronización del «nuevo imperialismo» en las décadas de 1880 y 1890 es que éste fue un periodo de «crisis general» en el que los problemas pendientes en muchos lugares de la periferia fueron exacerbados por la intervención de un número siempre creciente de europeos. Puede ser, por tanto, conveniente examinar una vez más casos concretos para demostrar cuándo y por qué después de 1880 los hombres de Estado llegaron al parecer a la conclusión de que los problemas políticos relacionados con la empresa económica extranjera requerían soluciones políticas oficiales.

En Africa occidental el antiguo proyecto francés de explotar la riqueza del interior del Sudán pareció desde el comienzo requerir y justificar la conquista y ocupación militar porque hacia 1880 los funcionarios y soldados estaban convencidos de que los Estados islámicos de la región constituían un problema insoluble de otro modo. En este caso, sin embargo, debe reconocerse que la planificación reflejaba más la impaciencia por parte de los políticos del momento en París que la alteración radical de las circunstancias en la periferia. En la costa occidental la acción política se hizo necesaria para todas las potencias interesadas porque los problemas fiscales y jurídicos a largo plazo de las pequeñas colonias existentes se intensificaron después de 1880 por la creciente competencia internacional y porque existía un miedo mutuo a que alguna otra potencia cerrara los mercados existentes imponiendo tratados de protectorado a los gobernantes africanos en áreas claves. En la región del Congo los planes de Leopoldo de crear una empresa comercial totalmente oficiosa condujeron a una división territorial oficial entre el Estado Libre del Congo y otras potencias porque al principio los franceses supusieron que la firma de tratados por parte de Leopoldo le daría el exclusivo control político y económico y por eso plantearon reclamaciones contrarias a la defensiva; y luego porque otras potencias no estaban dispuestas a aceptar un régimen francés proteccionista en toda la cuenca del Congo. En Africa del Sudoeste Bismarck decidió proteger la concesión de Lüderitz en 1884 en parte porque no pudo obtener

una clara garantía británica de seguridad política para esta empresa económica privada. En Africa oriental Bismarck apoyó de igual modo la empresa de Karl Peters porque se temía con razón que los británicos pudieran de otro modo tratar de bloquear la adquisición alemana de tierras en un área de tradicional primacía británica; mientras que los británicos llegaron a considerar el acceso a los grandes lagos como un importantísimo interés nacional británico. En Africa central el deseo de satisfacer a los imperialistas de la colonia del Cabo, interesados sobre todo por el beneficio económico, constituyó un motivo esencialmente político para establecer una esfera británica de interés y más tarde protectorados.

En Asia sudoriental y el Pacífico a principios y mediados de la década de 1880 se produjo un cambio similar de lo económico a lo político en el carácter de los problemas locales. En la Alta Birmania el cambio tuvo lugar en 1885; en Indochina entre 1880 y 1885, cuando los franceses tuvieron que reconocer que el proyecto casi enteramente mercantil de abrir una ruta comercial a través de Tonkín hasta China estaba bloqueado por obstáculos políticos y, al mismo tiempo, que el control oficioso sobre Annam había llegado a ser peligrosamente ineficaz. En China la crisis se produjo una década más tarde, cuando los efectos de la guerra chino-japonesa parecieron amenazar el sistema establecido de derechos comerciales basados en la presión política oficiosa. En este caso, sin embargo, las potencias pudieron finalmente evitar soluciones políticas oficiales. En el Pacífico, Birmarck se sintió obligado a declarar un protectorado sobre parte de Nueva Guinea porque el intento de Qeensland de anexionar toda el área, producto a su vez de la preocupación por la seguridad política australiana así como del interés por el tráfico de mano de obra, creó una amenaza política a la actividad económica alemana. Las reclamaciones alemanas en Samoa fueron igualmente el resultado de complejos factores políticos, incluyendo la lucha indígena por el poder político, los alineamientos tácticos de los cónsules extranjeros y la simbólica importancia dada a Samoa por los nacionalistas metropolitanos. De nuevo un intento de Nueva Zelanda en 1883 de conseguir el control británico encendió la mecha de la crisis. Los británicos no desearon en ninguna etapa anexionar las islas del Pacífico; pero se hallaron bajo fuertes presiones de Australia y Nueva Zelanda para proteger a varias islas que, a los ojos de los colonos británicos en la región, constituían un interés nacional de primera clase por motivos de seguridad, así como un campo para el comercio colonial, la inversión y la empresa misionera.

Los británicos respondieron finalmente a estas presiones por la razón política de que no deseaban enemistarse con las colonias autogobernadas en un momento en que Gran Bretaña estaba intentando reintegrar su Imperio. Los franceses adoptaron una postura igualmente defensiva y política con respecto a las islas del Pacífico cercanas a Tahití; y en las Nuevas Hébridas estaban ansiosos de impedir la esperada anexión británica que a su vez pedía Australia como defensa contra la ocupación francesa.

En términos generales, pues, los datos parecen apoyar muy ampliamente la afirmación de que después de 1880 más o menos el dominio europeo oficial fue impuesto normalmente por los gobiernos metropolitanos en los lugares donde los intereses nacionales básicos eran económicos no porque la actividad económica misma requiriera el imperio oficial, sino porque en cada caso existía algún problema no económico que no podía resolverse por medios oficiosos. Ello también refuerza la hipótesis de que una nueva disposición a emprender tal acción se desarrolló en la década de 1880, y no antes, porque los problemas pendientes se hicieron más intensos en la primera mitad de esa década. En la medida en que es aceptable, proporciona una solución conceptualmente satisfactoria a la cuestión de por qué los estadistas europeos usaron el arma política del imperio oficial en situaciones que no afectaban a cuestiones de importancia nacional. Por desgracia esta conclusión conduce de nuevo al segundo problema: ¿por qué estaban en ese momento los estadistas europeos más dispuestos a actuar de este modo que durante el medio siglo anterior? La contestación anteriormente sugerida es que las autoridades fueron obligadas a hacerlo por la acumulación de problemas insolubles de otro modo. Pero puede haber explicaciones alternativas o complementarias. Quizá los estadistas se sintieran afectados después de todo por los nuevos problemas económicos nacionales o inspirados por el entusiasmo ideológico por el imperio. Para verificar esta posibilidad nos proponemos revisar brevemente la cronología del cambio en las actitudes de los funcionarios en cuatro de los principales Estados imperialistas en las décadas posteriores a 1880.

Es casi innegable que los franceses estuvieron dispuestos a aumentar su uso de la anexión como solución a los problemas políticos que surgían de los problemas económicos en la periferia más pronto que cualquier otro Estado europeo y que finalmente mostraron el mayor entusiasmo por ello. A pesar de las vacilaciones oficiales a propósito de Tunicia —en esencia una cuestión política más que económica— Francia tomó indudable-

mente la iniciativa en Africa occidental en 1879, respondió con rapidez a las actividades de Leopoldo en el Congo en 1882, aceptó la necesidad de una acción militar en Tonkín en 1883, provocó crisis muy importantes en torno a Siam en 1893 y en torno al Nilo en 1898, y estuvo dispuesta a ocupar Madagascar en 1898 cuando los métodos oficiosos de control fracasaron. ¿Por qué? Se han sugerido cuatro posibles explicaciones. Primera, que la propaganda de los imperialistas extraoficiales durante la década de 1870 tuvo un notable impacto sobre algunos políticos y funcionarios, condicionándolos a considerar la solución de los problemas económicos periféricos como un objeto digno de la preocupación nacional, siempre que éstos no fueran de interés sólo para una empresa privada. Segunda, los supuestos mercantilistas seguían siendo poderosos, a pesar de la política librecambista adoptada en la década de 1860; y el restablecimiento de la protección arancelaria, junto con la preocupación por la débil posición competitiva de Francia en el comercio, fomentó la creencia generalizada de que era necesario un apoyo público a los intereses económicos. Tercera, los círculos políticos republicanos eran extremadamente sensibles, después del desastre de 1871, a las cuestiones que afectaban al poder y el prestigio de Francia. Finalmente, la estructura política y constitucional de la Tercera República permitía a grupos relativamente pequeños de políticos y funcionarios, en particular los del Departamento de las Colonias (más tarde Ministerio de las Colonias) obtener créditos y emprender políticas que ni el Quai d'Orsay ni la opinión de la mayoría parlamentaria aprobaban de forma específica. Sea cual fuere la razón, Francia fue el primer Estado importante que estuvo dispuesto a justificar el uso de medios políticos para resolver cuestiones económicas en la periferia sobre la base de que esto servía a un interés general nacional, aun donde no estaba implicado ningún objetivo político o estratégico importante. Aunque recusada por muchos, esta doctrina fue claramente enunciada por Ferry en 1885 y en los primeros años de la década de 1890 pareció convertirse en un principio oficial.

Es imposible hablar del imperialismo ruso en términos aplicables a cualquiera de los Estados constitucionales de Europa occidental, pues Rusia no tenía una opinión pública o un Parlamento comparablemente informados o influyentes, y el sistema ministerial estaba desarrollado sólo de forma parcial. Está bastante claro, además, que la distinción hecha en Estados más avanzados entre el interés nacional y el de los individuos privados tenía poco significado en San Petersburgo. La expansión

rusa en Asia central y los Balcanes era resultado de unas ideas históricas más cercanas al modelo de Schumpeter de las pautas de conducta atávicas que a la política ultramarina de un Estado avanzado de Europa occidental. Es improbable, por tanto, que se extrajeran primorosas distinciones en las décadas de 1880 y 1890 entre objetivos específicamente económicos y políticos en el Extremo Oriente, pues ambos interesaban más al gobierno que a los intereses privados y eran considerados como dos elementos de la política convenida de preservar el status de Rusia como gran potencia en el Pacífico conducente al final predominio en China. El hecho de que Witte prefiriera penetrar en China por medios económicos en vez de hacer reclamaciones territoriales era debido más a los limitados recursos militares y políticos disponibles en el Extremo Oriente hasta que se terminara el ferrocarril transiberiano que a distinciones entre objetivos económicos y políticos. Por eso carece casi de sentido distinguir entre objetivos políticos y económicos en la expansión colonial rusa.

En Alemania, sin embargo, esta distinción era clara e importante. A pesar de la adopción de la protección interna en 1879 y también los estrechos lazos personales entre muchos políticos, funcionarios y hombres de negocios, el poder del Estado no estaba al servicio de los intereses económicos a menos que se tratara de algún importante interés público. Además, a pesar del volumen de la propaganda utilizada por los imperialistas, los ministros y altos funcionarios alemanes no parecían convencidos, al menos en los primeros años de la década de 1880, de que las colonias como tales fueran necesarias para los intereses económicos de la nación. De aquí que los protectorados de 1884-85 se justificaran por motivos altamente conservadores; proporcionaban soluciones específicas a los problemas de otro modo insolubles con que se enfrentaban los ciudadanos alemanes en la periferia; no implicaban problemas diplomáticos ni mucho gasto público; como protectorados, se podía renunciar a ellos sin dificultad. Después de 1897 aproximadamente, la creciente agresividad alemana en China, Marruecos y el Pacífico dio la impresión de que la actitud oficial había cambiado, que los sucesores de Bismarck creían realmente en la importancia económica de las colonias para la metrópoli y estaban dispuestos a usar el poder del Estado para adquirir territorios en los que no había surgido ningún obstáculo político a la actividad económica. Pero esto es engañoso. Los testimonios existentes hacen suponer que la autoafirmación en la periferia reflejaba una política exterior y naval por lo general

más chauvinista, que se proponía afirmar el derecho de Alemania a ser consultada por otras potencias sobre las principales cuestiones internacionales, más que un absoluto entusiasmo por la colonización como un fin en sí. Además parece claro que el papel de las consideraciones económicas y políticas fue invertido con frecuencia. El Estado alemán usó cada vez más armas económicas para apoyar sus etratagemas políticas o militares, obligando a los intereses comerciales o inversores alemanes a desempeñar un papel nacionalista aun en contra de sus inclinaciones. Pero los límites de la acción política en las situaciones periféricas estaban claros. Alemania nunca se arriesgó seriamente a una confrontación con alguna gran potencia por un problema colonial porque ninguno fue considerado como un interés nacional de primera clase. El disgústo de los imperialistas alemanes por la solución marroquí de 1911 indica que el realismo bismarckiano seguía siendo dominante en Berlín en vísperas de la primera guerra mundial.

El imperialismo norteamericano suscita problemas especiales de análisis y no puede ser estudiado detalladamente. Fundamentalmente es probable que, a causa del sistema de partidos y la relativa falta de continuidad en los niveles más altos de la administración central, el pensamiento oficial de Washington careciera de aquellos principios sólidamente establecidos que gobernaban las políticas exteriores de todos los partidos en Londres, Berlín y hasta cierto punto en el Quai d'Orsay en París. A la inversa, la política norteamericana era más sensible a las transitorias corrientes de la opinión pública. Hasta cierto punto, está claro que en los primeros años de la década de 1890 la presión de los intereses económicos o de otra índole para adquirir territorios en ultramar fue pequeña, y, recíprocamente, que ninguna administración estuvo dispuesta a utilizar métodos políticos para resolver problemas periféricos. De aquí la negativa a dividir Samoa o a aceptar la invitación de incorporar Hawai en 1893. ¿Por qué, entonces, el espectacular cambio de política en 1898-99 que produjo el imperio oficial en el Caribe y el Pacífico? ¿Se debió esto a un nuevo consenso entre los políticos sobre el papel del Estado como protector y promotor de la empresa económica nacional después de un periodo de dificultades económicas? Algunos autores han afirmado que así fue y que este cambio reflejó tanto la creciente influencia política de las grandes compañías financieras como la apremiante necesidad, durante la depresión de los últimos años de la década de 1880 y primeros de la de 1890, de nuevos mercados ultramarinos. Es igualmente posible que la preocupación por

la seguridad nacional, y en particular por las posesiones ultramarinas necesarias para el ejercicio efectivo del poder naval en una época de intensificación de la rivalidad naval internacional, fuera en parte responsable de este cambio de actitud oficial. El cambio no debe exagerarse en ningún caso. Los límites escogidos por el imperialismo norteamericano después de 1900 se parecían más a los de Gran Bretaña a mediados del siglo XIX que a los de Francia en la década de 1890. Los norteamericanos no mostraron casi ningún interés por la posesión de territorios como esfera protegida del comercio o la inversión. Sólo era necesario asegurar los centros comerciales, las bases navales o el emplazamiento de un canal estratégico y resolver los problemas sociales y económicos existentes en las áreas de influencia norteamericana como Samoa y Hawai. El Estado sólo usaría métodos políticos o militares cuando la seguridad nacional estuviera en juego o para promover la expansión del comercio cuando los métodos económicos solos fueran inadecuados.

Por último, no puede haber duda de que en Gran Bretaña la distinción de mediados del siglo XIX entre el papel propio de la acción del Estado y la esfera de los intereses económicos privados no se olvidó nunca, ni aun en la época del imperialismo. A pesar de las influencias de la «escuela de Manchester» a principios de siglo, los estadistas británicos no había renunciado nunca al uso de la fuerza o al control territorial oficial cuando se enfrentaban con obstáculos políticos a la empresa económica. Así la guerra con China de 1839-42 se basó en los supuestos que perdurarían en la década de 1890. Whitehall fue extraordinariamente insensible a la propaganda imperialista sobre los vínculos entre el imperio y la economía hasta que Chamberlain, que en éste como en muchos otros aspectos se rebeló contra los supuestos oficiales, unió los dos conceptos a finales de la década de 1890. Los funcionarios y estadistas veían con disgusto la tendencia de los acontecimientos posteriores a 1880 aproximadamente y temían que el uso despreocupado del poder del Estado en conexión con las dificultades comerciales produjera más gastos e inconvenientes de los que ellos podían garantizar. Además, los ministros del gabinete y los mandarines de la Administración civil desconfiaban de los empresarios del imperio tropical tanto como sus predecesores habían desconfiado de Wakefield cincuenta años atrás. Sin embargo, no podían ser insensibles a la marcha de los acontecimientos, y durante los veinte años posteriores a 1880 aproximadamente llegaron a acostumbrarse gradualmente al hecho de que, cuando los intereses económicos británicos en ultramar estuvieran auténticamen-

te amenazados por las dificultades políticas locales o por la acción política de otras potencias, fuera inevitable alguna forma de solución política. Las etapas de este abandono renuente de los principios de austeridad pueden ser documentadas con alguna precisión. Empezó en 1884-85 con el protectorado de la costa del Níger y el acuerdo preliminar con Alemania sobre las esferas de interés en Africa oriental y central y en el Pacífico. Avanzó una etapa más en 1886 cuando la Niger Company recibió el privilegio de administrar los territorios que pudiera ocupar efectivamente. Pero hasta los primeros años de la década de 1890 los principios anteriores permanecieron casi invariables. En cada caso la responsabilidad del Estado se mantenía en el nivel mínimo evidentemente requerido para asegurar el interés particular en juego: impedir el control político extranjero de un área considerada importante para los intereses de Gran Bretaña, la colonia del Cabo o Australasia. El precio que Whitehall estaba dispuesto a pagar era además pequeño todavía. De un protectorado se esperaba que no implicara prácticamente administración y una esfera de influencia era simplemente un ejercicio cartográfico. La verdadera solución de continuidad vino en 1897-98 cuando Chamberlain justificó el coste de la West African Frontier Force (Fuerzas Fronterizas de Africa Occidental) en función del específico potencial económico de la región del Níger Medio, pues esto era adoptar los criterios de los imperialistas extraoficiales franceses y alemanes, arriesgando el gobierno imperial por el potencial económico de zonas semidesérticas. Este fue un caso raro, si no único, en la historia de la expansión británica posterior a 1850; sin embargo, es innegable que hacia 1900 los círculos oficiales británicos estaban aceptando con repugnancia el hecho de que el imperio había llegado a ser una solución necesaria para los problemas políticos y a veces también económicos en la periferia.

Hubo, por tanto, diferencias significativas en el tiempo entre las cambiantes actitudes oficiales respecto al papel propio del Estado cuando se enfrentaba con las consecuencias de la actividad económica europea en ultramar. ¿Qué determinó el orden de este proceso? Contestar la pregunta plenamente, si es que puede contestarse, requeriría un análisis detallado de muchos aspectos de la sociedad y el gobierno de cada uno de los principales Estados «imperialistas» y está más allá del alcance del presente estudio. Sin embargo, para decirlo todo, tal análisis se referiría sólo a la cronología de las reacciones a los acontecimientos externos. No podría rehabilitar el argumento básico de que el «nuevo imperialismo» era el producto de las influencias que operaban meramente en el contexto metropolitano. En último recurso el imperialismo de las dos últimas décadas del siglo XIX debe verse como una reacción a acontecimientos ocurridos fuera de Europa que privaron a todos los gobiernos de la sólida base de los supuestos de mediados del siglo XIX y los llevó a las profundas aguas en las que sólo podían sobrevivir lanzándose en una nueva dirección.

Para resumir la argumentación sin hacer vastas generalizaciones o entregarse a retorcidas hipérboles, la respuesta a la pregunta original —el papel de los factores económicos en el imperialismo europeo entre 1830 y 1914— puede ser replanteada como una serie de afirmaciones simples.

Los factores económicos estuvieron presentes e influyeron en diversos grados en casi todas las situaciones que condujeron finalmente al imperio oficial fuera de Europa; y el valor específico de muchos de estos territorios para los europeos residió en el comercio, las oportunidades de inversión u otras formas de actividad económica.

Pero los factores económicos no produjeron necesariamente o incluso comúnmente, por sí solos, la necesidad o el deseo de un imperio oficial. El verdadero «imperialismo económico» del comerciante y del financiero europeo fue con frecuencia ciego a la política. La posesión oficial de territorios fue rara vez esencial o incluso importante para la actividad económica y en algunos lugares pudo tener consecuencias positivamente inconvenientes para comerciantes, plantadores, especuladores de tierras y demás. A la inversa, el pensamiento oficial de Europa supuso durante mucho tiempo que los intereses económicos podían y debían mirar por ellos mismos sin la intervención directa del Estado.

El lazo vital entre la economía y el imperio oficial no fue, por tanto, ni la necesidad económica de colonias por parte de la metrópoli ni los requerimientos de los intereses económicos privados, sino la consecuencia secundaria de los problemas creados en la periferia por las empresas europeas económicas y de otra índole para los cuales no existía una simple solución económica. Por una parte tales problemas afectaban directamente a lo que los círculos oficiales europeos consideraban como intereses nacionales de «primera clase». Por otra, suscitaban dificultades políticas menores tales como la inestabilidad de un régimen político indígena o la obstrucción por parte de otros europeos a un comercio o una inversión satisfactorios. Pero

prácticamente en todos los casos la explicación última de la anexión oficial era que el hecho económico original se había «politizado» en alguna medida y por tanto requería una solución política.

En términos más superficiales, por tanto, parece ser que la formación de los imperios se produjo en tan gran escala en las dos últimas décadas del siglo XIX, más que en cualquier época anterior, y afectó a partes de Africa, Asia y el Pacífico y no a otras regiones, porque fue en ese periodo y en esos lugares donde las relaciones entre los representantes de las economías avanzadas de Europa y los de otras sociedades menos desarrolladas se hicieron fundamentalmente inestables. Este hecho puede explicarse de acuerdo con los supuestos iniciales. Para los neomarxistas refleja la crisis creciente del capitalismo avanzado que sólo podía sobrevivir absorbiendo y explotando las regiones menos desarrolladas del mundo. Para otros puede sugerir que, por coincidencia, las actividades de los europeos se hicieron entonces cada vez más incompatibles con la conservación de los sistemas económicos, políticos y culturales indígenas en estas áreas. Probablemente, como sostuvieron los neomarxistas, aunque no por las razones económicas que dieron, todo el proceso era históricamente inevitable. Si es así, era inevitable sólo como recurso temporal, para salvar el espacio de tiempo entre una Europa «modernizada» y una periferia precapitalista. Y por la misma razón, el imperio proporcionó finalmente su propio disolvente. Medio siglo después de 1914, Europa pudo retirar las legiones con razonable confianza en que los problemas fundamentales de las relaciones internacionales que habían producido el imperialismo de fines del siglo XIX no existían ya. En la segunda mitad del siglo XX los comerciantes e inversores europeos podían operar de forma satisfactoria dentro de la estructura política proporcionada por la mayoría de los Estados indígenas reconstruidos en la forma en que sus predecesores habrían preferido operar un siglo antes, pero sin hacer frente a aquellos problemas que hicieron entonces del imperio oficial un recurso necesario.

MAPAS